46.203/nch.

ENSAYOS

TOMO I

POR

MIGUEL DE UNAMUNO

PUBLICACIONES DE LA RESIDENCIA DE ESTUDIANTES

SERIE II

VOL. 5

OBRAS DEL AUTOR

	Pesetas.
PAZ EN LA GUERRA *(novela)*. Madrid; Fernando Fé, 1897	4
DE LA ENSEÑANZA SUPERIOR EN ESPAÑA. Madrid; *Revista Nueva*, 1899	1,50
AMOR Y PEDAGOGÍA *(novela)*. Barcelona; Henrich y C.ª, 1902	3
PAISAJES. *(Colección Colón.)* Salamanca, 1902	0,75
DE MI PAÍS. *(Descripciones, relatos y artículos de costumbres)*. Madrid; Fernando Fé, 1903	3
VIDA DE DON QUIJOTE Y SANCHO, *según Miguel de Cervantes Saavedra, explicada y comentada.* (Segunda edición, adicionada con un nuevo ensayo.) Madrid; Renacimiento, 1914	3,50
POESÍAS. Fernando Fé; Victoriano Suárez. Madrid, 1907	3
RECUERDOS DE NIÑEZ Y DE MOCEDAD. Madrid; Fernando Fé, Victoriano Suárez, 1908	3
MI RELIGIÓN Y OTROS ENSAYOS. Madrid; Renacimiento, 1910	3,50
POR TIERRAS DE PORTUGAL Y DE ESPAÑA. Madrid; Renacimiento, 1910	3,50
ROSARIO DE SONETOS LÍRICOS. Madrid; Fernando Fé, Victoriano Suárez, 1911	3
SOLILOQUIOS Y CONVERSACIONES, Madrid; Renacimiento, 1911	3,50
CONTRA ESTO Y AQUELLO. Madrid; Renacimiento, 1912	3,50
EL ESPEJO DE LA MUERTE *(novelas cortas)*. Madrid; Renacimiento	1
DEL SENTIMIENTO TRÁGICO DE LA VIDA. Madrid; Renacimiento, 1913	3,50
NIEBLA *(novela)*. Madrid; Renacimiento, 1914	3,50

ENSAYOS

POR

MIGUEL DE UNAMUNO

I

PUBLICACIONES DE LA RESIDENCIA DE ESTUDIANTES
SERIE II.—VOL. 5
MADRID
1916

Es propiedad.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

Madrid: Imp. de Fortanet, Libertad, 29.

ADVERTENCIA PRELIMINAR

EMPRENDO el coleccionar en volúmenes los ensayos que sobre diversos y muy variados asuntos he venido publicando desde 1894 a 1911 en diferentes revistas españolas [1].

Al repasarlos para darlos de nuevo a luz pública y al corregir las pruebas me han entrado muchas veces ganas de introducir en ellos sustanciales alteraciones, pero he resistido a semejante tentación. Los dejo, pues, tales y como salieron de mi pluma en distintos periodos de mi vida mental y con las íntimas contradicciones a ello inherentes. No va el que hoy soy yo a corregir al que fuí, sino en muy menudos casos de equivocaciones de hecho.

En mucho he cambiado de parecer y de cri-

[1] *El único que lleva fecha de 1894 — anterior, pues, a los de este volumen —, irá en el segundo, a fin de no romper la unidad de los cinco ensayos que forman «En torno al casticismo».*

terio, mas acaso sirva a alguien lo que pensaba hace años en oposición a lo que hoy pienso y tanto o más que esto. Sin haber pretendido nunca una absurda consecuencia doctrinal y sí tan sólo una continuidad en el desarrollo de mi pensamiento —continuidad que lleva a puntos de vista opuestos a aquellos de que se partió— creo que habrá en España pocos publicistas que en lo esencial y más íntimo hayan permanecido más fieles a sí mismos. En rigor desde que empecé a escribir he venido desarrollando unos pocos y mismos pensamientos cardinales.

Al final de cada ensayo he creído deber poner la fecha, es decir, el mes y el año en que primero se publicó.

Y nada más a modo de prólogo a esta colección de mis ensayos.

Salamanca, febrero de 1916.

MIGUEL DE UNAMUNO.

EN TORNO AL CASTICISMO

CINCO ENSAYOS

I

LA TRADICIÓN ETERNA

TOMO aquí los términos *castizo* y *castizismo* en la mayor amplitud de su sentido corriente.

Castizo, deriva de *casta,* así como *casta* del adjetivo *casto,* puro. Se aplica de ordinario el vocablo *casta* a las razas o variedades puras de especies animales, sobre todo domésticas, y así es como se dice de un perro que es «de buena casta», lo cual originariamente equivalía a decir que era de raza pura, íntegra, sin mezcla ni mesticismo alguno. De este modo *castizo* viene a ser puro y sin mezcla de elemento extraño. Y si tenemos en cuenta que lo castizo se estima como cualidad excelente y ventajosa, veremos cómo en el vocablo mismo viene enquistado el prejuicio antiguo, fuente de miles de errores y daños, de creer que las razas llamadas puras y tenidas por tales son superiores a las mixtas, cuando es cosa probada, por ensayos en *castas* de animales domés-

ticos y por la historia además, que si bien es dañoso y hasta infecundo a la larga todo cruzamiento de razas muy diferentes, es, sin embargo, fuente de nuevo vigor y de progreso todo cruce de castas donde las diferencias no preponderen demasiado sobre el fondo de común analogía.

Se usa lo más a menudo el calificativo de *castizo* para designar a la lengua y al estilo. Decir en España que un escritor es castizo, es dar a entender que se le cree más español que a otros.

Escribe claro el que concibe o imagina claro, con vigor quien con vigor piensa, por ser la lengua un vestido trasparente del pensamiento; y hasta cuando uno, preocupado con el deseo de *hacerse estilo,* se lo forma artificioso y pegadizo, delata un espíritu de artificio y pega, pudiendo decirse de él lo que de las autobiografías, que aun mintiendo revelan el alma de su autor. El casticismo del lenguaje y del estilo no son, pues, otra cosa que revelación de un pensamiento castizo. Recuerde a este propósito el lector cuáles son, entre los escritores españoles de este siglo, los que pasan por más castizos y cuáles por menos, y vea si entre aquéllos no predominan los más apegados a doctrinas tradicionales de vieja capa castellana, y entre los otros los que, dejándose penetrar de cultura extraña, apenas piensan en castellano.

Pienso ir aquí agrupando las reflexiones y sugestiones que me han ocurrido pensando en torno a este punto del casticismo, centro sobre que gira torbellino de problemas que suscita el estado mental de nuestra patria. Si las reflexiones que voy a apuntar logran sugerir otras nuevas a alguno de mis lectores, *a uno solo,* y aunque sólo sea despertándole una humilde idea dormida en su mente, *una sola,* mi trabajo tendrá más recompensa que la de haber intensificado mi vida mental, porque a una idea no hay que mirar por de fuera, envuelta en el nombre para abrigarse y guardar la decencia, hay que mirarla por de dentro, viva, caliente, con alma y personalidad. Sé que en el peor caso, aunque estas hojas se sequen y pudran en la memoria del lector, formarán en ella capa de mantillo que abone sus concepciones propias.

Lo más de lo que aquí lea le será familiarísimo. No importa. Hace mucha falta que se repita a diario lo que a diario *de puro sabido se olvida,* y piense el lector en este terrible y fatal fenómeno. Me conviene advertir, ante todo, al lector de espíritu notariesco y silogístico, que aquí no se prueba nada con certificados históricos ni de otra clase, tal como él entenderá la prueba; que esto no es obra de la que él llamaría *ciencia;* que aquí sólo hallará retórica el que ignore que el silogismo es

una mera figura de dicción. Me conviene también prevenir a todo lector respecto a las afirmaciones cortantes y secas que aquí leerá y a las *contradicciones* que le parecerá hallar. Suele buscarse la verdad completa en el *justo medio* por el método de remoción, *via remotionis,* por exclusión de los extremos, que con su juego y acción mutua engendran el ritmo de la vida, y así sólo se llega a una sombra de verdad, fría y nebulosa. Es preferible, creo, seguir otro método, el de afirmación alternativa de los contradictorios; es preferible hacer resaltar la fuerza de los extremos en el alma del lector para que el medio tome en ella vida, que es resultante de lucha.

Tenga, pues, paciencia cuando el ritmo de nuestras reflexiones tuerza a un lado, y espere a que en su ondulación tuerza al otro y deje se produzca así en su ánimo la resultante, si es que lo logro.

Bien comprendo que este proceso de vaivén de hipérboles arranca de defecto mío, mejor dicho, de defecto humano; pero ello da ocasión a que el lector colabore conmigo, corrigiendo con su serenidad el mal que pueda encerrar tal procedimiento rítmico de contradicciones.

I

Elévanse a diario en España amargas quejas porque la cultura extraña nos invade y arrastra o ahoga lo castizo, y va zapando poco a poco, según dicen los quejosos, nuestra personalidad nacional. El río, jamás extinto, de la invasión *europea* en nuestra patria, aumenta de día en día su caudal y su curso, y al presente está de crecida, fuera de madre, con dolor de los molineros a quienes ha sobrepasado las presas y tal vez mojado la harina. Desde hace algún tiempo se ha precipitado la europeización de España; las traducciones pululan que es un gusto; se lee entre cierta gente lo extranjero más que lo nacional y los críticos de más autoridad y público nos vienen presentando literatos o pensadores extranjeros. Algunos hay que han hecho en este sentido por la cultura nacional más que en otro cualquiera, abriéndonos el apetito de manjares de fuera, sirviéndonoslos más o menos aderezados a la española. Y hasta Menéndez y Pelayo, «español incorregible que nunca ha acertado a pensar más que en castellano» (así lo cree por lo menos, cuando lo dice), que a los veintiún años, «sin conocer del mundo y de los

hombres más que lo que dicen los libros», regocijó a los molineros y surgió a la vida literaria, defendiendo con brío en «La Ciencia Española» la causa del casticismo, dedica lo mejor de su «Historia de las ideas estéticas *en España*», su parte más sentida, a presentarnos la cultura europea contemporánea, razonándola con una exposición aperitiva. Cada vez se cultivan más las lenguas vivas, hay muchos ya que casi piensan en ellas, y aun cuando prescindamos de los efectos que han dado ocasión a que corra por ahí y se utilice un «Diccionario de galicismos», nos hallamos a menudo con escritores que escriben francés traducido a un castellano de regular corrección *gramatical*.

«¡Mi yo, que me arrancan mi yo!», gritaba Michelet, y una cosa análoga gritan los que, con el agua al cuello, se lamentan de la crecida del río. De cuando en cuando, agarrándose a una mata de la orilla, lanza algún reacio conminaciones en esa lengua de largos y ampulosos ritmos oratorios que parece se hizo de encargo para celebrar las venerandas tradiciones de nuestros mayores, la alianza del altar y el trono y las glorias de Numancia, de las Navas, de Granada, de Lepanto, de Otumba y de Bailén.

Más bajo, mucho más bajo y no en tono oratorio, no deja de oirse a las veces el murmullo de los despreciadores sistemáticos de lo castizo y propio. No faltan entre nosotros quienes, en el seno de la confianza, revelan hiperbólicamente sus deseos manifestando un voto análogo al que dicen expresó Renán cuando iban los alemanes sobre París, exclamando: ¡que nos conquisten! Estaría sin duda pensando entonces el historiador del pueblo de Israel en aquella doctrina con tanto amor puesta por él de realce, en aquella doctrina de anarquismo y de sumisión de que fué profeta Jeremías en los días del rey Josías, al pedir que los israelitas se sometieran al yugo de los caldeos para que, purificados en la esclavitud y el destierro de sus disensiones y vicios internos, pudieran llegar a ser el pueblo de la justicia del Señor.

Mas no hace falta *conquista*, ni la conquista purifica, porque a su pesar y no por ella, se civilizan los pueblos. No hizo falta que los alemanes conquistaran a Francia; sirvió la paliza del 70 de ducha que hiciera brotar y secarse las corrupciones del segundo imperio. Para nosotros tuvo un efecto análogo la francesada. El Dos de Mayo es en todos sentidos la fecha simbólica de nuestra regeneración, y son hechos que merecen meditación detenida, hechos palpitantes de contenido, el de

que Martínez Marina, el teorizante de las Cortes de Cádiz, creyera resucitar nuestra antigna teoría de las Cortes mientras insuflaba en ella los principios de la revolución francesa, proyectando en el pasado el ideal del porvenir de entonces, el que un Quintana cantara en clasicismo francés la guerra de la Independencia y a nombre de la libertad patria, libertad del 89, y otros hechos de la misma casta que estos. La invasión fué dolorosa, pero para que germinen en un suelo las simientes no basta echarlas en él, porque las más se pudren o se las comen los gorriones: es preciso que antes la reja del arado desgarre las entrañas de la tierra, y al desgarrarla suele tronchar flores silvestres que al morir regalan su fragancia. Si el arador es un Burns se enternece y dedica un tierno recuerdo poético, una lágrima cristalizada, a la pobre margarita segada por la reja, pero sigue arando, y así sus prójimos sacan de su trabajo pan para el cuerpo y reposo para el alma, mientras la margarita, podrida en el surco, sirve de abono.

Lo mismo los que piden que cerremos o poco menos las fronteras y pongamos puertas al campo que los que piden más o menos explícitamente que nos conquisten, se salen de la verdadera realidad de las cosas, de la eterna y honda realidad, arrastrados por el espíritu de anarquismo que llevamos

todos en el meollo del alma, que es el pecado original de la sociedad humana, pecado no borrado por el largo bautismo de sangre de tantas guerras. Piden un nuevo Napoleón, un gran anarquista, los que tiemblan de las bombas del anarquismo y mantienen la paz armada, fuente de él.

Es una idea arraigadísima y satánica, sí, satánica, la de creer que la subordinación ahoga la individualidad, que hay que resistirse a aquélla o perder ésta. Tenemos tan deformado el cerebro, que no concebimos más que ser o amo o esclavo, o vencedor o vencido, empeñándonos en creer que la emancipación de éste es la ruina de aquél. Ha llegado la ceguera al punto de que se suele llamar individualismo a un conjunto de doctrinas conducentes a la ruina de la individualidad, al manchesterismo tomado en bruto. Por fortuna, la esencia de éste cuando nació potente fué el soplo de la libertad y la desaparición de las trabas artificiales, de las cadenas tradicionales; aquel «dejad hacer y dejad pasar» que predicaron los economistas *ortodoxos* traerá la *ley natural* que ellos buscaban, la verdadera y honda ley natural social, la que ha producido la sociedad misma, su ley de vida, la ley de solidaridad y subordinación. Más que ley natural es ésta sobrenatural, porque eleva la naturaleza al ideal naturalizándola más y

más. Pero así como los que hoy se creen legítimos herederos del manchesterismo porque guardan su cadáver, se alían a los herederos de los que le combatieron, y se alían a éstos para ahogar el alma de la libertad que el manchesterismo desencadenó, así conspiran a un fin los que piden muralla y los que piden conquista. Querer enquistar a la patria y que se haga una cultura lo más exclusiva posible, calafateándose y embreándose a los aires colados de fuera, parte del error de creer más perfecto al indio que en su selva caza su comida, la prepara, fabrica sus armas, construye su cabaña, que al relojero parisiense que puesto en la selva moriría acaso de hambre y de frío. Hay muchos que llaman preferir la felicidad a la *civilización,* el buscar el sueño; hay muchos en cuyo corazón resuena grata la voz de la tentación satánica que dice: «o todo o nada».

Es cierto que los que van de cara al sol están expuestos a que los ciegue éste, pero los que caminan de espaldas por no perder de vista su sombra de miedo de perderse en el camino ¡creen que la sombra guía al cuerpo! están expuestos a tropezar y caer de bruces. Después de todo, aun así caminan hacia adelante, porque el sol del porvenir les dibuja la sombra del pasado.

II

Piden algunos ciencia y arte españoles, y este es el día en que, después de oirles despacio, no sabemos bien qué es ello... ¡se llama ciencia a tantas cosas y a tantas se llama arte! Dicen los periódicos que *la ciencia dice* esto o lo otro cuando habla un hombre, ¡como si la ciencia fuera un espíritu santo! y aunque nadie si se para a pensar cree en tan grosera blasfemia, las gentes no se paran de ordinario a pensar y arraigan en la impunidad los disparates. Los más atroces, aquellos de que se apartan todos si los ven desnudos, sirven de base a razonamientos de todos, dan vida a argumentos y pseudo-razones que engendran a su vez violencias y actos de salvajismo.

A todos nos enseñan lo que es ciencia, y lo olvidamos al tiempo mismo que lo estamos aprendiendo, en un solo acto. Olvidamos que la ciencia es algo vivo, en vías de formación siempre, con su fondo formado y eterno y su proceso de cambio.

De puro sabido se olvida que la representación del mundo no es idéntica en los hombres, porque no son idénticos ni sus ambientes ni las formas de

su espíritu, hijas de un proceso de ambientes. Pero si todas las representaciones son diferentes, todas son traducciones de un solo original, todas se reducen a unidad, que si no los hombres no se entenderían, y esa unidad fundamental de las distintas representaciones humanas es lo que hace posible el lenguaje y con éste la ciencia.

Como cada hombre, cada pueblo tiene su representación propia y en la ciencia se distingue por su preferencia a tal rama o tal método, pero no puede en rigor decirse que haya ciencia nacional alguna. Todo lo que se repita y vuelva a repetir el trivialísimo lugar común de que la ciencia no tiene nacionalidad, todo será poco, porque siempre se lo olvidará de puro sabido y siempre *se hará ciencia* para cohonestar actos de salvajismo é injusticia. ¡Cuánto no ha influído la suerte de la Alsacia y la Lorena en el cultivo de la sociología en Francia y Alemania! La obra de Malthus, ¿no tuvo como razón de ser el propinar un bálsamo a la conciencia turbada de los ricos? El proceso económico o el político explican el proceso de sus ciencias respectivas. ¡Cuán lejos estamos de la verdadera religiosidad, de la *pietas* que anhelaba Lucrecio, de poder contemplarlo todo con alma serena *paccata posse omnia mente tueri!*

Si hablamos de geometría alemana o de química inglesa, decimos algo, ¡y no es poco decir algo!, pero decimos más si hablamos de filosofía germánica o escocesa. Y decimos algo, porque la ciencia no se da nunca pura, porque la geometría y más que ella la química y muchísimo más la filosofía, llevan algo en sí de pre-científico y de subcientífico, de sobre-científico, como se quiera, de intra-científico en realidad y este algo va teñido de *materia* nacional. Esto en filosofía es enorme, es el alma de esa conjunción de la ciencia con el arte, y por ello tiene tanta vida, por estar preñada de intra-filosofía. Y es que, como el sonido sobre el silencio, la ciencia se asienta y vive sobre la ignorancia viva. Sobre la ignorancia viva, porque el principio de la sabiduría es saber ignorar; sobre la viva y no sobre la muerta como quieren asentarla los que piden ciencia de proteccionismo. Y aquí tolere el lector que dejando por el pronto suspendido este oscuro cabo suelto prosiga al hilo de mis reflexiones.

La representación brota del ambiente, pero el ambiente mismo es quien le impide purificarse y elevarse. Aquí se cumple el misterio de siempre, el verdadero misterio del pecado original, la condenación de la idea al tiempo y al espacio, al cuerpo. Así vemos que el nombre, cuerpo del concepto, al que le da vida y carne, acaba por ahogarle

muchas veces si no sabe redimirse. Del mismo modo la ciencia, que arrancando del conocimiento vulgar, ligado al ambiente exclusivo y *nacional,* empieza sirviéndose de la lengua vulgar, moriría si poco a poco no fuera redimiéndose, creando su tecnicismo según crece, haciéndose su lengua universal conforme se eleva de la concepción vulgar. A no ser por el latín, no hubiera habido filosofía escolástica en la Edad Media; al latín universal y muerto debió su cuerpo y su pecado original también.

Un conocimiento va entrando a ser científico conforme se hace más preciso y organizado, conforme va pasando de la precisión cualitativa a la cuantitativa. En un tiempo la verdadera ciencia científica era la matemática; la física ha entrado en el período realmente científico cuando subordinándose a la mecánica racional, se ha hecho matemática y se ha pasado de la alquimia a la química al reducir la previsión cualitativa de cambios químicos a previsión cuantitativa según peso, número y medida. Este proceso lo han descrito a las mil maravillas Whewell y Spencer. Refresque el lector sus enseñanzas, medite un rato acerca de ellas y sigamos.

A medida que la ciencia, pasando de la previsión meramente cualitativa a la cuantitativa, va

purificándose de la concepción vulgar, se despoja poco a poco del lenguaje vulgar, que sólo expresa cualidades para revestirse del *racional,* científico, que tiende a expresar lo cuantitativo. Los castizos nombres *agua fuerte, sosa, piedra infernal, salitre, aceite de vitriolo,* evocan en quien conoce esos cuerpos la imagen de un conjunto de cualidades, cuyo conocimiento es utilísimo en la vida, pero los nombres *ácido nítrico, carbonato sódico, nitrato de plata, nitrato potásico, ácido sulfúrico,* despiertan una idea más precisa de esos cuerpos, marcan su composición, y no ya estos nombres, las fórmulas que apenas se agarran al lenguaje vulgar por un hilillo, HNO_3, $NaCO_3$, $AgNO_3$, KNO_3, H_2SO_4, suscitan un concepto *cuantitativo* de esos cuerpos. El que conoce el *vinagre* como $C_2H_4O_2$ y el *espíritu de vino* como C_2H_5OH, sabe de éstos, *científicamente,* más que el que sólo los conoce por el nombre vulgar y castizo. ¡Cuán preferible es la fórmula $C_6H_4(OH)_2$ a este terminacho, híbrido de lengua vulgar y científica, *metahidroxibencina!* Ya en la distinción lingüística entre *ácido sulfuroso* y *ácido sulfúrico* iba un principio de distinción científica, pero, ¡cuánto mayor es ésta en la diferencia de fórmulas H_2SO_3 y H_2SO_4! Como el cardo corredor, así los conceptos científicos, cuan-

do rompen el lazo que les ataba a las raíces enterradas en el suelo en que nacieron, es cuando pueden, libres, ir a esparcir su simiente por el mundo. ¡Si todas las ciencias pudieran hacerse un álgebra universal, si pudiéramos prescindir en la economía política de esas condenadas palabras de *valor, riqueza, renta, capital,* etc., tan preñadas de vida, pero tan corrompidas por pecado original! Un álgebra les serviría de bautismo a la vez que extraeríamos ciencia de su fondo histórico, metafórico.

Aquí tenemos la ventaja del empleo de la lengua griega en el tecnicismo científico, que *estén en griego* los vocablos y que perdiendo el peso de la tradición permitan el vuelo de la idea.

¿Que esto es abogar por la fórmula y contra la idea? ¡Como si las fórmulas no tuvieran vida! ¡Como si una nube que descansa en un risco no tuviera más vida que el risco mismo! ¡Nebulosidades!... de ellas baja la lluvia fecundante, ellas llevan a que se sedimente en el valle el detritus de la roca. Cuando no se cree más que en la vida de la carne, se camina a la muerte.

¡Qué hermoso fué aquel gigantesco esfuerzo de Hegel, el último titán, para escalar el cielo! ¡Qué hermoso fué aquel trabajo hercúleo por encerrar el mundo todo en fórmulas vivas, por escribir el

álgebra del universo! ¡Qué hermoso y qué fecundo! De las ruinas de aquella torre, aspiración a la ciencia absoluta, se han sacado cimientos para la ciencia positiva y sólida; de las migajas de la mesa hegeliana viven los que más la denigran. Comprendió que el mundo de la ciencia son formas enchufadas unas en otras, formas de formas y formas de estas formas en proceso inacabable, y quiso levantarnos al cenit del cielo de nuestra razón, y desde la forma suprema hacernos descender a la realidad, que iría purificándose y abriéndose a nuestros ojos, racionalizándose. Este sueño del Quijote de la filosofía ha dado alma a muchas almas, aunque le pasó lo que al barón de Münchhausen, que quería sacarse del pozo tirándose de las orejas. Tenía que hablar una lengua, lengua nacional, y el lenguaje humano es pobre para tal empresa, que era la empresa nada menos que de hacernos dioses. Fué—dicen algunos—la revelación del satanismo [1] y luego ha venido el convertirse Nabucodonosor, que quiso ser dios, en bestia y andar hozando el suelo para extraer raí-

[1] Por serlo, admiran a Hegel los que adoran a Satanás *al revés,* los que en realidad creen en una especie de divinidad de que son dos formas Dios y el Demonio, los absolutistas que creen lo más lógico dentro del liberalismo, el anarquismo.

ces de que alimentarse. Esta es una atroz blasfemia en que nos detendremos más adelante.

¡Formas enchufadas unas en otras, formas de formas y formas de estas formas en proceso inacabable es el mundo de la ciencia, en que se busca lo cuantitativo de que brotan las cualidades! Pero si dentro de las formas se halla la cantidad, dentro de ésta hay una cualidad, lo intracuantitativo, el *quid divinum*. Todo tiene entrañas, todo tiene un dentro, incluso la ciencia. Las formas que vemos fuera tienen un dentro como le tenemos nosotros, y así como no sólo nos conocemos, sino que *nos somos*, ellas *son*. ¿De qué nos servirá definir el amor, si no lo sintiéramos? ¡Cómo se olvida que las cosas *son*, que tienen entrañas! Cuando oigo la queja de mi prójimo, que para el ojo es una forma enchufadora de otras, siento dolor en mis entrañas y a través del amor, la revelación del *ser*. A través del amor llegamos a las cosas con nuestro *ser* propio, no con la mente tan sólo, las hacemos *prójimos*, y de aquí brota el arte, arte que vive en todo, hasta en la ciencia, porque en el conocimiento mismo brota del *ser* de que es forma la mente, porque no hay luz, por fría que parezca, que no lleve chispa de calor.

Por natural instinto y por común sentido comprende todo el mundo que al decir *arte castizo, arte nacional*, se dice más que al decir *ciencia castiza, ciencia nacional*, que si cabe preguntar qué se entiende por *química inglesa* o por *geometría alemana*, es mucho más inteligible y claro el hablar de *música italiana*, de *pintura española*, de *literatura francesa*. El arte parece ir más asido al *ser* y éste más ligado que la mente a la nacionalidad, y digo parece porque es apariencia.

El arte no puede desligarse de la lengua tanto como la ciencia, ¡ojalá pudiera! Hasta la música y la pintura, que parecen ser más universales, más desligadas de todo laconismo y temporalismo, lo están y no poco; su lengua no es universal, sino en cierta medida, en una medida no mayor que la de la gran literatura. El arte más algébrico, la música, es alemana o francesa o italiana.

En la literatura, aquí es donde la gritería es mayor, aquí es donde los proteccionistas pelean por lo castizo, aquí donde más se quiere poner vallas al campo. Dicen que nos invade la literatura francesa, que languidece y muere el teatro nacional, etcétera, etc. Se alzan lamentos sobre la descastación de nuestra lengua, sobre la invasión del *barbarismo*. Y he aquí otra palabra pecadora, corrompida. Al punto de oirla, asociamos el barbarismo al sentido corriente y vulgar de *bárbaro;*

sin querer, inconcientemente, suponemos que hay algo de barbarie en el barbarismo, que la invasión de éstos lleva nuestra lengua a la babarie, sin recordar—que también esto se olvida de puro sabido—que la invasión de los *bárbaros* fué el principio de la regeneración de la cultura europea ahogada bajo la senilidad del imperio decadente. Del mismo modo, a una invasión de atroces barbarismos debe nuestra lengua gran parte de sus progresos, v. g., a la invasión del barbarismo krausista, que nos trajo aquel movimiento tan civilizador en España. El barbarismo será tal vez lo que preserve a nuestra lengua del *salvajismo,* del salvajismo a que caería en manos de los que nos quieren en la selva donde el salvaje se basta. El barbarismo produce al pronto una fiebre, como la vacuna, pero evita la viruela. Por otra parte, son barbarismos los galicismos y los germanismos actuales, y, ¿no lo eran acaso los hebraísmos de Fr. Luis de León, los italianismos de Cervantes o el sinnúmero de latinismos de nuestros clásicos? El mal no está en la invasión del barbarismo, sino en lo poco asimilativo de nuestra lengua, defecto que envanece a muchos.

El arte por fuerza ha de ser más castizo que la ciencia, pero hay un arte eterno y universal, un arte *clásico,* un arte sobrio en color local y temporal, un arte que sobrevivirá al olvido de los costumbristas todos. Es un arte que toma el *ahora* y el *aquí* como puntos de apoyo, cual Anteo la tierra para recobrar a su contacto fuerzas; es un arte que intensifica lo general con la sobriedad y vida de lo individual, que hace que el verbo se haga carne y habite entre nosotros. Cuando se haga polvo el museo de retratos que acumulan nuestros *fotógrafos,* retratos que sólo a los parientes interesan, que en cuanto muere el padre arranca de la pared el hijo el del abuelo para echarlo al Rastro, cuando se hagan polvo, vivirán los tipos eternos. A ese arte eterno pertenece nuestro Cervantes, que en el sublime final de su *Don Quijote* señala a nuestra España, a la de hoy, el camino de su regeneración en Alonso Quijano el Bueno; a ese pertenece porque de puro español llegó a una como renuncia de su españolismo, llegó al espíritu universal, al *hombre* que duerme dentro de todos nosotros. Y es que el fruto de toda sumersión hecha con pureza de espíritu en la tradición, de todo examen de conciencia, es, cuando la gracia humana nos toca, arrancarnos a nosotros mismos, despojarnos de la carne individualmente, lanzarnos de la patria chica a la humanidad.

Dejemos esto, que a ello volveremos más des-

pacio. Volveremos a mirar el *costumbrismo*, el *localismo* y *temporalismo*, la invasión de las minucias fotográficas y nuestra salvación en el arte eterno. Reproduciré y comentaré aquel divino último capítulo de *Don Quijote*, que debe ser nuestro evangelio de regeneración nacional. No le retenga al lector de seguirme la aparente incoherencia que aquí reina; espero que al fin de la jornada vea claro el hilo, y además ¡es tan difícil y tan *muerto* alinear en fila lógica lo que se mueve en círculo!

III

Si no tuviera significación viva lo de ciencia y arte españoles, no calentarían esas ideas a ningún espíritu, no habrían muerto hombres, hombres vivos, peleando por lo castizo.

Pero mientras no nos formemos un concepto *vivo*, fecundo, de la tradición, será de desviación todo paso que demos hacia adelante del casticismo.

Tradición, de *tradere*, equivale a «entrega», es lo que pasa de uno a otro, *trans*, un concepto hermano de los de *transmisión, traslado, traspaso*. Pero lo que pasa queda, porque hay algo

que sirve de sustento al perpetuo flujo de las cosas. Un momento es el producto de una serie, serie que lleva en sí, pero no es el mundo un caleidoscopio. Para los que sienten la agitación, nada es nuevo bajo el sol, y éste es estúpido en la monotonía de los días; para los que viven en la quietud, cada nueva mañana trae una frescura nueva.

Es fácil que el lector tenga olvidado de puro sabido que mientras pasan sistemas, escuelas y teorías va formándose el sedimento de las verdades eternas de la eterna esencia; que los ríos que van a perderse en el mar arrastran detritus de las montañas y forman con él terrenos de aluvión; que a las veces una crecida barre la capa externa y la corriente se enturbia, pero que, sedimentado el limo, se enriquece el campo. Sobre el suelo compacto y firme de la esencia y el arte eternos corre el río del progreso que le fecunda y acrecienta.

Hay una tradición eterna, legado de los siglos, la de la ciencia y el arte universales y eternos; he aquí una verdad que hemos dejado morir en nosotros repitiéndola como el Padrenuestro.

Hay una tradición eterna, como hay una tradición del pasado y una tradición del presente. Y aquí nos sale al paso otra frase de lugar común, que siendo viva se repite también como cosa muerta, y es la frase de «el presente momento

histórico». ¿Ha pensado en ello el lector? Porque al hablar de un momento presente *histórico* se dice que hay otro que no lo es, y así es en verdad. Pero si hay un presente *histórico,* es por haber una tradición del presente, porque la tradición es la sustancia de la historia. Esta es la manera de concebirla en vivo, como la sustancia de la historia, como su sedimento, como la revelación de lo intra-histórico, de lo inconciente en la historia. Merece esto que nos detengamos en ello.

Las olas de la historia, con su rumor y su espuma que reverbera al sol, ruedan sobre un mar continuo, hondo, inmensamente más hondo que la capa que ondula sobre un mar silencioso y a cuyo último fondo nunca llega el sol. Todo lo que cuentan a diario los periódicos, la historia toda del «presente momento histórico», no es sino la superficie del mar, una superficie que se hiela y cristaliza en los libros y registros, y una vez cristalizada así, una capa dura, no mayor con respecto a la vida intra-histórica que esta pobre corteza en que vivimos con relación al inmenso foco ardiente que lleva dentro. Los periódicos nada dicen de la vida silenciosa de los millones de hombres sin historia que a todas horas del día y en todos los países del globo se levantan a una orden del sol y van a sus campos a proseguir la oscura y silenciosa labor cotidiana y eterna, esa labor que como la de las madréporas suboceánicas echa las bases sobre que se alzan los islotes de la historia. Sobre el silencio augusto, decía, se apoya y vive el sonido; sobre la inmensa humanidad silenciosa se levantan los que meten bulla en la historia. Esa vida intra-histórica, silenciosa y continua como el fondo mismo del mar, es la sustancia del progreso, la verdadera tradición, la tradición eterna, no la tradición mentira que se suele ir a buscar al pasado enterrado en libros y papeles y monumentos y piedras.

Los que viven en el mundo, en la historia, atados al «presente momento histórico», peloteados por las olas en la superficie del mar donde se agitan náufragos, éstos no creen más que en las tempestades y los cataclismos seguidos de calmas, éstos creen que puede interrumpirse y reanudarse la vida. Se ha hablado mucho de una reanudación de la *historia* de España, y lo que la reanudó en parte fué que la historia brota de la no historia, que las olas son olas del mar quieto y eterno. No fué la restauración de 1875 lo que reanudó la historia de España; fueron los millones de hombres que siguieron haciendo lo mismo que antes, aquellos millones para los cuales fué el mismo el sol después que el de antes del 29 de Setiembre de

1868, las mismas sus labores, los mismos los cantares con que siguieron el surco de la arada. Y no reanudaron en realidad nada, porque nada se había roto. Una ola no es otra agua que otra, es la misma ondulación que corre por el mismo mar. ¡Grande enseñanza la del 68! Los que viven en la historia se hacen sordos al silencio. Vamos a ver, ¿cuántos gritaron el 68? ¿A cuántos les renovó la vida aquel «destruir en medio del estruendo lo existente», como decía Prim? Lo repitió más de una vez: «*¡Destruir en medio del estruendo los obstáculos!*» Aquel bullanguero llevaba en el alma el amor al ruido de la historia; pero si se oyó el ruido es porque callaba la inmensa mayoría de los españoles, se oyó el *estruendo* de aquella tempestad de verano sobre el silencio augusto del mar eterno.

En este mundo de los silenciosos, en este fondo del mar, debajo de la historia, es donde vive la verdadera tradición, la eterna, en el presente, no en el pasado muerto para siempre y enterrado en cosas muertas. En el fondo del presente hay que buscar la tradición eterna, en las entrañas del mar, no en los témpanos del pasado, que al querer darles vida se derriten, revertiendo sus aguas al mar. Así como la tradición es la sustancia de la historia, la eternidad lo es del tiempo, la historia es la forma de la tradición como el tiempo la de la eternidad. Y buscar la tradición en el pasado muerto es buscar la eternidad en el pasado, en la muerte, buscar la eternidad de la muerte.

La tradición vive en el fondo del presente, es su sustancia, la tradición hace posible la ciencia, mejor dicho, la ciencia misma es tradición. Esas últimas leyes a que la ciencia llega, la de la persistencia de la fuerza, la de la uniformidad de la naturaleza, no son más que fórmulas de la eternidad viva, que no está fuera del tiempo, sino dentro de él. Spinoza, penetrado hasta el tuétano de su alma de lo eterno, expresó de una manera eterna la esencia del ser, que es la persistencia en el ser mismo. Después lo han repetido de mil maneras: «persistencia de la fuerza», «voluntad de vivir», etc.

La tradición eterna es lo que deben buscar los videntes de todo pueblo, para elevarse a la luz, haciendo conciente en ellos lo que en el pueblo es inconciente, para guiarle así mejor. La tradición eterna española, que al ser eterna es más bien humana que española, es la que hemos de buscar los españoles en el presente vivo y no en el pasado muerto. Hay que buscar lo eterno en el aluvión de lo insignificante, de lo *inorgánico*, de lo que gira en torno de lo eterno como cometa errático,

sin entrar en ordenada constelación con él, y hay que penetrarse de que el limo del río turbio del presente se sedimentará sobre el suelo eterno y permanente.

La tradición eterna es el fondo del ser del hombre mismo. El hombre, esto es, lo que hemos de buscar en nuestra alma. Y hay, sin embargo, un verdadero furor por buscar en sí lo menos humano; llega la ceguera a tal punto, que llamanos original a lo menos original. Porque lo original no es la mueca, ni el gesto, ni la *distinción,* ni lo *original;* lo verdaderamente original, es lo originario, la humanidad en nosotros. ¡Gran locura la de querer despojarnos del fondo común a todos, de la masa idéntica sobre que se moldean las formas diferenciales, de lo que nos asemeja y une, de lo que hace que seamos *prójimos,* de la madre del amor, de la humanidad, en fin, del hombre, del verdadero hombre, del legado de la especie! ¡Qué empeño por entronizar lo pseudo-original, lo distintivo, la mueca, la caricatura, lo que nos viene de fuera! Damos más valor a la acuñación que al oro, y, ¡es claro!, menudea el falso. Preferimos el arte a la vida, cuando la vida más oscura y humilde vale infinitamente más que la más grande obra de arte.

Este mismo furor que, por buscar lo diferencial

y distintivo, domina a los individuos, domina también a las *clases históricas* de los pueblos. Y así como es la vanidad individual tan estúpida que, con tal de originalizarse y distinguirse por algo, cifran muchos su orgullo en ser más brutos que los demás, del mismo modo hay pueblos que se vanaglorian de sus defectos. Los caracteres nacionales de que se envanece cada nación europea, son muy de ordinario sus defectos. Los españoles caemos también en este pecado.

IV

Hay un ejército que desdeña la tradición eterna, que descansa en el presente de la humanidad, y se va en busca de lo *castizo* e *histórico* de la tradición al pasado de nuestra casta, mejor dicho, de la casta que nos precedió en este suelo. Los más de los que se llaman a sí mismos tradicionalistas, o sin llamarse así se creen tales, no ven la tradición eterna, sino su sombra vana en el pasado. Son gentes que por huir del ruido presente que les aturde, incapaces de sumergirse en el silencio de que es ese ruido, se recrean en ecos y retintines de sonidos muertos. Desprecian las

constituciones forjadas más o menos filosóficamente a la moderna francesa, y se agarran a las forjadas históricamente a la antigua española; se burlan de los que quieren hacer cuerpos vivos de las nubes, y quieren hacerlos de osamentas; execrando del jacobinismo, son jacobinos. Entre ellos, más que en otra parte, se hallan los dedicados a ciertos estudios llamados históricos, de erudición y compulsa, de donde sacan legitimismos y derechos históricos y esfuerzos por escapar a la ley viva de la prescripción y del hecho consumado, y sueños de restauraciones.

¡Lástima de ejército! En él hay quienes buscan y compulsan datos en archivos, recolectando papeles, resucitando cosas muertas en buena hora, haciendo bibliografías y catálogos, y hasta catálogos de catálogos, y describiendo la cubierta y los tipos de un libro, desenterrando incunables y perdiendo un tiempo inmenso con pérdida irreparable. Su labor es útil, pero no para ellos ni por ellos, sino a su pesar; su labor es útil para los que la aprovechan con otro espíritu.

Tenía honda razón al decir el Sr. Azcárate que nuestra cultura del siglo XVI debió de *interrumpirse* cuando la hemos *olvidado;* tenía razón contra todos los desenterradores de osamentas. En lo que la hemos olvidado se interrumpió como

historia, que es como quieren resucitarla los desenterradores, pero lo olvidado no muere, sino que baja al mar silencioso del alma, a lo eterno de ésta.

Cuando nos invade una ciencia más o menos moderna, sea la filología, por ejemplo, al ver citar a alemanes, franceses, ingleses o italianos, alza la voz un desenterrador y pronuncia el nombre de Hervás y Panduro, que aun así sigue olvidado, porque lo que en él había de eterno se nos viene con la ciencia, y lo demás no vale el tiempo que se pierde en leerlo. El que perdí leyéndolo no lo recobraré en mi vida.

Toda esa falange que se dedica a la labor utilísima de recojer y encasillar insectos muertos, clavándoles un alfiler por el coselete para ordenarlos en una caja de entomología, con su rotulito encima, y darnos luego eso por lo que no es, toda esa falange salta de gozo cuando se les figura que un hombre de genio, que sabe sacar a las osamentas la vida que tienen, ahoga bajo esa balumba de dermatoesqueletos rellenos de paja algo de la tradición eterna. ¡Con qué gozo infantil han recibido la obra de Taine, que creen en su ceguera ha de contribuir a ahogar el ideal de la Revolución francesa! No ven que si esa obra ha hallado eco vivo es por ser una revelación de la tradición eterna purificada, no ven que de ella sale más radiante

el 93. ¿Hay cosa más pobre que andar buscando con chinesco espíritu senil las *causas históricas* del protestantismo, un enjambre de pequeñeces muertas, mientras vive el protestantismo purificado, mientras su obra persiste? ¡Buscar los orígenes históricos de lo que tiene raíces intra-históricas con la necia idea de ahogar la vida! ¡Gran ceguera no penetrarse de que la causa es la sustancia del efecto, que mientras éste vive es porque vive aquélla!

Mil veces he pensado en aquel juicio de Schopenhauer sobre la escasa utilidad de la historia y en los que lo hacen bueno, a la vez que en lo regenerador de las aguas del río del Olvido. Lo cierto es que los mejores libros de historia son aquellos en que vive lo presente, y, si bien nos fijamos, hemos de ver que cuando se dice de un historiador que resucita siglos muertos, es porque les pone su alma, les anima con un soplo de la intra-historia eterna que recibe del presente. «Se oye el trotar de los caballos de los francos en los relatos merovingios de Agustín Thierry», me dijeron, y, al leerlos, lo que oí fué un eco del alma eterna de la humanidad, eco que salía de las entrañas del presente.

Pensando en el parcial juicio de Shopenhauer, he pensado en la mayor enseñanza que se saca de

los libros de viajes que de los de historia, de la trasformación de esta rama del conocimiento en sentido de vida y alma, de cuánto más hondos son los historiadores artistas o filósofos que los pragmáticos, de cuánto mejor nos revelan un siglo sus obras de ficción que sus historias, de la vanidad de los papiros y ladrillos. La historia presente es la viva y la desdeñada por los desenterradores tradicionalistas, desdeñada hasta tal punto de ceguera que hay hombre de Estado que se quema las cejas en averiguar lo que hicieron y dijeron en tiempos pasados los que vivían en el ruido, y pone cuantos medios se le alcanzan para que no llegue a la historia viva del presente el rumor de los silenciosos que viven debajo de ella, la voz de hombres de carne y hueso, de hombres vivos.

Todo cuanto se repita que hay que buscar la tradición eterna en el presente, que es intra-histórica más bien que histórica, que la historia del pasado sólo sirve en cuanto nos llega a la revelación del presente, todo será poco. Se manifiestan esos tradicionalistas de acuerdo con estas verdades, pero en su corazón las rechazan. Lo que les pasa es que el presente les aturde, les confunde y marea, porque no está muerto, ni en letras de molde, ni se deja agarrar como una osamenta, ni huele a polvo, ni lleva en la espalda certificados.

Viven en el presente como sonámbulos, desconociéndolo e ignorándolo, calumniándolo y denigrándolo sin conocerlo, incapaces de descifrarlo con alma serena. Aturdidos por el torbellino de lo *inorgánico,* de lo que se revuelve sin órbita, no ven la armonía siempre *in fieri* de lo eterno, porque el presente no se somete al tablero de ajedrez de su cabeza. Le creen un caos; es que los árboles les impiden ver el bosque. Es en el fondo la más triste ceguera del alma, es una hiperestesia enfermiza que les priva de ver el *hecho,* un solo hecho, pero un hecho vivo, carne palpitante de la naturaleza. Abominan del presente con el espíritu senil de todos los *laudatoris tempores acti;* sólo sienten lo que les hiere, y como los viejos, culpan al mundo de sus achaques. Es que la dócil sombra del pasado la adaptan a su mente, siendo incapaces de adaptar ésta al presente vivo; he aquí todo: hacerse medida de las cosas. Y así llegan, ciegos del presente, a desconocer el pasado en que hozan y se revuelven.

Se les conoce en que hablan con desdén del éxito, del divino éxito, único que a la larga tiene razón aquí donde creemos tenerla todos; del éxito que siendo más fuerte que la voluntad se le rinde cuando es ésta constante, cuando es la voluntad eterna, madre de la fe y de la esperanza, de la fe

viva que no consiste en creer lo que no vimos, sino en crear lo que no vemos; maldicen al éxito, que para la siega de las ideas espera a su sazón, tan sordo a las invocaciones del impaciente como a las execraciones del despechado. Se les conoce en que creen que al presente reina y gobierna la fuerza oprimiendo al derecho; se les conoce en su pesimismo.

Hay que ir a la tradición eterna, madre del ideal, que no es otra cosa que ella misma reflejada en el futuro. Y la tradición eterna es tradición universal, cosmopolita. Es combatir contra ella, es querer destruir la humanidad en nosotros, es ir a la muerte, empeñarnos en distinguirnos de los demás, en evitar o retardar nuestra absorción en el espíritu general europeo moderno. Es menester que pueda decirse que «verdaderamente *se muere* y verdaderamente está cuerdo Alonso Quijano el Bueno»; que esos «cuentos» viejos que desentierran de nuestro pasado de aventuras y que «han sido verdaderos en nuestro daño, los vuelva nuestra *muerte* con ayuda del cielo en provecho nuestro».

Para hallar la humanidad en nosotros y llegar al pueblo nuevo conviene, sí, nos estudiemos, porque lo accidental, lo pasajero, lo temporal, lo castizo, de puro sublimarse y exaltarse se purifi-

ca destruyéndose. De puro español, y por su hermosa muerte sobre todo, pertenece Don Quijote al mundo. No hagamos nuestro héroe a un original a quien no le sirva ante la conciencia eterna de la humanidad toda la labor que en torno a su sombra hagan los entomólogos de la historia, ni la que hagan los que ponen sobre nuestras cualidades nuestros defectos, toda esa falange que cree de *mal gusto,* de *ignorancia* y *mandado recojer* el decir la verdad sobre esa sombra y de muy buen tono burlarse del himno de Riego.

Volviendo el alma con pureza a sí, llega a matar la ilusión, madre del pecado, a destruir el yo egoísta, a purificarse de sí misma, de su pasado, a anegarse en Dios. Esta doctrina mística tan llena de verdad viva en su simbolismo es aplicable a los pueblos como a los individuos. Volviendo a sí, haciendo examen de conciencia, estudiándose y buscando en su historia la raíz de los males que sufren, se purifican de sí mismos, se anegan en la humanidad eterna. Por el examen de su conciencia histórica penetran en su intra-historia y se hallan de veras. Pero ¡ay de aquel que al hacer examen de conciencia se complace en sus pecados pasados y ve su originalidad en las pasiones que le han perdido, pone el pundonor mundano sobre todo!

El estudio de la propia historia, que debía ser un implacable examen de conciencia, se toma por desgracia como fuente de apologías y apologías de vergüenzas, y de excusas, y de disculpaciones y componendas con la conciencia, como medio de defensa contra la penitencia regeneradora. Apena leer trabajos de historia en que se llama glorias a nuestras mayores vergüenzas, a las *glorias* de que purgamos; en que se hace jactancia de nuestros pecados pasados; en que se trata de disculpar nuestras atrocidades innegables con las de otros. Mientras no sea la historia una confesión de un examen de conciencia no servirá para despojarnos del pueblo viejo, y no habrá salvación para nosotros.

La humanidad es la casta eterna, sustancia de las castas históricas que se hacen y deshacen como las olas del mar; sólo lo humano es eternamente castizo. Mas para hallar lo humano eterno hay que romper lo castizo temporal y ver cómo se hacen y deshacen las castas, cómo se ha hecho la nuestra, y qué indicios nos da de su porvenir su presente. Entremos ahora en indicaciones que guíen al lector en esta tarea, en sugestiones que le sirvan para ese efecto.

Febrero de 1895.

II

LA CASTA HISTÓRICA
CASTILLA

PARA llegar, lo mismo un pueblo que un hombre, a conocerse, tiene que estudiar de un modo o de otro su historia. No hay intuición directa de sí mismo que valga; el ojo no se ve si no es con un espejo, y el espejo del hombre moral son sus obras, de que es hijo. Al árbol se le conoce por sus frutos; obramos según somos, y del conocimiento de nuestras obras entramos al de nosotros mismos, con la misma marcha que al de nuestros prójimos por las suyas, puesto que, en resolución, no es cada cual más que el primer prójimo de sí propio. Mas como esta inferencia de nuestras obras a nuestro carácter es de todos los días, apenas nos damos cuenta de ella creyendo conocernos *intuitivamente*, de modo directo. Y, sin embargo, ¡cuántas veces no se dice uno a sí mismo: «no me creí capaz de tal cosa», o «no me reconozco», «soy otro»!

Si vas a saltar una zanja sin conocer previa-

mente cuánto saltas, lo haces con el encojimiento del miedo y caes; mas si ejercitándote en gimnasia habías medido tus fuerzas, saltas con *valor*, con conocimiento de ti mismo, que éste es el valor verdadero, conocimiento de sí mismo. La misma utilidad que la gimnasia para la vida corporal tiene el examen de conciencia para la espiritual, y el estudio sereno de la historia para un pueblo. Estudiando éste se llega al carácter popular íntimo, a lo intra-histórico de él.

Al comprender el presente como un momento de la serie toda del pasado, se empieza a comprender lo vivo de lo eterno, de que brota la serie toda, aun cuando queda otro paso más en esta comprensión, y es buscar la razón de ser del «presente momento histórico», no en el pasado, sino en el presente *total* intra-histórico; ver en las causas de los hechos históricos vivos revelaciones de la sustancia de ellos, que es su causa eterna. Pero entre tanto no nos sea esto hacedero con *ciencia,* será utilísima e imprescindible la labor de los desenterradores y ajustadores de sucesos históricos pasados, porque es labor de paleontología, luz para enlazar a nuestros ojos las especies vivas hoy y llegar a la continuidad zoológica. Por las causas se va a la sustancia. Sin el paleontológico hiparión no veríamos tan clara la comunidad

de la pezuña del caballo y el ala del águila. Y así como la paleontología, capítulo de la historia natural, se subordina a la biología general, así la historia del pasado humano, capítulo de la del presente, se ha de subordinar a la ciencia de la sociedad, ciencia en embrión aún y parte también de la biología. Todo esto es hoy del dominio general, tan corriente que apenas se asienta, pero es, como veremos, letra muerta. Son cosas sabidas de sobra y... Dios te libre, lector, de tener razón que te sobre; más te vale que te falte.

El conocimiento desinteresado de su historia da a un pueblo valor, conocimiento de sí mismo, para despojarse de los detritus de desasimilación que embarazan su vida.

En el asunto que nos ocupa aquí, para llegar a lo duradero de nuestro casticismo, a su roca viva, conviene estudiar cómo se ha formado y revelado en la historia nuestra casta histórica.

I

Ha empezado hace algún tiempo a deshacerse la enormidad de errores que acarrearon las confusiones entre lo fisiológico, lo lingüístico, lo geográfico y lo histórico en los pueblos; es corriente

ya que éstos son un producto histórico independiente de homogeneidad de raza física o de comunidad de origen; poco a poco va difundiéndose la idea de que la supuesta emigración de los arios a Europa sea acaso en parte emigración de las lenguas arianas con la cultura que llevaban en su seno, siendo sus portadores unos pocos peregrinos que cayeran a perderse en poblaciones que los absorbieron.

De raza española fisiológica nadie habla en serio, y, sin embargo, hay casta española, más o menos en formación, y latina y germánica, porque hay castas y casticismos espirituales por encima de todas las braquicefalias y dolicocefalias habidas y por haber.

Todo el mundo sabe, de sobra con sobrada frecuencia, que un pueblo es el producto de una civilización, flor de un proceso histórico el sentimiento de patria, que se corrobora y vivifica a la par que el de cosmopolitismo. A esto último hemos de volver, que lo merece.

Llenos están los libros de explicaciones del *hecho* de la patria y su fundamentación, explicaciones de todos colores, desde vaguedades místicas y formulismos doctrinarios hasta la tan denigrada doctrina del pacto.

Detengámonos un poco en esto del pacto, que

las reflexiones que nos sugiera, aunque digresivas al pronto, afluirán al cabo a la corriente central de esta meditación. La doctrina del pacto, tan despreciada como mal entendida por paleontólogos desenterradores, es la que, después de todo, presenta la razón intra-histórica de la patria, su verdadera fuerza creadora, en acción siempre.

Lo mismo que tantos pueblos han proyectado en sus orígenes, en la edad de oro, su ideal social, Rousseau proyectó en los orígenes del género humano el término ideal de la sociedad de los hombres, el contrato social. Porque hay en formación, tal vez inacabable, un pacto inmanente, un verdadero contrato social intra-histórico, no formulado, que es la efectiva constitución interna de cada pueblo. Este contrato libre, hondamente libre, será la base de las patrias chicas cuando éstas, individualizándose al máximo por su subordinación a la patria humana universal, sean otra cosa que limitaciones del espacio y del tiempo, del suelo y de la historia.

A partir de comunidad de intereses y de presión de mil agentes exteriores a ellas y que las unen, caminan las voluntades humanas, unidas en pueblo, al contrato social inmanente, pacto hondamente libre, esto es, aceptado con la verdadera

libertad, la que nace de la compresión viva de lo necesario, con la libertad que da el hacer de las leyes de las cosas leyes de nuestra mente, con la que nos acerca a una como omnipotencia humana. Porque si en fuerza de compenetración con la realidad llegáramos a querer siempre lo que fuera, sería siempre lo que quisiéramos. He aquí la raíz de la resignación viva, no de la muerta, de la que lleva a la acción fecunda de trabajar en la adaptación mutua de nosotros y el mundo, a conocerlo para hacerlo nuestro haciéndonos suyos, a que podamos cuanto queramos cuando sólo podamos querer lo que podamos llevar a cabo.

Se podrá decir que hay verdadera patria española cuando sea libertad en nosotros la necesidad de ser españoles, cuando todos lo seamos por querer serlo, queriéndolo porque lo seamos. *Querer* ser algo no es *resignarse* a serlo tan sólo.

Hasta llegar a este término de libertad del que aún, no valen ilusiones, estamos lejos, la historia va haciendo a los pueblos, la historia que es algo del hado. Les hace un ideal dominando diferencias, y ese ideal se refleja sobre todo en una lengua con la literatura que engendra.

La lengua es el receptáculo de la experiencia de un pueblo y el sedimento de su pensar; en los hondos repliegues de sus metáforas (y lo son la

inmensa mayoría de los vocablos) ha ido dejando sus huellas el espíritu colectivo del pueblo, como en los terrenos geológicos el proceso de la fauna viva. De antiguo los hombres rindieron adoración al *verbo,* viendo en el lenguaje la más divina maravilla.

El pueblo romano nos dejó muchas cosas escritas y definidas y concientes, pero donde sobre todo se nos ha trasmitido el romanismo es en nuestros *romances,* porque en ellos descendió a las profundidades intra-históricas de nuestro pueblo, a ser carne del pensar de los que no viven en la historia.

El que quiera juzgar de la romanización de España no tiene sino ver que el castellano, *en el que pensamos y con el que pensamos,* es un *romance* de latín casi puro; que estamos pensando con los conceptos que engendró el pueblo romano, que lo más granado de nuestro pensamiento es hacer conciente lo que en él llegó a inconciente.

Hay otro hecho, y es el de que la lengua oficial de España sea la *castellana,* que está lleno de significación viva. Porque del latín brotó en España más de un romance, pero uno entre ellos, el *castellano,* se ha hecho lengua nacional e internacional además, y camina a ser verdadera

lengua española, la lengua del pueblo español que va formándose sobre el núcleo castellano. Desde el reinado de Alfonso VII, a mediados del siglo XII, usábase en la regia cancillería el romance castellano y su carácter oficial le fué oficialmente promulgado al ordenar Fernando III que se tradujera el *Forum Judicum* al romance castellano para darlo como fuero a Córdoba, el Fuero Juzgo [1], y corroboró esa promulgación su hijo Alfonso el *Docto,* en la ley IV del título IX de la Segunda Partida, donde manda que el Chanciller del Rey sepa «leer e escrebir tan bien en latín *como en romance*». Y poco a poco la lengua *castellana* fué haciéndose oficial de España.

Así es que en la literatura española, escrita y pensada en castellano, lo *castizo,* lo verdaderamente castizo, es lo de vieja cepa castellana.

[1] *Forum Iudicum* equivale a «Fuero de los Jueces», pero no se tradujo su título, sino que, trasformándose fonéticamente, pasó al romance y del genitivo de plural *judicum* salió el *Juzgo,* vocablo representante de un caso latino que no ha pasado al castellano. Este *hecho,* este humilde hecho, ¡qué preñado de historia está! Porque nos indica que no se traducía el título del código, sino que corría en latín de boca en boca, cuando ya el latín no se hablaba, como cosa muy popular y conocida entre los que no lo hablaban, entre gente del pueblo por ser la derivación *juzgo* de *judicum* una derivación popular. Los fósiles escriben su historia en las capas del terreno.

Pero si Castilla ha hecho la nación española, ésta ha ido españolizándose cada vez más, fundiendo más cada día la riqueza de su variedad de contenido interior, absorbiendo el espíritu castellano en otro superior a él, más complejo: el español. No tienen otro sentido hondo los pruritos de regionalismo más vivaces cada día, pruritos que siente Castilla misma; son síntomas del proceso de españolización de España, son prodromos de la honda labor de unificación. Y toda unificación procede al compás de la diferenciación interna y al compás de la sumisión del conjunto todo a una unidad superior a él.

La labor de españolización de España no está concluída, ni mucho menos, ni concluirá, creemos, si no se acaba con casticismos engañosos, en la lengua y en el pensamiento que en ella se manifiesta, en la cultura misma.

Castilla es la verdadera forjadora de la unidad y la monarquía españolas; ella las hizo y ella misma se ha encontrado más de una vez enredada en consecuencias extremas de su obra. Mas cuando España renació a nueva vida el año 1808 fué por despertar difuso, sin excitación central.

Nos queda por buscar algo del espíritu histórico castellano revelado sobre todo en nuestra lengua y en nuestra literatura clásica *castiza,*

buscar qué es lo que tiene de eterno y qué de transitorio y qué debe quedar de él. Conviene indagar si no es renunciando a un *yo* falaz como se halla el *yo* de roca viva, si no es abriendo las ventanas al aire libre de fuera como cobraremos vida, si el fomento de la regeneración de nuestra cultura no hay que buscarlo fuera a la vez que buscarlo dentro. Conviene mostrar que el regionalismo y el cosmopolitismo son dos aspectos de una misma idea, y los sostenes del verdadero patriotismo, que todo cuerpo se sostiene del juego de la presión externa con la tensión interna.

II

Al llegar a este punto ruego al lector paciente recorra en su memoria la historia que de España le enseñaron, y se fije en ella en las causas que produjeron el predominio de Castilla en la Península ibérica. Bueno será, no obstante, que le indique los puntos que deseo tenga más presentes, todos ellos conocidísimos para cualquier bachiller en letras.

Ocupada gran parte de España por la morisma durante la Edad Media, y fraccionado el resto en

multitud de estadillos, fué en ella acentuándose la corriente central a medida que se acercaba a la edad moderna, y preparándose a la ingente labor de la forja de las grandes nacionalidades, labor que constituye el proceso histórico de la edad llamada moderna, y labor que, como la crisis de la pubertad en los individuos, nos ha traído a extenuaciones de paz armada, y de aduanas y de pseudocasticismos, engendrando el malestar de que empieza a resurgir potente el ideal humano, por ambos extremos, por el sentimiento individual y por el de solidaridad universal humana.

La necesidad mayor era la de constituir una unidad de la península española, una unidad frente a las otras grandes unidades que iban formándose. Al entrar cada pueblo en concierto con los demás (a lo que condujeron, entre otros movimientos, las Cruzadas), como elemento de una futura unidad suprema, en informísima formación todavía hoy, al entrar en ese concierto tenían que acentuar su unidad externa como todo compuesto algo difuso y disuelto se espesa y unifica al entrar como componente de un grupo superior a él.

De la labor que, poniendo en relaciones más estrechas a los pueblos, originó la individuación creciente de éstos, brotaron las monarquías más o menos absolutas. Y éstas sacaron su primera

fuerza unificadora, como es corriente, de la oposición del estado llano a la nobleza feudal. Los reyes con los pueblos ahogaron el feudalismo paleontológico. Lugar común éste, más o menos exacto en sus partes todas, pero que corre sin vida ni fecundidad a menudo, por no observar que no de la muerta diferenciación feudal y aristocrática, sino del fondo *continuo* del pueblo llano, de la *masa,* de lo que tenían de común los pueblos todos, brotaron las energías de las individuaciones nacionales.

En España llevó a cabo la unificación Castilla, que ocupa el centro de la Península, la región en que se cruzaban las comunicaciones de sus distintos pueblos, centro de más valor que ahora entonces, que en la crisis de la pubertad nacional las funciones de nutrición predominaban sobre las de relación (si bien, y no olvide esto el lector, la función nutritiva es una verdadera función de relación). Entonces, cuando todavía no había llevado la vida a las costas el descubrimiento de América, ni llegaban del Far West americano trigos al puerto de Barcelona, Castilla era un emporio del comercio español de granos y verdadero centro *natural* de España.

Castilla ocupaba el centro, y el espíritu castellano era el más centralizador a la par que el más

expansivo, el que para imponer su ideal de unidad se salió de sí mismo. Porque conviene fijarse en que el más hondo egoísmo no es el del que pelea por imponer a otros su modo de ser o de pensar, sino el de que, metido en su concha, se derrite de *amor* al prójimo y deja correr la bola. El fuerte, el *radicalmente* fuerte, no puede ser egoísta: el que tiene fuerza de sobra la saca para darla.

Cuando lo que hacía falta era una fuerte unidad central, tenía que predominar el más unitario; cuando se necesitaba una vigorosa acción hacia el exterior, el de instinto más conquistador e imperativo. Castilla, en su exclusivismo, era menos exclusiva que los pueblos que, encerrados en sí, se dedicaban a su fomento interior; fué uno de los pueblos más *universales*, el que se echó a salvar almas por esos mundos de Dios, y a saquear América para los flamencos [1].

Sería labor industriosa y útil la de desenmarañar hasta qué punto hicieron las circunstancias, el medio ambiente que hoy se dice, al espíritu

[1] «Que era común proverbio llamar el flamenco al español mi indio. Y dezían la verdad, porque los indios no davan tanto oro a los españoles, como los españoles a los flamencos.»

Fr. Prudencio de Sandoval, en el libro v de la *Vida y hechos del Emperador Carlos* v.

castellano, y hasta qué punto éste se valió de aquéllas. La obra de la reconquista, el descubrimiento del Nuevo Mundo y el haber ocupado el trono de Castilla un emperador de Alemania, determinaron la marcha ulterior de la política castellana; pero si las circunstancias hacen al espíritu, es modificadas por este mismo y recibidas en él según él es [1].

Castilla, sea como fuere, se puso a la cabeza de la monarquía española, y dió tono y espíritu a toda ella; lo castellano es, en fin de cuenta, lo castizo.

El caso fué que Castilla paralizó los centros reguladores de los demás pueblos españoles, inhibióles la conciencia histórica en gran parte, les echó en ella su idea, la idea del unitarismo conquistador, de la *catolización* del mundo, y esta

[1] Es cierto que los abuelos de los tercios de Flandes pelearon porque su rey no se saliera de España; pero ¿se encuentra en historiadores castizos españoles con que celebren nuestras derrotas, como los ingleses las de sus reyes en el continente? Véanse las reflexiones que sugiere a Juan Ricardo Green *(A short history of the english people)* la derrota del rey Juan, el angevino, en Bouvines en 1214, derrota en que perdió sus posesiones francesas, y a que debe Inglaterra la Carta Magna, y cuanto dice del fin de la guerra de los Cien Años. Aquí, en cambio, todavía se llora por algunos la pérdida de aquellos dominios en que no se ponía el sol.

idea se desarrolló y siguió su trayectoria castellanizándolos. Y de los demás pueblos españoles brotaron espíritus hondamente castellanos, *castizamente* castellanos, de entre los cuales citaré como ejemplo a Íñigo de Loyola, un vasco. En su obra alienta todavía por el mundo el espíritu de la vieja Castilla.

Esta vieja Castilla formó el núcleo de la nacionalidad española y le dió atmósfera: ella llevó a cabo la expulsión de los moros, a partir del país de los *castillos* levantados como atalayas y defensas, y clavó la cruz castellana en Granada; poco después descubrieron un Nuevo Mundo galeras *castellanas* con dinero de Castilla, y se siguió todo lo que el lector conoce. Y siguiendo al espíritu de conquista se desarrolló natural y lógicamente el absolutismo dentro, el absolutismo de la que se ha llamado «democracia frailuna».

Repase el lector en su memoria los caracteres de las dos principales potencias españolas, Castilla y Aragón, y la participación que cada una tomó en la forja de la nación española, la labor de Isabel y la de Fernando como rey de Aragón, y las consecuencias de una y de otra.

A partir de aquel *culmen* del proceso histórico de España, de aquel nodo en que convergieron los haces del pasado para diverger de allí, fué el

destino apoderándose de la libertad del espíritu colectivo, y precipitándose grandezas tras grandezas, nos legaron los siglos sucesivos la *damnosa hereditas* de nuestras glorias castizas.

Carlos I continuó la obra de unificación, gracias en gran parte a aquella invasión de extranjeros que nos metió en casa, porque de más de una manera acelera la individuación de un cuerpo el que penetren en él elementos extraños, excitantes de cristalización. Carlos I continuó la obra de unificación metiendo a España en concierto europeo [1].

Recorra el lector en su memoria todo esto y llegue a la vivaz expansión del espíritu castellano, que produjo tantos misioneros de la palabra y de la espada, cuando el sol no se ponía en sus dominios, cuando llevaba a todas partes su ideal de uniformidad católica, cuando brotó más potente a luz el casticismo castellano.

«España, que había expulsado a los judíos y que aún tenía el brazo teñido en sangre mora, se encontró a principios del siglo XVI enfrente de la

[1] Entre los complejos elementos que entraron a conjurar las comunidades de Castilla, ¿no andaría acaso la Liga de trigueros del siglo XVI? Leyendo a Sandoval se atisba a las veces entre los comuneros de aquella jornada de Villalar a algunos trigueros de entonces.

Reforma, fiera recrudescencia de la barbarie septentrional; y por toda aquella centuria se convirtió en campeón de la unidad y de la ortodoxia.» Esto dice uno de los españoles que más y mejor ha penetrado en el espíritu castellano, que más y mejor ha llegado a su intra-historia, uno de los pocos que ha sentido el soplo de la vida de nuestros fósiles. Pues bien, a pesar de aquel campeonato alienta y vive la *barbarie septentrional* y aún tendremos que renovar nuestra vida a su contacto; lo sabe bien y lo comprende y siente el que escribía lo precitado. Alonso Quijano el Bueno se despojará al cabo de Don Quijote y *morirá* abominando de las locuras de su campeonato, locuras grandes y heroicas, y *morirá* para renacer.

Después de la vigorosa acción vino el vigor del pensamiento, el rebotar los actos del exterior al espíritu que los había engendrado; el reflejo en el alma castellana de su propia obra, su edad de oro literaria. En aquella literatura se va a buscar el modelo de *casticismo,* es la literatura castellana eminentemente *castiza,* a la vez que es nuestra literatura *clásica.* En ella siguen viviendo *ideas* hoy moribundas, mientras en el fondo intra-histórico del pueblo español viven las fuerzas que encarnaron en aquellas ideas y que pueden encarnar en otras. Sí, pueden encarnar en otras sin rom-

perse la continuidad de la vida; no puede asegurarse que caeremos siempre en los mismos errores y en los mismos vicios.

La vieja idea castellana castiza encarnó en una literatura y en otras obras no literarias, porque las de Íñigo de Loyola y Domingo de Guzmán, ¿no son acaso hijas del espíritu castellano casado con el catolicismo y universalizadas merced a éste?

La idea conciente de aquel pueblo encarnó en una literatura, así como el fondo de representaciones subconcientes en el pueblo de que aquélla brotó, en una lengua. Y aun cuando olvidáramos la vieja literatura castiza, ¿no quedaríamos acaso con la fuerza viva de que brotó? Lo que hace la continuidad de un pueblo no es tanto la tradición histórica de una literatura cuanto la tradición intra-histórica de una lengua; aun rota aquélla, vuelve a renacer merced a ésta. Toda serie discontinua persiste y se mantiene merced a un proceso continuo de que arranca: esta es una forma más de la verdad de que el tiempo es forma de la eternidad.

Nuestra literatura clásica castiza brotó cuando se había iniciado la decadencia de la casa de Austria, al recojerse la idea castellana, fatigada de luchar y derrotada en parte, al recojerse en sí y

conocerse, como nos conocemos todos, por lo que había hecho, en el espejo de sus obras; al volver a sí del choque con la realidad externa que la había rechazado después de recibir señal y efecto de ella. Y así la vemos que después de haber intentado en vano ahogar «la barbarie septentrional» y el renacer de otros espíritus, torna a sí con la austera gravedad de la madurez, se percata de que la vida es sueño, piensa reportarse por si despierta un día y se dice:

> Soñemos, alma, soñemos
> Otra vez, pero ha de ser
> Con atención y consejo
> De que hemos de despertar
> Deste gusto al mejor tiempo.

Sí, su vida fué sueño espléndido en que se desató con generosa braveza, atropelló cuanto se le puso delante, arrojó por el balcón a quienes no le daban gusto, y se vió luego otra vez en la caverna.

De todas las figuras sensibles en que se nos revela aquel pueblo, con su grandeza y su locura, donde más grande le vemos, donde se nos aparece más solemne y más augusto, más profundo y sublime su apocalipsis, es en aquel relato divino del último capítulo de las aventuras de *Don Quijote,*

en aquel relato eterno, en que, despojado del héroe, muere Alonso Quijano el Bueno en el esplendor inmortal de su bondad. Este Alonso Quijano, que por sus virtudes y a pesar de sus locuras mereció el dictado de el Bueno, es el fondo eterno y permanente de los héroes de Calderón, que son los que mejor revelan la manifestación *histórica,* la meramente histórica de aquel pueblo.

La idea castellana, que de encarnar en la acción pasó a revelarse en el verbo literario, engendró nuestra literatura *castiza clásica,* decimos. Castiza y clásica, con fondo histórico y fondo intrahistórico, el uno temporal y pasajero, eterno y permanente el otro. Y está tan ligado lo uno a lo otro, de tal modo se enlazan y confunden, que es tarea difícil siempre distinguir lo castizo de lo clásico y marcar sus conjunciones, y aquello en que se confunden, y aquello en que se separan, y cómo lo uno brota de lo otro y lo determina y limita y acaba por ahogarlo no pocas veces.

El casticismo castellano es lo que tenemos que examinar, lo que en España se llama castizo, flor del espíritu de Castilla. Examinar digo, y mejor diría dejar que examine el lector, presentándole indicaciones y puntos de vista para que saque de ellos consecuencias, sean las que fuesen. Y ahora,

después de breve descanso, a nuevo campo. Poco a poco irá surgiendo el hilo central de estas divagaciones.

III

Por cualquier costa que se penetre en la Península española, empieza el terreno a mostrarse al poco trecho accidentado; se entra luego en el intrincamiento de valles, gargantas, hoces y encañadas, y se llega, por fin, subiendo más o menos, a la meseta central, cruzada por peladas sierras que forman las grandes cuencas de sus grandes ríos. En esta meseta se extiende Castilla, el país de los castillos.

Como todas las grandes masas de tierra, se calienta e irradia su calor antes que el mar y las costas que éste refresca y templa, más pronta en recibirlo y en emitirlo más pronta. De aquí resulta un extremado calor cuando el sol la tuesta, un frío extremado en cuanto la abandona; unos días veraniegos y ardientes, seguidos de noches frescas en que tragan con deleite los pulmones la brisa terral; noches invernales heladas en cuanto cae el sol brillante y frío, que en su breve carrera diurna no logra templar el día. Los inviernos lar-

gos y duros y los estíos breves y ardorosos, han dado ocasión al dicho de «nueve meses de invierno y tres de infierno». En la otoñada, sin embargo, se halla respiro en un ambiente sereno y plácido. Deteniendo los vientos marinos coadyuvan las sierras a enfriar el invierno y a enardecer el verano; mas si bien impiden el paso a las nubes mansas y bajas, no lo cierran a los violentos ciclones que descargan en sus cuencas, viéndose así grandes sequías seguidas de aguaceros torrenciales.

En este clima extremado por ambos extremos, donde tan violentamente se pasa del calor al frío y de la sequía al aguaducho, ha inventado el hombre en la capa, que le aisla del ambiente, una atmósfera personal, regularmente constante en medio de las oscilaciones exteriores, defensa contra el frío y contra el calor a la vez.

Los grandes aguaceros y nevadas descargando en sus sierras y precipitándose desde ellas por los empinados ríos, han ido desollando siglo tras siglo el terreno de la meseta, y las sequías que les siguen han impedido que una vegetación fresca y potente retenga en su maraña la tierra mollar del acarreo. Así es que se ofrecen a la vista campos ardientes, escuetos y dilatados, sin fronda y sin arroyos, campos en que una lluvia torrencial de

luz dibuja sombras espesas en deslumbrantes claros, ahogando los matices intermedios. El paisaje se presenta recortado, perfilado, sin ambiente casi, en un aire trasparente y sutil.

Recórrese a las veces leguas y más leguas desiertas sin divisar apenas más que la llanura inacabable donde verdea el trigo o amarillea el rastrojo, alguna procesión monótona y grave de pardas encinas, de verde severo y perenne, que pasan lentamente espaciadas, o de tristes pinos que levantan sus cabezas uniformes. De cuando en cuando, a la orilla de algún pobre regato medio seco o de un río claro, unos pocos álamos, que en la soledad infinita adquieren vida intensa y profunda. De ordinario anuncian estos álamos al hombre; hay por allí algún pueblo, tendido en la llanura al sol, tostado por éste y curtido por el hielo, de adobes muy a menudo, dibujando en el azul del cielo la silueta de su campanario. En el fondo se ve muchas veces el espinazo de la sierra, y al acercarse a ella, no montañas redondas en forma de borona, verdes y frescas, cuajadas de arbolado, donde salpiquen al vencido helecho la flor amarilla de la argoma y la roja del brezo. Son estribaciones de huesosas y descarnadas peñas erizadas de riscos, colinas recortadas que ponen al desnudo las capas del terreno resquebra-

jado de sed, cubiertas cuando más de pobres hierbas, donde sólo levantan cabeza el cardo rudo y la retama desnuda y olorosa, la pobre *ginestra contenta dei deserti* que cantó Leopardi. En la llanura se pierde la carretera entre el festón de árboles, en las tierras pardas, que al recibir al sol que baja a acostarse en ellas se encienden de un rubor vigoroso y caliente.

¡Qué hermosura la de una puesta de sol en estas solemnes soledades! Se hincha al tocar el horizonte como si quisiera gozar de más tierra y se hunde, dejando polvo de oro en el cielo y en la tierra sangre de su luz. Va luego blanqueando la bóveda infinita, se oscurece de prisa, y cae encima, tras fugitivo crepúsculo, una noche profunda, en que tiritan las estrellas. No son los atardeceres dulces, lánguidos y largos del setentrión.

¡Ancha es Castilla! Y ¡qué hermosa la tristeza reposada de ese mar petrificado y lleno de cielo! Es un paisaje uniforme y monótono en sus contrastes de luz y sombra, en sus tintas disociadas y pobres en matices. Las tierras se presentan como en inmensa plancha de mosaico de pobrísima variedad; sobre que se extiende el azul intensísimo del cielo. Faltan suaves transiciones, ni hay otra continuidad armónica que la de la llanura inmensa y el azul compacto que la cubre e ilumina.

No despierta este paisaje sentimientos voluptuosos de alegría de vivir, ni sugiere sensaciones de comodidad y holgura concupiscibles: no es un campo verde y graso en que den ganas de revolcarse, ni hay repliegues de tierra que llamen como un nido.

No evoca su contemplación al animal que duerme en nosotros todos, y que medio despierto de su modorra se regodea en el dejo de satisfacciones de apetitos amasados con su carne desde los albores de su vida, a la presencia de frondosos campos de vegetación opulenta. No es una naturaleza que recree [1] al espíritu.

Nos desase más bien del pobre suelo, envolviéndonos en el cielo puro, desnudo y uniforme. No hay aquí comunión con la naturaleza, ni nos absorbe ésta en sus espléndidas exuberancias; es, si cabe decirlo, más que panteístico, un paisaje monoteístico este campo infinito en que, sin perderse, se achica el hombre, y en que siente en medio de la sequía de los campos sequedades del

[1] ¡Hermosa palabra ésta de re-crear! El vocablo *recreo, re-creación,* aplicado al juego, lleva ya en sus entrañas la doctrina toda de Schiller sobre el Arte, re-creación de la creación. ¡Cuánta filosofía inconciente en los redaños del lenguaje! Todavía habrá que remozar la meta-física en la meta-lingüística, que es una verdadera meta-lógica.

alma. El mismo profundo estado de ánimo que este paisaje me produce aquel canto en que el alma atormentada de Leopardi nos presenta al pastor errante que, en las estepas asiáticas, interroga a la luna por su destino.

Siempre que contemplo la llanura castellana recuerdo dos cuadros. Es el uno un campo escueto, seco y caliente, bajo un cielo intenso, en que llena largo espacio inmensa muchedumbre de moros arrodillados, con las espingardas en el suelo, hundidas las cabezas entre las manos apoyadas en tierra, y al frente de ellos, de pie, un caudillo tostado, con los brazos tensos al azul infinito y la vista perdida en él como diciendo: «¡Sólo Dios es Dios!» En el otro cuadro se presentaban en el inmenso páramo muerto, a la luz derretida del crepúsculo, un cardo quebrando la imponente monotonía en el primer término, y en lontananza las siluetas de Don Quijote y Sancho sobre el cielo agonizante.

«Sólo Dios es Dios, la vida es sueño y que el sol no se ponga en mis dominios», se recuerda contemplando estas llanuras.

Atrevámonos a todo

.....

a reinar, fortuna, vamos,
no me despiertes, si duermo.

IV

La población se presenta, por lo general, en el campo castellano recojida en lugares, villas o ciudades, en grupos de apiñadas viviendas, distanciados de largo en largo por extensas y peladas soledades. El caserío de los pueblos es compacto y recortadamente demarcado, sin que vaya perdiéndose y difuminándose en la llanura con casas aisladas que le rodean, sin matices de población intermedia, como si las viviendas se apretaran en derredor de la iglesia para prestarse calor y defenderse del rigor de la naturaleza, como si las familias buscaran una segunda capa, en cuyo ambiente aislarse de la crueldad del clima y la tristeza del paisaje. Así es que los lugareños tienen que recorrer a las veces en su mula no chico trecho hasta llegar a su labranza, donde trabajan, uno aquí, otro allá, aislados, y los gañanes no pueden hasta la noche volver a casa, a dormir el reconfortante sueño del trabajo sobre el escaño duro de la cocina. Y ¡que es de ver verlos a la caída de la tarde, bajo el cielo blanco, dibujar en él sus siluetas, montados en sus mulas, dando al aire sutil sus cantares lentos, monótonos

y tristes, que se pierden en la infinita inmensidad del campo lleno de surcos!

Mientras ellos están en la labor, sudando sobre la dura tierra, hacen la suya las comadres, murmurando en las solanas en que gozan del breve día. En las largas veladas invernales suelen reunirse amos y criados bajo la ancha campana del hogar, y bailan éstos al compás de seca pandereta y al de algún viejo romance no pocas veces.

Penetrad en uno de esos lugares o en una de las viejas ciudades amodorradas en la llanura, donde la vida parece discurrir calmosa y lenta en la monotonía de las horas, y allí dentro hay almas vivas, con fondo transitorio y fondo eterno y una intra-historia castellana.

Allí dentro vive una casta de complexión seca, dura y sarmentosa, tostada por el sol y curtida por el frío, una casta de hombres sobrios, producto de una larga selección por las heladas de crudísimos inviernos y una serie de penurias periódicas, hechos a la inclemencia del cielo y a la pobreza de la vida. El labriego que al pasar montado en su mula y arrebujado en su capa os dió gravemente los buenos días, os recibirá sin grandes cortesías, con continente sobrio. Es calmoso en sus movimientos, en su conversación pausado y grave y con una flema que le hace parecer a un

rey destronado. Esto cuando no es socarrón, voz muy castiza de un carácter muy castizo también. La socarronería es el castizo humorismo castellano, un humorismo grave y reposado, sentencioso y flemático; el humorismo del bachiller Sansón Carrasco, que se bate caballerosamente con Don Quijote con la toda solemnidad que requiere el caso, y que acaba tomando en serio el juego. Es el *humorismo* grave de Quevedo, el que hizo los discursos de Marco Bruto.

De ordinario suele ser silencioso y taciturno mientras no se le desata la lengua. Recordad aquel viejo Pero Vermuez que vive en el *romanz de myo Cid,* un fósil hoy, pero que tuvo alma y vida, aquel Pero Vermuez, al cual *cató myo Cid* y le dice:

Fabla, Pero Mudo, varón que tanto callas,

y entonces

Pero Vermuez conpeço de fablar
Detienes'le la lengua, non puede delibrar
Mas cuando empieça, sabed, nol da vagar,

y Pero Mudo al romper a hablar, suelta a los infantes un torrente acusatorio, en que les dice:

«lengua sin manos, ¿cuemo osas fablar?»

Todo Pero Mudo se vierte en este apóstrofe: lengua sin manos, ¿cómo osas hablar?

Es tan tenaz como lento, yendo lo uno emparejado con lo otro. Diríase que es en él largo lo que llaman los psico-fisiólogos el tiempo de reacción, que necesita de bastante rato para darse cuenta de una impresión o una idea, y que una vez que la agarra no la suelta a primeras, no la suelta mientras otra no la empuje y expulse. Así es que sus impresiones parece son lentas y tenaces, faltándoles el nimbo que las circunda y une como materia conjuntiva, el matiz en que se diluye la una desvaneciéndose antes de dejar lugar a la que le sigue. Es cual si se sucedieran tan recortadas como las tintas del paisaje de su tierra [1], tan uniformes y monótonas en su proceso.

Entrad con él en su casa, en cuya fachada os hieren la vista a la luz del sol entero ringorrangos de añil chillón sobre fondo blanco como la nieve. Sentaos a su mesa a comer con él una comida sencilla y sin gran artificio culinario, sin otro condimento que picantes o ardientes, comida sobria y fuerte a la vez [2], impresiones recortadas para el paladar.

[1] Más adelante ejemplificaremos todo esto en la literatura *castiza* castellana. Rogamos, en tanto, paciencia al lector.

[2] No ha mucho se entretuvieron unos doctísimos alemanes en discutir y polemiquear si en España se comen o no bellotas crudas. Sí, bellotas, y también garbanzos tostados en cal viva que abrasan las entrañas.

Si es día festivo, después de la comida asistís al baile, a un baile uniforme y lento, danzando al son de monótono tamboril o pandereta, o de chillona dulzaina, cuyos sones burilados se os clavan en el oído como una serie de punzadas acústicas. Y les oiréis cantares gangosos, monótonos también, de notas arrastradas, cantares de estepa, con que llevan el ritmo de la labor del arado. Revelan en ellos un oído poco apto para apreciar matices de cadencias y semi-tonos.

Si estáis en ciudad, y hay en ella algunos cuadros de la vieja y castiza escuela castellana, id a verlos, porque esta casta creó en los buenos tiempos de su expansión una escuela de pintura realista, de un realismo pobre en matices, simplicista, vigoroso y rudo, de que sale la vista como de una ducha. Tal vez topéis con algún viejo lienzo de Ribera o de Zurbarán, en que os salte a los ojos un austero anacoreta de huesosa complexión, en que se dibujan los músculos tendinosos en claros vivos sobre sombras fuertes, un lienzo de gran pobreza de tintas y matices, en que los objetos aparecen recortados. Con frecuencia las figuras no forman un todo con el fondo, que es mero accesorio de decoración pobre. Velázquez, el más castizo de los pintores castellanos, era un pintor de hombres y de hombres enteros, de una pieza,

rudos y decididos, de hombres que llenan todo el cuadro.

No encontraréis paisajistas, ni el sentimiento del matiz, de la suave transición, ni la unidad de un ambiente que lo envuelva todo y de todo haga armónica unidad. Brota aquí ésta de la colocación y disposición más o menos arquitectónica de las partes; muchas veces las figuras son pocas.

A esa seca rigidez, dura, recortada, lenta y tenaz, llaman naturalidad; todo lo demás tiénenlo por artificio pegadizo o poco menos. Apenas les cabe en la cabeza más naturalidad que la bravía y tosca de un estado primitivo de rudeza. Así es que dicen que su vino, la primera materia para hacerlo, el vinazo de sus cubas, es lo natural y sano, y el producto refinado, más aromático y matizado, que de él sacan los franceses, falsificación química. *¡Falsificación! ¡Verificación* sí que es! ¡Como si la tierra fuera más que un inmenso laboratorio de primeras materias, al que corrige el hombre, que sobrenaturaliza a la naturaleza humanizándola! No es dogma de esta casta lo que decía Schiller en su «Canción del ponche», que también el arte es don celeste, es decir, natural.

V

Estos hombres tienen un alma viva y en ella el alma de sus antepasados, adormecida tal vez, soterrada bajo capas sobrepuestas, pero viva siempre. En muchos, en los que han recibido alguna cultura sobre todo, los rasgos de la casta están alterados, pero están allí.

Esa alma de sus almas, el espíritu de su casta, hubo un tiempo en que conmovió al mundo y lo deslumbró con sus relámpagos, y en las erupciones de su fe levantó montañas. Montañas que podemos examinar y socavar y revolver a la busca en sus laderas de la lava ardiente un día y petrificada hoy, y bajo esta lava los restos de hombres que palpitaron de vida, las huellas de otros.

Antes de entrar en esta rebusca, tolere el lector la aridez de unas pocas explicaciones algo abstrusas.

A uno que duerme en el silencio le despierta un ruido, y al que se duerme con éste, le despierta su cesación. El hombre de lo que se da cuenta es del contraste, de una ruptura de la continuidad en espacio o tiempo. Es mérito de la psicología inglesa el haber puesto en claro el principio lumi-

noso de que el acto más elemental de percepción, de *discernimiento*, como ellos dicen gráficamente, es la percepción de una diferencia, y que conocer una cosa es distinguirla de las demás, conociéndola mejor cuanto de más y mejor se la distingue.

Pero tal distinción no podría darse sin una analogía profunda sobre que reposara; la diferencia sólo se reconoce sobre un fondo de semejanza. En la sucesión de impresiones discretas hay un fondo de continuidad, un *nimbo* que envuelve a lo precedente con lo subsiguiente; la vida de la mente es como un mar eterno sobre que ruedan y se suceden las olas, un eterno crepúsculo que envuelve días y noches, en que se funden las puestas y las auroras de las ideas. Hay un verdadero tejido conjuntivo intelectual, un fondo intraconciente en fin [1].

Los islotes que aparecen en la conciencia y se separan o aproximan más, uniéndose a las veces, a medida que el nivel de ella baja o sube, se enlazan allá, en el fondo del mar mental, en un suelo continuo. Son voces que surgen del rumor del

[1] Le llamo así y no *inconciente* o *sub-conciente*, por parecerme estos términos inexactos. Lo que se suele llamar inconciente es de ordinario el contenido de lo conciente, sus entrañas, está más bien dentro que debajo de él.

coro, son las melodías de una sinfonía eterna. Figuraos astros rodeados de una extensa atmósfera etérea cada uno, que se acercan en sus movimientos orbitales, y fundiéndose sus atmósferas forman una sola que los envuelve y mantiene unidos y concertados, siendo la razón de su atracción mutua. Esta doctrina, que conocen cuantos la han leído aplicada hermosamente por el P. Secchi a la física toda, es la que mejor aclara metafóricamente la constitución de la mente humana. Cada impresión, cada idea, lleva su nimbo, su atmósfera etérea; la impresión, de todo lo que le rodeaba; la idea, de las representaciones concretas de que brotó. Aquellas figurillas de triángulos, etéreas y ondulantes, que flotan en nuestra mente al pensar en el triángulo (figurillas de que hablaba Balmes), no son sino parte del nimbo, de la atmósfera de la idea, parte del mar de lo intraconciente, raíces del concepto.

En nuestro mundo mental flotan grandes nebulosas, sistemas planetarios de ideas entre ellas, con sus soles y sus planetas y satélites y aerolitos y cometas erráticos también; hay en él mundos en formación y en disolución otros, todo ello en un inmenso mar etéreo, de donde brotan los mundos y a donde al cabo vuelven. El conjunto de todos estos mundos, el universo mental, forma la

conciencia, de cuyas entrañas arranca el rumor de la continuidad; el hondo sentimiento de nuestra personalidad. En lo hondo, el reino del silencio vivo, la entraña de la conciencia; en lo alto, la resultante en formación, el *yo* conciente, la idea que tenemos de nosotros mismos.

En este universo hay diferentes sistemas planetarios, y cada planeta, cada idea, es un mundo a su vez, con su organismo. Cojiéndolas, podemos analizarlas, separar y distinguir sus componentes, es decir, conocerlos, reconstituirlos, y así, por una síntesis de un análisis, llegar a conocer reflexiva y científicamente la idea en su contenido y entraña. Síntesis de un análisis, esto es la ciencia; su fin llegar a lo intra-conciente de la continuidad de todo. De las ideas reflejadas y rellenas se eleva la mente a ideas de esas ideas por abstracción.

Paciencia, lector, y tolera aún más indicaciones sobre la abstracción, que más tarde verás a donde van enderezadas. Porque en esto de la abstracción suele no verse poco más que el *abstraer*, la separación, la repulsión ideal, sin fijarse en que brotan de una verdadera fusión. Se suele presentar la abstracción como algo previo a la generalización, cuando es efecto suyo. Recuérdese cómo se hacen fotografías compuestas, para lo cual se

toman varios individuos de una familia, por ejemplo, y si son seis, se proyecta a cada uno sobre la placa, con la misma enfocación y postura en todos ellos, la sexta parte del tiempo necesario para obtener una prueba clara y distinta. De este modo se sobreponen las imágenes, los rasgos análogos, los de familia, se corroboran y los individuales o diferenciales forman en torno de aquellos un nimbo, una vaga penumbra. Cuanto mayor el número de individuos o el de analogías entre ellos, más acusada resultará la imagen compuesta, y el nimbo más vago; y, por el contrario, cuantos menos los individuos o sus analogías menores, más flotante y vaga la imagen en un nimbo que prepondera. Al tomar luego esas imágenes compuestas para compararlas y combinarlas unas con otras y sobreponerlas a su vez, lo concreto de ellas se define y se desvanece mucho del nimbo. Todo compuesto al entrar como componente de una unidad suprema a él, acusa su individualidad.

Sobre estas sugestiones metafóricas medite el lector poniéndose en camino de ver cómo se producen la abstracción y la generalización, no por vía de remoción y exclusión tan sólo, sino fundiendo lo semejante en el nimbo de lo desemejante. Nimbo o atmósfera ideal que es lo que da carne y vida a los conceptos, lo que les mantiene

en conexión; lo que les enriquece poco a poco, irrumpiendo en ellos desde sus entrañas.

Y no debe perderse de vista esto del nimbo, clave de la inquisición que hemos de hacer en la mente castiza castellana, porque es la base de la distinción entre el hecho en bruto y el hecho en vivo, entre su continente y su contenido.

¡Cosa honda y difícil ésta de conocer el *hecho* vivo! Cosa la única importante de la ciencia humana, que se reduce a conocer hechos en su contenido total. Porque toda cosa conocible es un *hecho (factum)* algo que se ha hecho. El universo todo es un tejido de hechos en el mar de lo indistinto e indeterminado, mar etéreo y eterno e infinito, un mar que se refleja en el cielo inmenso de nuestra mente, cuyo fondo es la ignorancia. Un mar sin orillas pero con su abismo insondable, las entrañas desconocidas de lo conocido, abismo cuyo reflejo se pierde en el abismo de la mente.

¡Cosa honda y difícil conocer el hecho! Conocer el hecho, distinguirlo de otros y distinguirlo con vida, rehaciéndolo en nuestra mente [1].

[1] Cada *hecho* es tal cual es y no otro como resultado de un proceso, de un *hacerse*, de una diferenciación; así es que conocerlo con conocimiento vivo es *rehacerlo* en nuestra mente reproduciendo su proceso. La representación viva es un hecho rehecho.

Y ahora, dejando estas retóricas, entremos de golpe y porrazo a indicar dónde y cómo se han de buscar las pruebas de que en este clima extremado y sin tibiezas dulces, de paisaje uniforme en sus contrastes, es el espíritu también cortante y seco, pobre en nimbos de ideas; pruebas de cómo generaliza sobre los hechos vistos en bruto, en serie discreta, en caleidospio, no sobre síntesis de un análisis de ellos, viéndolos en serie continua, en flujo vivo; cómo los ve recortados como las figuras en su campiña sin rehacerlos apenas, tomándolos como aparecen en su vestidura, y cómo, por fin, ha engendrado un realismo vulgar y tosco y un idealismo seco y formulario, que caminan juntos, asociados como Don Quijote y Sancho, pero que nunca se funden en uno. Es socarrón o trágico, a las veces, a la vez, pero sin identificar la ironía y la austera tragedia humanas.

Al llegar aquí tenemos que traer a cuenta algún *hecho* que sirva de hilo central a nuestras reflexiones, que seguirán, sin embargo, sin atarse a él, ondulando acá y allá, fuera de maroma lógica, para engendrar en el alma del lector el nimbo, la atmósfera de donde vaya surgiendo algún tema. Y este hecho central ha de ser nuestro pensamiento *castizo,* el de la *edad de oro* de la literatura castellana, y en él, por de pronto, lo más

castellano, el teatro, y en el teatro castellano, sobre todo, Calderón, cifra y compendio de los caracteres diferenciales y exclusivos del casticismo castellano.

Y procuraremos ver, por último, sus esfuerzos por llegar a lo eterno de su conciencia, por armonizar su idealismo quijotesco con su realismo sancho-pancino, esfuerzos que se revelan en el fruto más granado del espíritu castellano, en su castiza y clásica mística.

Marzo de 1895.

III

EL ESPÍRITU CASTELLANO

I

CASTICÍSIMO es en nuestras letras castizas el teatro, y en éste el de Calderón, porque si otros de nuestros dramaturgos le aventajaron en sendas cualidades, él es quien mejor encarna el espíritu local y transitorio de la España castellana castiza y de su eco prolongado por los siglos posteriores, más bien que la humanidad eterna de su casta; es un «símbolo de raza» [1]. Da cuerpo a lo diferencial y exclusivo de su casta, a sus notas individuantes, por lo cual, a pesar de haber galvanizado su memoria tudescos rebuscadores de ejemplares típicos, es a quien «leemos con más fatiga» los *españoles* de hoy, mientras Cervantes vive eterna vida dentro y fuera de su pueblo.

[1] Así le llama en sus conferencias acerca de «Calderón y su teatro» el Sr. Menéndez y Pelayo, añadiendo de él que es «poeta españolísimo», «nuestro poeta nacional por excelencia», el que «cifra, compendia y resume en sí todas las grandezas intelectuales y poéticas de nuestra edad de oro... la España antigua con toda la mezcla de luz y de sombra, de grandeza y de defectos».

Calderón, el símbolo de casta, fué a buscar carne para su pensamiento al teatro, en que se ha de presentar al mundo en compendio compacto y vivo, en sucesión de hechos significativos, vistos desde afuera, desvaneciéndose a último término, hasta perderse a las veces, el nimbo que los envuelve, el coro irrepresentable de las cosas [1].

Y de todos los teatros, el más rápido y teatral es el castellano, en que no pocas veces se corta, más bien que se desata, el nudo gordiano dramático. Lope, sobre todo, suele precipitar el desenlace, la *anagnórisis*.

Por toda la literatura castellana campea esa sucesión caleidoscópica, y donde más, en otra su casticísima manifestación, en los romances, donde pasan los hombres y los sucesos grabados al agua fuerte, sobre un fondo monótono, cual las precisas siluetas de los gañanes a la caída de la tarde, sobre el bruñido cielo. El didactismo a que propende esta misma literatura suele por su parte resolverse en rosario de sentencias graves, en sarta sin cuerda a las veces.

En el teatro calderoniano se revela de bulto esa

[1] En la ópera es donde halla representación. Así es que el genuino teatro alemán es Wagner con el *leitmotiv* de melodía infinita que se desarrolla en sinfonía armónica e inarticulada.

suerte de ver los hechos en bruto y yuxtapuestos por de fuera. El argumento es casi siempre de una sencillez y pobreza grandes, los episodios pegadizos y que antes estorban que ayudan a la acción principal. No se combinan, como en Shakespeare, dos o más acciones. Una intriga enredosa á las veces, pero superficial, caleidoscópica, y sobre todo enorme monotonía en caracteres, en recursos dramáticos, en todo [1].

Por ver los hombres en perfil duro no sabe crear caracteres; no hay en sus personajes el rico proceso psicológico interno de un Hamlet ó un Macbeth, es «psicología de primer grado, como las imágenes coloreadas de Alemania son pintura elemental», dice Amiel (*Journal intime*, 8 janvier 1863), juzgando de refilón de nuestro teatro.

«Todas las cosas están allí apuntadas y casi ninguna llevada a cabal desarrollo», lo que se atribuye a «condiciones del ingenio español (castellano)... la rapidez y la facilidad para comprender un carácter y lo incompleto de su desarrollo.» (M. y P.) *¿Rapidez* para *comprender?* Es que pasan el hecho o la idea recortados, sin quebrar su cáscara y derramar sus entrañas en el espíritu del

[1] «Pecado capital de Calderón», llama el Sr. Menéndez a la monotonía.

que los recibe, sin entrar a él envueltos en su nimbo y en éste desarrollarse.

El desarrollo es la única comprensión verdadera y viva, la del contenido; todo lo demás se reduce a atrapar un pobre dermato-esqueleto encasillable en el tablero de las categorías lógicas. La idea *comprendida* se ejecuta sola, *sponte sua,* como en la mente shakespeariana. En la de Calderón se petrifica. Superar en ejecución lo es en verdadera comprensión, porque la ejecución revela la continuidad y vida íntimas de la idea.

Como las buriladas representaciones calderonianas no rompían su caparazón duro, fué el poeta, no viéndolas en su nimbo, a buscarles alma al reino de los conceptos obtenidos por vía de remoción excluyente, a un idealismo disociativo [1], y no al fondo del mar lleno de vida, sino a un cielo frío y pétreo.

Este espíritu castizo no llegó, a pesar de sus intentonas, a la entrañable armonía de lo ideal y lo real, a su identidad oculta, no consiguió soldar los conceptos anegándolos en sus nimbos, ni alcanzó la inmensa sinfonía del tiempo eterno y del

[1] Calderón es poeta idealista «porque ha excluído absolutamente de su teatro todos los lados prosaicos de la naturaleza humana.» (M. y P.) ¡Prosa de la *vida,* fondo inmenso de eterna poesía!

infinito espacio de donde brota con trabajo, cual melodía en formación y lucha, el Ideal de nuestro propio Espíritu. Para él dos mundos, un caleidoscopio de hechos y un sistema de conceptos, y sobre ellos un Motor inmoble.

Espíritu éste dualista y polarizador. Don Quijote y Sancho caminan juntos, se ayudan, riñen, se quieren, pero no se funden. Los extremos se tocan sin confundirse y se busca la virtud en un pobre justo *medio,* no en el *dentro* en donde está y debe buscarse. Sáltase de los hechos tomados en bruto y sin nimbo a conceptos categóricos. Cuando Quevedo no nos cuenta al buscón don Pablos comenta a Marco Bruto, y el grave Hurtado de Mendoza narra las picardías del Lazarillo del Tormes.

Calderón nos presenta la realidad «con sus contrastes de luz y de sombra, de alegrías y de tristezas», sin derretir tales contrastes en la penumbra del nimbo de la vida, «*mezcla* lo trágico y lo cómico», sí, los mezcla, no los combina químicamente. Y así «en nuestro teatro más que idealismo hay convencionalismo, y más que realismo la realidad histórica de un tiempo dado» y «cierta lijereza y superficialidad», la de no pasar de la superficie.

Genuinamente castizos son nuestros dramas

teológicos y autos sacramentales, con sus personajes sin vida, la Fe, la Esperanza, el Aire, el Fuego, el Agua, la Encarnación, la Trinidad, no seres vivos, sino

> tumba de huesos, cubierta
> con un paño de brocado.

En su idealismo se pone lo grande de Calderón, su «genio sintético y comprensivo», viendo en él grandeza de concepción y una alteza tal de ideas teológicas, intelectuales y filosóficas, que resultaba mezquina toda forma para encerrarlas, «alteza de la idea inicial de sus obras». Mas como aun así no pueda proponérsele cual modelo de belleza, ni supo hallar «lo que es universal y eterno del corazón humano», se nos dice que «no bastan por sí solas las grandes ideas para hacer con ellas grandes dramas».

Las grandes ideas categóricas y abstractas, no.

Distinguen al ingenio castellano «grandeza inicial y lucidez pasmosa para sorprender las ideas; poca calma, poca atención para desarrollarlas». (M. y P.) ¡Es claro!, como las *sorprende,* se le escapan sin entrar en él e imponerse a su atención, para desarrollar por sí, en virtud propia, su contenido. La «intuición rápida» de «proceder como por adivinación y relámpagos», es falta de

comprensión viva, genética; los relámpagos deslumbran, no alumbran.

¡Genio *sintético* y *comprensivo* el que ni vislumbró la unidad de los dos mundos! ¡*Armonismo* un mero *enlace* de ellos, en que se ve la pegadura! ¡Pobres altísimas concepciones, muertas de desnudez, sin carne en que abrigarse! La mera ocurrencia de sacar a tablas conceptos abstractos delata toda la flaqueza de este ingenio, como lo empedernido de su idealismo el encontrarse resuelto (!!!) en sus obras «el enigma de la vida humana... sin luchas, sin vacilaciones, sin antinomias, sin dudas siquiera».

No es de extrañar que se sobreponga el idealismo de Calderón al de Shakespeare, y aun que no se le vea bien en éste. El inglés pone en escena a que desarrollen su alma hombres, hombres, *ideas* vivas, tan *profundas* cuanto *altas* las más elevadas del castellano. El rey Lear, Hamlet, Otelo, son ideas más ricas del contenido íntimo que cualquiera de los conceptos encasillables de Calderón. ¡Un hombre!, un hombre es la más rica idea, llena de nimbos y de penumbras y de fecundos misterios.

Calderón se esforzaba por revestir huesos de carne y sacaba momias, mientras que en el proceso vivo brota el organismo todo de un óvulo fe-

cundado, surge del protoplasma del nimbo orgánico, dibujándose un dentro y un fuera, un endodermo y un ectodermo, y formándose poco a poco en su interior, del tejido conjuntivo endurecido por sales calcáreas del ambiente, el esbozo de los huesos, que son lo último que queda y persiste cuando el ser ha muerto, delatando la forma viva perdida para siempre. Huesos encerrados en lo vivo por carne palpitante, huesos que admiran los osteólogos y paleontólogos en los dramas sarmentosos de Calderón, y que en Shakespeare están vivos, con tuétano caliente; pero sustentando, ocultos por la carne, la fábrica viva toda de que surgieron, inconcientes a su autor. Para el inglés los óvulos eran cuentos, novelas; anécdotas, *sucesos vivos;* en nuestro teatro abundan como tales lugares teológicos o de parecida laya [1].

Por sumirse en el fondo eterno y universal de la humanidad, que es la más honda y fecunda idea, donde se confunden los dos mundos, por cuyo ministerio brota el ideal de la realidad, de la naturaleza el arte, Shakesperare, sabiendo de pobre historia paleontológica tan poco o menos que Calderón, más letrado que él, penetra en el alma de

[1] «Vaya el que fuere curioso a Belarmino», dice Tirso al acabar su hermoso drama *El condenado por desconfiado.*

la antigüedad romana por la estrecha puerta de una mala traducción de Plutarco y resucita en su *Julio César* la vida del foro resonante, mientras Calderón, atado a la *historia* de su tiempo y de su suelo, apenas se despega de lo transitorio y local. Penetra Shakespeare en la intra-historia romana y en la del alma con *Hamlet,* encarnación de humanidad tan profunda como el alegórico Segismundo, más viva. Y por ser más profundas sus concepciones vivas, informulables, es por lo que alcanza la «verdad humana, absoluta, hermosa» y la «expresión *única*».

Hay en nuestro castizo teatro disociación entre el idealismo y el realismo y en punto a éste los graciosos, que representan el fallo de la razón imparcial y sobria del común sentido [1]. El gracioso, impertinente a menudo, «de un modo realista y prosaico, *no exento de vulgaridad y aun de grosería,* vuelve siempre por los fueros del sentido común». No exento de vulgaridad y aun de grosería nuestro Sancho, es cierto, pero Sancho bueno, Sancho discreto, Sancho cristiano, Sancho

[1] Véase A. F. Schack, *Historia de la literatura y el arte dramático en España,* segundo período, parte primera, capítulo xi (págs. 450 y 459 del tomo II, de la traducción de don Eduardo de Mier). El Sr. Menéndez compara el gracioso al coro de la tragedia clásica.

sincero. *¡Impertinente!*, esto es, disociado, que no casa bien con el idealismo de su Quijote.

Este espíritu disociativo, dualista, polarizador, se revela en la expresión, en el vano lujo de colores y palabras, en el énfasis, en la «inundación de mala y turbia retórica», en la manera hinchada de hipérboles, discreteos, sutilezas y metaforismo apoplético. Nuestros vicios castizos, desde Lucano y Séneca acá, el culteranismo y el conceptismo, brotan del mismo manantial. Dícese que el culteranismo y la hipérbole arrancan de brillantez de imaginación, el conceptismo de agudeza de ingenio.

¡Socorrido recurso el de la brillante o fogosa imaginación española! Aquí entran en cuenta el sol y otros ingredientes. Y en realidad, sin embargo, imaginación seca, reproductiva más que creadora, más bien que imaginación fantasía, empleando tecnicismo escolástico. O los hechos tomados en bruto, en entero y barajados de un modo o de otro, no desmenuzados para recombinarlos en formas no reales, o bien conceptos abstractos. Nuestro ingenio castizo es empírico o intelectivo más que imaginativo, traza enredos entre sucesos perfectamente verosímiles; no nacieron aquí los mundos difuminados en niebla, los mundos de hadas, gnomos, silfos, ninfas y maravillas. Pueblo fanático, pero no supersticioso, y poco propenso a mitologías, al que cuadra mejor el monoteísmo semítico que el politeísmo ariano. Todo es en él claro, recortado, antinebuloso: sus obras de ficción muy llenas de *historia*, hijas de los sentidos y de la memoria, o llenas de didactismo, hijas de la intelectiva. Sus romances por epopeyas y por baladas, y el *Quijote* por el *Orlando*.

La imaginación se apacienta en los nimbos de los hechos, nimbos que el castizo espíritu castellano repele, saltando de los sentidos a la inteligencia abstractiva. Y al tomar en bruto los hechos para realizarlos, acude al desenfreno del color externo, de lo distintivo en ellos, así como cae por otra parte en el conceptismo de los universales faltos de nimbo; sensitivismo e intelectualismo, disociación siempre.

Cuando se alcanza mal a repartir en un cuadro los matices y medias tintas de tal suerte que en la unidad del conjunto aparezcan los objetos encajados, subordinados al todo, se cae en el desenfreno del colorismo chillón y de mosaico, de brillos metálicos, corriendo tras el enorme despropósito de que las figuras *se salgan del cuadro*, que vale tanto como desquiciarlas de su puesto y disociarlas de la realidad, acudiendo para ello a procederes de efecto escenográfico, más que sean

pintar en el marco la sombra de la pezuña de un caballo o cualquier otro desatino tan desaforado. El ver las cosas destacarse a cuchillo es no percibir que es su forma en parte la del molde que les da el fondo, y así, por no dibujar tanto hacia fuera como hacia dentro, se busca la línea *continente* por serie de rectificaciones que engendran perfil confuso e incierto, *desdibujada* resultante de tanteos.

La poca capacidad de expresar el matiz en la unidad del nimbo ambiente lleva al desenfreno colorista y al gongorismo caleidoscópico, epilepsia de imaginación que revela pobreza real de ésta; la dificultad en ver la idea surgiendo de su nimbo y dentro de él, arrastra a la escenografía intelectualista del conceptismo; y la falta de tino para dibujar las cosas con mano segura a la par que suave, en su sitio, brotando del fondo a que se subordinan, conduce a las tranquilas oratorias de acumular sinónimos y frases simétricas, desdibujando las ideas con rectificaciones, paráfrasis y corolarios. Y de todo ello resulta un estilo de enorme uniformidad y monotonía en su ampulosa amplitud de estepa, de gravedad sin gracia, de períodos macizos como bloques, o ya seco, duro y recortado. Y en este estilo dos retóricas, la de la oratoria y la de la dialéctica, metaforismo de oradores, ergotismo de teólogos y leguleyescas citas.

El elemento *intelectivo* es lo que «ahoga y mata la expresión natural y sencilla», sofocada al peso de categorías; la expresión *única* brota de la idealidad de lo real concreto.

II

Es grande Segismundo, precursor del Quijote, y hay eterna grandeza en Pedro Crespo y aun en Don Lope de Almeida, porque todos ellos, y con ellos su creador, eran algo más que mentes nacidas para comprender el mundo. Eran voluntades con los vicios y la bondad íntima de la energía que desborda. La inteligencia misma es forma de voluntad.

Todo espíritu que pase por enérgica abstracción desde recortadas sensaciones a conceptos categóricos, sofocando el nimbo de las representaciones, o es juguete de los *motivos* del ambiente, o reacciona sobre ellos con voluntariedad de arranque en resoluciones bruscas y tenaces; o ya esclavo o ya tirano de lo que le rodea. Los personajes de nuestro teatro, y aun los de nuestra historia, se forman más de fuera a dentro que a la inversa, más por cristalización que por des-

pliegue orgánico, produciéndose *ex abrupto* no raras veces. En Lope los hay que cambian de repente, sobre todo al final de sus comedias, sin causa justificada. «Los sentimientos más opuestos brotan en su pecho, sin ofrecer las *gradaciones* que entre nosotros», dice de los españoles el alemán Schack. Cuando no son de una pieza, se mueven guerra, dividiéndose en dos, o ya son sistema de contradicciones, como el egoísta generoso, el Don Domingo de Don Blas, de Alarcón.

Obedecen nuestros héroes castizos a la ley externa, tanto más opresiva cuanto menos intimada en ellos, abundando en conflictos entre dos deberes, entre dos imperativos categóricos, sin nimbo en que concordarse. A la presión exterior oponen, cual tensión interna, una voluntad muy desnuda, que es lo que Schopenhauer gustaba en los castellanos por él tan citados y alabados. Acá vino también Merimée a buscar impresiones fuertes y caracteres *simples*, bravíos y enteros.

A la disociación mental entre el mundo de los sentidos y el de la inteligencia, corresponde una dualidad de resoluciones bruscas y tenaces y de indolente matar el tiempo, dualidad que engendra, al reflejarse en la mente, fatalismo y librearbitrismo, creencias gemelas y que se completan, nunca la doctrina del determinismo de la espontaneidad.

Se resignan a la ley o la rechazan, la sufren o la combaten, no identifican su querer con ella. Si vencidos, fatalistas; librearbitristas cuando vencedores. La doctrina es la teoría de la propia conducta, no su guía.

En las disputas teológicas que provocaron el calvinismo, primero, y el jansenismo, más tarde, teólogos españoles fueron los principales heraldos del libre albedrío. ¡Frases vigorosas el «no me da la real gana» y el «no importa»! Y aún las hay más enérgicas y castizas, que vienen como anillo al dedo a la doctrina schopenhaueriana de que la voluntad es lo genérico, así como la inteligencia lo individuante en el hombre, que el foco, *Brennpunkt*, de aquélla son los órganos genitales. Todo español sabe de dónde le salen las voliciones enérgicas.

«Y teniendo yo más alma, ¿tengo menos libertad?»

grita Segismundo. Tener más alma es tener más voluntad entera, más masa de acción, más intensa; no mayor inteligencia ni más complejo espíritu.

Y junto a esta voluntariedad simplicista de esta enérgica casta de conquistadores, fe en la suerte: *Da ventura a tu hijo y échalo en el mar*. Fe en la estrella, buena si se triunfa, si se sucumbe

mala. Es el vislumbre de sentirse arrebatado de algo íntimo, más hondo que la conciencia.

La monotonía de caracteres del castizo teatro castellano paréceme ser reflejo de un rasgo real. Caracteres los de esta casta de individualidad bien perfilada y de complejidad escasa, más bien *unos* que *armónicos,* formados los individuos por presión exterior en masa pétrea, personas que se plantan frente al mundo, y le arman batalla sin huir del peligro, que en la ocasión se moverán guerra a sí mismos sin destruirse, y que si se dejan morir es matando, como Sansón con todos los filisteos [1].

Eran almas éstas tenaces e incambiables, castillos interiores de diamante de una pieza, duro y cortante. Genio y figura hasta la sepultura; lo que entra con el capillo sale con la mortaja; lo que en la leche se mama, en la mortaja se derrama.

[1] Alabando Hernando de Pulgar en *Los Claros varones de España* al almirante D. Fadrique, porque «ninguna fuerça de la fortuna abaxó la fuerça de su coraçon», añade: «Loan los historiadores romanos por varón de gran ánimo a Caton, porque se mató no pudiendo con paciencia suffrir la victoria de César su enemigo. Yo no sé por cierto qué mayor crueldad le hiciera el César de la que él se hizo... Y adornan su muerte diziendo que murió por aver libertad. Y ciertamente *no puedo entender qué libertad pueda aver para sí ni para dar a otro el hombre muerto*». Esto último es castizo y de oro puro.

Al plantarse en sociedad cada una de estas almas frente a las otras, produjose un verdadero anarquismo igualitario, y a la par anhelo por dar a la comunidad la firme unidad de cada miembro, un verdadero anarquismo absolutista, un mundo de átomos indivisibles e impenetrables en lucha dentro de una férrea caja, lucha de presión externa con interna tensión.

Fué una sociedad guerrera [1], y en la guerra misma algo de anárquico, *guerrillas* y *partidarios*.

En tales sociedades y con tales individuos prolóngase un sentido de justicia primitivo, vengándose *devengan* sus derechos. En Pedro Crespo se une a la justicia la venganza y tenemos un rey a quien llaman unos el Cruel y el Justiciero otros. Entre nosotros buscaba Schopenhauer ejemplos del anhelo de llevar «al dominio de la experiencia la justicia eterna, la individuación» dedicando a las veces toda una vida a vengar un entuerto, y con previsión del patíbulo [2].

[1] Ya Tucídides decía (VI, 90) que los iberos eran tenidos comúnmente por los más belicosos de los bárbaros, y Trogo Pompeyo que si les falta guerra fuera, se la buscan dentro.

[2] Véase el cap. LXIV del libro IV de *El Mundo como voluntad y representación,* donde cita el caso de aquel boticario (a quien hace obispo) que en la francesada envenenó a varios oficiales (generales los hace) convidándolos a su mesa,

Pasamos, según Rasch *(Das heutige Spanien)*, en Alemania, ¡prepárese el lector!... a la vez que por ganosos de fama, codiciosos e indolentes, *ruhmsüchtig, golddürstig, faul,* por crueles y sanguinarios, *grausam, blutdürstig*. Cuando los extranjeros nos quieren mal y tratan de traer a cuenta nuestras flaquezas, no olvidan al inhumano duque de Alba, a su Juan de Vargas y su Consejo de sangre, los autos de fe y los quemaderos, y los desenfrenos todos de nuestro *odium theologicum*. Es dureza de combatiente.

El valor, valor de toro. «¡Ve a vencer!»—dice arrogantemente el rey a Rodrigo de Vivar en *Las Mocedades del Cid*—y en éstas, al morir Rodrigo Arias, repite a su padre: Padre, ¿he vencido, he vencido?... yo muero, padre, ¿he vencido?»

En la vida de lucha conviene además juntar al esfuerzo astucia, aquella arma del fuerte y ésta del débil. «Apenas había término medio entre el caballero y el pícaro» —dice el Sr. Menéndez. Confundíanse uno en otro; en horas de *insolación* asoma bajo el aristócrata el chulo.

Esta voluntad se abandona indolentemente al curso de las cosas si no logra domarlo a viva fuer-

y envenenándose él con ellos. Aquí estriba lo heroico para Schopenhauer. Remite para más ejemplos al cap. XII del libro II de Montaigne.

za, no penetra en él ni se apropia su ley; violencia o abandono más o menos sostenidos. Es poco capaz de ir adaptándose lo que le rodea por infinitesimales acciones y pacienzudos tanteos, compenetrándose en las pequeñeces de la realidad, por *trabajo* verdadero. O se entrega a la rutina de la obligación, o trata de desquiciar las cosas; padece trabajos por no trabajar.

Es proverbial nuestro castizo horror al trabajo, nuestra holgazanería y nuestra vieja idea de que «ninguna cosa baja tanto al hombre como ganar de comer en oficio mecánico», proverbial la miseria que se siguió a nuestra edad del oro, proverbiales nuestros pordioseros y mendigos y nuestros holgazanes que se echan a tomar el sol y se pasaban con la sopa de nuestros conventos.

El que se hizo hidalgo peleando moriría antes que deshonrar sus manos [1].

[1] «Ser bien nacido y de claro linaje es una joya muy estimada, pero tiene una falta muy grande, que sola por sí es de muy poco provecho, así para el noble como para los demás que tienen necesidad. Porque ni es buena para comer, ni beber, ni vestir, ni calzar, ni para dar ni fiar; antes *hace vivir al hombre muriendo, privado de los remedios que hay para cumplir sus necesidades;* pero junta con la riqueza no hay punto de honra que se le iguale. Algunos suelen comparar la nobleza al cero de la cuenta guarisma, el cual solo por sí no vale nada, pero junto con otro número le hace subir mucho.» Dice el doctor Juan Huarte en el cap. XVI de su *Examen de ingenios*.

En ninguna parte arraigó mejor ni por más tiempo lo de creer que el oro es la riqueza, que aquí, donde Ustáriz extremó el mercantilismo. Los pobres indios preguntaban a los aventureros de *El Dorado* por qué no sembraban y cojían, y en vano propusieron los prudentes se enviaran a las Indias labradores. Francisco Pizarro en el momento de ir a pasar su Rubicón, traza con la espada una gran raya en tierra y dice: «por aquí se va al Perú a ser ricos; por acá se va a Panamá a ser pobres; escoja *el que sea buen castellano* lo que más bien le estuviere.»

Y más tarde, solemne escena en Caxamalca, cuando, previa invocación al auxilio divino, se reparte con gravedad el precio del desgraciado Atahualpa, aquel reposado inca, último testigo de una civilización borrada para siempre por los *conquistadores* de aquel «infierno del Perú, que con multitud de quintales de oro ha empobrecido y destruído a España» – decía Las Casas. Poco después el leal duque de Alba, sirviendo a su Dios y a su Rey, no olvidaba el botín [1].

[1] «Acabando este castigo comenzaré a prender algunos particulares de los más culpados y más ricos para moverlos a que vengan a composición.» «De estos tales se saque todo el golpe de dinero que sea posible.» Así escribía a su amo y señor desde los Países Bajos el duque. (Documentos inéditos, tomo IV, pág. 489.)

¡El botín!, tal era la preocupación del legendario Cid [1], y el mismo Sancho; el pacífico, el discreto, el buen Sancho, el codicioso de la ínsula, apenas vió en el suelo al fraile de San Benito «apeándose ligeramente de su asno arremetió a él y le comenzó a quitar los hábitos..., que aquello le tocaba a él legítimamente como despojos de la batalla que su señor Don Quijote había ganado».

El pobre con aspiraciones que no se aviene a enterrarse cojido a la manera en la masa intrahistórica de los silenciosos, los intracastizos, ni a vivir como el licenciado Cabra «clérigo cerba-

[1] Del que no ha recibido aún el barniz de los romances, del viejo, el del poema. El cual se sale de casa porque el rey le airó por haber «priso» grandes y soberanos haberes reteniendo de ellos «quanto que fué algo» (110-114), mas se consuela porque

> Hya, caballeros, dezir vos he la verdad
> Qui en un logar mora siempre, lo so puede menguar
> (v. 947 y 948).

> Si con moros non lidiaremos, no nos darán del pan
> (673),

y se va a tierra de moros a meterse en «arrancadas provechosas» (v. 1233) para ganarse «averes» y «marcos de plata» y hacer «duenas ricas» a sus hijas y mujer. ¡Y que nos costaba poco! Suban, suban ellas al alcázar de Valencia, a contemplar la heredad que les ha ganado Rodrigo, y veánle lidiar que

> «afarto verán por los ojos commo se gana el pan» (v. 1642).

Corran por Aragón y Navarra pregones; el que en buen

tana, archi-pobre y proto-miseria» para quien la penuria era salud e ingenio, o dice con el soldado de *Los Amantes de Teruel*, de Tirso:

> Bien haya, amén, quien inventó la guerra
> Que *de una vez* un hombre queda rico
> Aunque en mil años haya visto blanca;

o se gana *honradamente* la vida con la industria de sus manos..., que «hijo, esto de ser ladrón no es arte mecánica sino liberal», y «quien no hurta en el mundo no vive»—decía su padre al buscón D. Pablos, espejo de vagabundos.

Y aun sin llegar a tal, vívase al día, con un

hora nació llama a quien quiera llegar a rico saliendo de cuitas «perder cueta e venir a rritad» (1689).

Y así, «al sabor de la ganancia», se le «acoien yentes de la buena christiandad». Mas teme que una vez tomada Valencia y ellos «abandonados en rritad» se le vayan con los haberes y manda quitárselos al que le cojan desertor, y al palo con él (v. 1245-1255). ¿Qué remedio? ¡Hay que vivir, buen D. Ramón, conde de Barcelona! ¡No te aflijas tanto, ni dejes de comer, ve libre!, pero sin los haberes que perdiste en lid porque

«prendiendo de vos e de otros, ir nos hemos pagando» (1406).

Prendiendo a fuerza o estafando a judíos con astucia de pícaro.

Véanse además los versos 510 y siguientes, 795 a 807, 1040 a 1048, 1149, 1215, 1266 a 1269, 1334 y sigs., 1736 y sigs., 1775 y siguientes, 2135, 2430, 2466, 2493, y sigs. de la edición Vollmöller.

En las canciones de gesta francesa no domina tanto el *eschec*, el botín.

mañana que nunca llega por delante, a ver si cae maná. Todos los años aplaudimos al castizo héroe *conquistador* del «¡tan largo me lo fiáis!» y todos se aguarda por todos con ansia el día del nacimiento del Redentor, en esperanza del *gordo*.

El nacer pobre es delito.

Y así vive el hidalgüelo mayorazgo a cubierto del trabajo, en resignada indolencia y medida parsimonia. Mas si es segundón y ha de asegurarse el pan ¡a probar fortuna! a buscárselas, o al convento [1].

Con frecuencia tras una vida de aventuras *se tomaba iglesia*.

¡Pan y toros, y mañana será otro día! Cuando hay, saquemos tripa de mal año, luego... ¡no importa!

Tal el alma castiza, belicosa e indolente, pasando del arranque a la impasibilidad, sin diluir una en otro para entrar en el heroísmo sostenido y oscuro, difuso y lento, del verdadero trabajo.

Y anejo a todo esto las *virtudes* que engendra la lucha, la generosidad de la guapeza, el rumbo

[1] Llegó a componerse de frailes y monjas la tercera parte de la población de España, y en tiempo de Felipe III, a principios del siglo XVII, salían de España, según el licenciado Pedro Fernández de Navarrete, al año, 40.000 personas «aptas para todos los ministerios de mar y tierra».

de José María, amigo de sus amigos, limosnero del pobre con dinero ajeno. A bote de lanza, anárquicamente, enderezaba entuertos Don Quijote.

La misma caridad es de origen militar. Lo que decía M. Montegut *(Revue des Deux Mondes,* 1.º Marzo, 1864), hablando de nuestros místicos, de que no conocen la caridad sino de nombre, siendo para ellos virtud más bien teológica que teologal, es aserto que admite explicación. Porque hay una caridad que por compasión fisiológica, por representación simpática, nace de las entrañas del que sufre viendo sufrir, y otra más intelectiva y categórica, que brota de la indignación que produce el ver sufrir a unos mientras otros gozan; hija de ternura aquélla, de rectitud ésta. Unas veces brota el sentimiento de justicia del de caridad y otras éste de aquél.

Cuando en *Las Mocedades del Cid* encuentra éste al gafo se pregunta «¿qué me debe Dios más que a tí?» y, considerando que le plugo repartir lo suyo desigualmente en los dos, no teniendo él, Rodrigo, más virtud, sino tan de carne y hueso, concluye en que

> Con igualdad nos podía
> tratar; y así *es justo* darte
> de lo que quitó en tu parte
> para añadir en la mía.

Y por sentido de justicia, más que por ternura, y no poco acaso por hazaña, come en el mismo plato con el gafo. Caridad típica también la del aquel arrebatado y agresivo P. Las Casas, que vuelto en sí al leer un día de Pascua el capítulo 34 del Eclesiástico, se dedica a protector de los indios y más aún a violento fiscal de sus compatriotas. Y con él su orden, la que con más brío predicaba en Europa cruzadas contra los herejes, amparaba y defendía en América a los pobrecitos indios, vírgenes de herejía. Caridad de ir a salvar almas desatándolas de sus cuerpos; *quien bien te quiera te hará llorar*. Caridad de espada y de igualdad. La misma caridad tierna y compasiva de Francisco de Asís se trueca en ardiente y belicoso ordenancismo en el español (portugués) Antonio de Padua.

«¡Una limosnita *por amor de Dios!*» piden los mendigos; se les contesta «perdone, hermano»; y ellos, si se les da, «*Dios* se lo pague».

Toda ella es caridad austera y sobria, no *simpatía*. A otra cosa se llama *sensiblería* aquí.

III

Este hombre formó familia y sociedad civil. Formaba familia, *dentro* de la cual guardaba a su mujer. Las de Tirso superan al hombre en decisión y malicia, y en el museo de Lope hallamos esgrimiendo la espada a *La Varona castellana,* defendiendo con puñal su honra *La Moza de cántaro,* y junto a ellas, entre otras, *La Villana de Getafe* y *La Serrana de Tormes.*

Entre esta mujer y su hombre los amores son *naturales,* con pocos intricamientos eróticos. Nuestra castiza lírica amorosa será sutil, mas poco efusiva, y raros en nuestra literatura los acentos de pasión de amor absorbente y puro de otro sentimiento.

No es el amor ardiente y atormentado de Abelardo, ni el refinado de los trovadores provenzales, pues si bien entró en Castilla la casuística erótica de éstos por los trovadores gallegos, catalanes y valencianos, no fué castiza y de genuina cepa. Ni el gallego Macías el Enamorado ni el valenciano Ausías March son almas castellanas.

Los Amantes de Teruel, de Tirso, son sobrios en ternezas y blanduras, si bien se mueren de amor,

con muerte fulminante y repentina. La Jimena de *Las Mocedades del Cid* expresa sentimiento tan poco erótico y femenino, como es el de estimar más el ver estimar su amor que su hermosura, tomándolo por pundonor. Y esta misma Jimena admira en aquel Rodrigo que la corteja, salpicándole el brial con la sangre de sus palomicas, que luce en él gallardamente, entre lo hermoso, lo fiero. El hombre y el oso, cuanto más feo más hermoso. Y aun cuanto más bruto, pues Celia, en *El condenado por desconfiado,* quería a Enrico que la saqueaba y maltrataba *por valiente,* como se rinde a su chulo la barbiana de rompe y rasga.

En esto del amor aparece también el espíritu disociativo, porque es, o grosero, más que sensual, o austero y de deber más que sentimental, o la pasajera satisfacción del apetito o el débito del hogar.

> Y en tratando casamiento
> verás que mi amor le agrada,
> que este es el último intento
> de toda mujer casada.

Y una vez casada, niega Isabel de Segura un simple abrazo a Diego de Marsilla.

> «Ya es mi esposo, Marsilla, Don Gonzalo
> perdóname si el gusto que me pides
> no te lo puedo dar *como quisiera.*
> que no le he de ofender por ningún modo.»

Doña Blanca, la mujer de «García del Castañar» cree que

«...bien o mal nacido,
el más indigno marido
excede al mejor galán.»

No es castiza en España la casuística del adulterio, ni se ha elevado a institución a la *amiga*. Fuera del matrimonio, los amores son de gallo, de Tenorio, no de Werther.

El realismo castellano es más sensitivo que sensual, sin refinamientos imaginativos y con fondo casto. Huele a bodegón más que a lenocinio, y cuando cae en extremo, más tira, aun en la obscenidad, a lo grosero que a lo libidinoso. Sirvan de ejemplo típico la novatada del buscón Don Pablos, la *aventura* del bálsamo de Fierabrás y la de los batanes. La misma Celestina *escolastiza* el amor [1] cuando no cae en lo brutal.

No son castizos el sentimentalismo obsceno, ni los aderezos artificiosos del onanismo imaginativo del *amor* baboso. No sale de esta casta un mar-

[1] «El que verdaderamente ama es necesario que se turbe con la dulzura del soberano deleite que por el Hacedor de las cosas fué puesto porque el linaje de los hombres se perpetuase, sin lo cual perescería.» «La natura huye lo triste y apetesce lo deleitable.» Véase además lo que dice Celestina a Areusa en el acto séptimo.

qués de Sade, que en su vejez *venerable* suelta con voz dulce una *ordure «avec une admirable politesse»* [1]. Nuestras mozas de partido no son de la casta de las Manon Lescaut y Margarita Gautier, rosas de estercolero.

Los celos en el teatro calderoniano son de honor ofendido, y los celosos matan sin besar como Otelo, sin amor, por conclusión de silogismos y en frío, y a las veces por meras sospechas, y aun sabiendo inocente a la mujer «sólo por razón de estado» como «el labrador más honrado», García del Castañar:

«A muerte te ha condenado mi honor, cuando no
[mis celos,
porque a costa de tu vida de una infamia me pre-
[servo.»

Amor sin refino y en el matrimonio grave y sobrio. La mujer, la madre, está en nuestro teatro castizo «oculta en el *sancta sanctorum* del hogar» (M. y P.)

Es el amor natural, base de la familia, fuertemente individuada ésta en la sociedad, la familia

[1] La peste del sadismo inficiona la literatura francesa, como si no hubiera más realidad que la lujuria. En la típica novela de Laclos llega al proselitismo con la repugnante marquesa de Merteuil. Y *«¡avec quel art consommé elle distille et insinue son venin!»* En nuestros días *«A rebours»*, de Huysmann, ofrece un ejemplo asqueroso.

Doña Blanca, la mujer de «García del Castañar» cree que

«...bien o mal nacido,
el más indigno marido
excede al mejor galán.»

No es castiza en España la casuística del adulterio, ni se ha elevado a institución a la *amiga*. Fuera del matrimonio, los amores son de gallo, de Tenorio, no de Werther.

El realismo castellano es más sensitivo que sensual, sin refinamientos imaginativos y con fondo casto. Huele a bodegón más que a lenocinio, y cuando cae en extremo, más tira, aun en la obscenidad, a lo grosero que a lo libidinoso. Sirvan de ejemplo típico la novatada del buscón Don Pablos, la *aventura* del bálsamo de Fierabrás y la de los batanes. La misma Celestina *escolastiza* el amor [1] cuando no cae en lo brutal.

No son castizos el sentimentalismo obsceno, ni los aderezos artificiosos del onanismo imaginativo del *amor* baboso. No sale de esta casta un mar-

[1] «El que verdaderamente ama es necesario que se turbe con la dulzura del soberano deleite que por el Hacedor de las cosas fué puesto porque el linaje de los hombres se perpetuase, sin lo cual perescería.» «La natura huye lo triste y apetesce lo deleitable.» Véase además lo que dice Celestina a Areusa en el acto séptimo.

qués de Sade, que en su vejez *venerable* suelta con voz dulce una *ordure «avec une admirable politesse»* [1]. Nuestras mozas de partido no son de la casta de las Manon Lescaut y Margarita Gautier, rosas de estercolero.

Los celos en el teatro calderoniano son de honor ofendido, y los celosos matan sin besar como Otelo, sin amor, por conclusión de silogismos y en frío, y a las veces por meras sospechas, y aun sabiendo inocente a la mujer «sólo por razón de estado» como «el labrador más honrado», García del Castañar:

«A muerte te ha condenado mi honor, cuando no
[mis celos,
porque a costa de tu vida de una infamia me pre-
[servo.»

Amor sin refino y en el matrimonio grave y sobrio. La mujer, la madre, está en nuestro teatro castizo «oculta en el *sancta sanctorum* del hogar» (M. y P.)

Es el amor natural, base de la familia, fuertemente individuada ésta en la sociedad, la familia

[1] La peste del sadismo inficiona la literatura francesa, como si no hubiera más realidad que la lujuria. En la típica novela de Laclos llega al proselitismo con la repugnante marquesa de Merteuil. Y *«¡avec quel art consommé elle distille et insinue son venin!»* En nuestros días *«A rebours»*, de Huysmann, ofrece un ejemplo asqueroso.

una y constante, cuyos miembros se acuerdan en el espacio, y en el tiempo se unen con los pasados por los sufragios a las benditas ánimas del purgatorio. Cosa castiza el purgatorio.

Son los hijos guardadores del nombre de sus padres y vengadores de su honra. Diego Láinez, afrentado, llama a los suyos, desprecia por infames a los que se quejan cuando les aprieta la mano y desenójale el enojo de Rodrigo, que le amenaza con que, a no ser su padre, le sacara las entrañas. Y al presentarle éste la cabeza del ofensor...

> «Toca las blancas canas que me honraste,
> llega la tierna boca a la mejilla,
> donde la mancha de mi honor quitaste.»

El anciano D. Mendo de Benavides, afrentado por Payo de Bivar, perdona a su hija Clara sus ilícitos amores con el rey Bermudo, puesto que a ellos debe el tener Sancho un nieto vengador de su honra. *(Los Benavides,* de Lope.)

Para tales hay que educar a los hijos, como Arias Gonzalo, cuando, muertos en lid singular con D. Diego Ordóñez sus hijos Pedro y Diego, va a apadrinar a Rodrigo, a *atizarle fuego en el honor.*

La sociedad civil que formaron estos hombres

tomó de ellos carácter y sobre el de ellos reobró. Formáronla sobre los restos de otra, bajo la presión de invasores de su suelo, comprimidos en un principio en montañas, donde originaron el sentimiento patrio.

Las necesidades de la Reconquista les dieron lealtad al caudillo e igualdad entre los compañeros. Sin lealtad no cabe comunidad guerrera, «pues siempre de la cabeza baja el vigor a la mano». Jamás olvida el Cid separar del botín el quinto para el rey Alfonso, que le *airó,* enviarle *presentaias* y humillarse ante él, «hincando en tierra los hinojos y las manos, tomando a dientes las hierbas del campo y llorando de los ojos». Y con el «castellano leal» siente Guzmán *el Bueno,* y el señor de Buitrago, y tantos otros. Lealtad esta de combatiente a su caudillo más que de cortesano a su señor, lealtad no exenta de «pronunciamientos».

Mas «del rey abajo ninguno» ¡fuera jerarquía! ruda igualdad y llaneza entre los demás. *Llaneza,* castizo término. Al extranjero que viaja por España le sorprende el fácil tramar conversación en los trenes, el ofrecerse viandas, el pedirse fuego en la calle, el ponerse «¡a su disposición!»

Reinaba en nuestro castizo siglo una peculiar igualdad que se ha llamado democracia frailuna,

en gran parte la de la holganza y la pobreza, la de la espórtula y la braveza, anarquista. La disfrutaban muchedumbre de caballeros pobres, frailes, hidalgüelos, soldados y tercios, menospreciadores del trabajo, amantes de la guerra y de la holganza. Y a este anarquismo íntimo acompañaba, como suele, fuerte unificación monárquica al exterior; el absolutismo, o mejor *ordenancismo* castellano, fué forma y dique de anarquía, fué el espíritu de individualismo excluyente transportado a ley *exterior*.

Siempre la firme fe en el libre albedrío lleva, tanto como el fatalismo, al sofoco de la libertad civil; que hay que imponer ley a quien apenas la lleva dentro [1], y consuélese el sometido con que su voluntad es libre e inviolable el santuario de su conciencia. ¡Gran Celestina la metafísica!

[1] En el librearbitrismo, el poder opresivo suple a la caída naturaleza; en el fatalismo representa a la ley externa del hado; cuando se ve, por el contrario, ley *determinante* de la voluntad, se fía en el hombre. Así es como «el dejad hacer, dejad pasar», brotó de la concepción optimista del *homo oeconomicus*, que conoce siempre su verdadero interés, y de la fe en que éste se concilia con el colectivo; de un determinismo.

«¡Libertad! Bien entendida, ¡hermosa palabra!... Un pueblo jamás se hace maduro ni prudente; siempre es niño», dice el duque de Alba en el *Egmont* de Gœthe. ¡Libertad *bien entendida!* Y para hacerla entender, ¡palo limpio y tente tieso!

Era aquí la castiza monarquía cenobítica y austera, ordenancista, reflejo de la familia castellana. En España no juegan papel histórico sobresaliente queridas de reyes.

> «*Una grey y un pastor sólo en el suelo,*
> *un* monarca, *un* imperio y *una* espada»,

cantaba Hernando de Acuña, el poeta de Carlos V.

Era en aquella sociedad el sentimiento monárquico profundo, bien que un si es no es quisquilloso, con la sumisión del «se obedece, pero no se cumple». El rey no es el Estado, sino el mejor alcalde; no quien crea nobleza y honra, sino quien las protege. Bien que sea fábula, es típico el «cada uno de nosotros vale tanto como vos, y todos juntos más que vos», y hondamente castizo el «e si no, no».

> «Al rey la hacienda y la vida se ha de dar; pero el [honor
> es patrimonio del alma, y sólo se debe a Dios.»

Las voluntades se encabritaban, sí, pero para someterse al cabo, sentida su desnudez, a la autoridad venida de lo alto, y tenían fe en ella. Pocas cosas tan genuinamente castellanas como el *ordenancismo*, acompañado de *pronunciamientos*. Ordenancismo más que absolutismo a la francesa, ni despotismo oriental, ni tiranía italiana.

IV

Cada uno de estos individuos se afirma frente a los otros, y para hacer respetar su derecho, su individualidad, busca ser temido. Preocúpase de la opinión pública, preocupación que es el fondo del honor, y cuida conservar el buen nombre y la nobleza. La bárbara ley del honor no es otra cosa que la necesidad de hacerse respetar, llevada a punto de sacrificar a ella la vida. «¡Muera yo, viva mi fama!» exclamó Rodrigo Arias al ser herido mortalmente por D. Diego Ordóñez de Lara.

Como apenas se han socializado estos individuos ni se ha convertido en jugo de su querer la ley de comunidad, se afirman con altivez, porque el que cede es vencido; hacen todos del árbol caído leña, y ayúdate, que Dios te ayudará, que al que se muere le entierran.

Nada de componendas ni de medias tintas, ni de *pasteleo,* nada de nimbo moral: justicia seca ó razón de estado. No saben «andar torciendo, ni opiniones, ni caminos». En el hermoso diálogo de la primera parte de *Las Mocedades del Cid,* confiesa el conde Lozano a Peranzules que fué locura su acto; pero como tiene mucho que perder

y condición de honrado, no la quiere enmendar, que antes se perderá Castilla que él; ni dará ni recibirá satisfacción; que el que la da pierde honor y nada cobra el que la recibe,

> «el remitir a la espada
> los agravios es mejor.
> ..... que en rigor
> pondré un remiendo en su honor
> quitando un jirón al mío;
> y en habiendo sucedido,
> habremos los dos quedado,
> él con honor remendado
> y yo con honor rompido.»

Y encierra su opinión honrada en esta cuarteta, quintaesencia de la ley del honor:

> «Procure siempre acertarla
> el honrado y principal;
> pero si la acierta mal,
> defenderla, y no enmendarla.»

¡Antes mártir que confesor! ¡Tesón, tesón hasta morir, y morir como D. Rodrigo en la horca!

No hay que flaquear, y si se flaquea, que no lo sepan. Sobre todo, esto; que no lo sepan ¡por Dios!, que no lo sepan. Como «el prender al delincuente es publicar el agravio», manda el rey se tenga secreta la ofensa del conde Lozano a Diego Láinez, lo cual parece a Peranzules «¡notable razón de estado!» Secreto, ante todo; «a secreto

agravio, secreta venganza»; «que no dirá la venganza lo que no dijo la afrenta». ¡Secreto, secreto, sobre todo secreto! [1].

El honor se defiende a estocada limpia: «en ti, valiente espada, ha de fundarse mi honor», ese honor que en el pecho «toca a fuego, al arma toca», el que se lava con sangre. Con la de la herida del conde Lozano se frota Diego Láinez la mejilla, «adonde la mancha estaba» [2]. « De lengua al agraviado caballero ha de servir la espada», «lengua de la mano» que

> «..... es falta de valor
> sobrar tanto la paciencia,
> que es dañoso el discurrir;
> pues nunca acierta a matar
> quien teme que ha de morir.»

[1] ¡Gran virtud el silencio y el secreto para la casta de Pero Mundo! Ya de antiguo cuidaban más de él que de la vida; su fidelidad brillaba en el secreto. *Saepe tormentis pro silentio rerum immortui adeo illis fortior taciturnitatis cura quam vitae,* decía de los españoles Justino.

¡Secreto! Y consigo mismo reserva mental. «¡Calla!—dice Doña Urraca a Bellido Dolfos:—si es traición, y en mi querella,—excusará el no sabella—la culpa de no excusalla.»

[2] Corneille, en su *Le Cid,* suprimió este vigoroso rasgo, así como lo más enérgico del diálogo precitado entre el conde Lozano y Peranzules. Dice en cambio:

«Mais, puisque c'en est fait, le coup est sans remède.»

¡Qué diferencia! Los héroes de Corneille son muy *civilizados.*

«El perro muerto, ni muerde ni ladra», decía aquel francote de Rodrigo Orgóñez, el amigo del pobre Adelantado Almagro.

¡Cuánto cuesta someterse a la ley no hecha carne, categórica y externa! «¡Cuánto cuesta el ser noble y cuánto el honor cuesta!», exclama Jimena. ¡Honor, «vil ley del mundo, loca, bárbara, ley tan terrible del honor»!

> «¡Que un hombre que por sí hizo
> cuanto pudo para honrado
> no sepa si está ofendido!»

Son de oir en *A secreto agravio secreta venganza* (escena 6.ª de la jornada III), los desahogos de D. Lope de Almeida contra esa ley. Es la tal ley un sino fatal, es la sociedad imponiéndose al individuo, disociado de ella en espíritu, no diluído en el nimbo colectivo; es ley *externa* la que engendra el conceptismo dilemático del pundonor. Es anarquismo moral bajo el peso de absolutismo social.

Esta ley y este sentimiento del honor tuvieron su vida, y no es muy hacedero raspar de ellos el barniz caballeresco francés para discernir qué cualidades castizas y peculiares acompañan al honor castellano. La sistematización del honor, la caballería, es, como tantas sistematizaciones y pulimentos, de origen francés. ¡Cuánto más caba-

lleresca la *Chanson de Roland* que nuestro viejo y sobrio *Cantar de myo Cid,* no libre, sin embargo, de influjo francés! En aquélla aparece la *loi de chevalier,* y Sancho debajo del Cid, que en su querella con los infantes de Carrión se cuida mucho de los haberes que le han llevado, porque «esso me puede pesar con la otra deshonor» (verso 2913).

Estaban los nuestros muy ocupados con los moros para esas caballerías, mas al desembarazarse de ellos derramáronse por esos mundos de Dios [1], y a la postre entró el caballerismo en

[1] «Y por cierto no vi en mis tiempos ni lei que en los passados viniessen tantos cavalleros de otros reinos y tierras estrañas a estos nuestros reinos de Castilla y de León por hazer armas en todo trance, como vi que fueron cavalleros de Castilla a las buscar por otras partes de la christiandad... Y fué informado que el capitán francés o el italiano tenia entonces por muy fornescida la esquadra de su gente quando podía aver en ella algunos cavalleros castellanos, porque conoscía dellos tener esfuerço y constancia en los peligros más que de las otras naciones. Vi también guerras en Castilla, y durar algunos tiempos; pero no vi que viniessen a ella guerreros de otras partes. Porque assi como ninguno piensa llevar hierro a la tierra de Vizcaya, donde ello nace bien, assi los estrangeros reputaban a mal seso venir a mostrar su valentía a la tierra de Castilla, do saben que ay tanta abundancia de fuerças y esfuerço en los varones della que la suya será poco estimada.»

Hernando de Pulgar, en el título xvu (Rodrigo de Narváez, de *Los claros varones de España.*

España, y tomó fuerte arraigo. Nuestros caballeros metieron las manos hasta los codos en aquello que llamaban aventuras. Fué aquí exagerado al punto de los Amadises y demás de su linaje, y en la vida real al de Suero de Quiñones, y al de los desafíos de Barleta. San Ignacio veló las armas y se hizo caballero *a lo divino.* El caballerismo dió nuevo barniz al Cid, a Bernardo del Carpio y a otros héroes legendarios. Los franceses nos dieron Rolando, como nosotros a ellos Gil Blas.

Mas siempre fué aquí el honor más macizo y brutal, más natural y plebeyo, y más sutil que delicado al querer refinarse. Fué siempre aquí cada cual más hijo de sus obras y padre de su honor [1], debido éste más a naturaleza que a gracia, al brazo que al rey; honor menos de relumbrón y parada, más *positivo,* más apegado a sus raíces. En la francesada, no era el fin de los españoles—decía G. Pechio—la gloria, sino la independencia, que a haberse batido por el honor habríase acabado la guerra en la batalla de Tudela. Y a Stendhal le parecía el único, *le seul,* pueblo que supo resistir

[1] «Señor, bien sé que vuestra señoría es muy buen caballero y que sus padres lo fueron también, pero yo y mi brazo derecho, a quien ahora reconozco por padre, somos mejor que vos y todo vuestro linaje», decía un capitán a un caballero, según nos lo cuenta, en el cap. xvi de su *Examen de Ingenios,* el Dr. Juan Huarte.

a Napoleón absolutamente puro de honor estúpido, *bête;* de lo que hay de estúpido en el honor. *(De l'Amour,* cap. XLVII.) No hay aquello de «*tirez les premiers, messieurs les anglais*», porque sabemos bien que el que da primero da dos veces, aunque no quite lo cortés a lo valiente. Son nuestros caballeros más brutales y menos amadamados, menos tiernos [1] en derretimientos, más fastuosos y guapos que elegantes y finos, menos dados también a la sensiblería *ginecoládtrica*. «Dios, Patria y Rey», es la divisa de los nuestros, más bien que «*Dieu, l'honneur et les dames*». Cuando más la dama, no *les dames;* el fondo de Amadís es su casta fidelidad a Oriana, virtud que brilla también en Don Quijote. ¡Desgraciada la mujer cuando la hacen ídolo!

En el fondo del caballerismo francés aparecen barones feudales, aquí reconquistadores del suelo patrio.

[1] En la *Chanson de Roland* a cada paso lloran los hérces, y aun se desmayan de *tendrur*. En cierta ocasión cien mil franceses de una vez (verso 2032). A los caballeros franceses es a los que sobre todo se aplica lo que decía Flaubert *(Madame Bovary)* «bravos como leones, dulces cual corderos, virtuosos como no se es, bien puestos siempre y que *lloran* como urnas». A nuestro buen maese Nicolás, el barbero, le gustaba más Galaor que Amadís, «porque no era caballero melindroso, ni tan llorón como su hermano».

V

En sociedades tales el más íntimo lazo social es la religión, y con ella una moral externa de *lex,* de mandato, que engendra casuismo y *métodos* para ganar el cielo. De todos los países católicos, acaso haya sido el más católico nuestra España castiza.

El catolicismo dominicano y el jesuístico, son tan castellanos como italiano el cristianismo franciscano. *Una* fe, *un* pastor, *una* grey, unidad sobre todo, unidad venida de lo alto, y reposo además, y sumisión y obediencia *perinde ac cadaver.*

Este pueblo de las asociaciones y los contrastes se acomodaba bien a afirmar dos mundos, un Dios y un Diablo sobre ellos, un infierno que temer y un cielo que conquistar con la libertad y la gracia, ganando al Dios misericordioso y justo. Fué éste pueblo de teólogos, cuidadoso en *congruir* los contrarios; teólogos todos, hasta los insurgentes, teólogos del revés los librepensadores. En la teología no hay que desentrañar con trabajos *hechos,* sino combinar proposiciones dadas, es asunto de «agudeza de ingenio», de intelectiva. De

esta casta brotaron los principales fautores de Trento, y los llamados *Dominicanes*, la Orden de Predicadores que se estrenó *contra* los albigenses, y la *Milicia* de Jesús más tarde. Un portugués, el impetuoso San Antonio, fué el que primero peleó contra los herejes en la Orden de paz y de tolerancia del pobrecito de Asís.

Que las castizas guerras de nuestra edad de oro fueron de religión... Esta era el lazo social, y la unidad religiosa forma suprema de la social. Para demarcar, por vía de remoción, la unidad nacional, se expulsó judíos y moriscos y se cerró la puerta a luteranos, por «sediciosos, perturbadores de la república [1]». Órdenes militares re-

[1] Durante la Reconquista no había empeño alguno en convertir a los moros, con los que se entendían no mal los cristianos. El Cid del *Cantar* jamás piensa en tal cosa, pelea con ellos para ganarse el pan (verso 673); y al no poder venderlos considera que nada gana con descabezarlos (versos 619-620). Así es que le bendicen y tiene entre ellos a su gran amigo «natural», Avegalvón. En la *Chanson de Roland*, por el contrario, preocúpanse de destruir a los paganos *païens*, que siguen la ley de Mahoma, Apolo y Tervagán, y hacen de la guerra un juicio de Dios (verso 3670). En las canciones de gesta francesas, al conquistar una ciudad infiel, obligan, so pena de muerte, a que se bauticen a sus habitantes todos, *ne seit ocis o devient chrestiens* (V. *Roland*, versos 102 y 3670, *Gui de Bourgogne*, versos 3063, 3071-74, 3436-38; *Huon de Bordeaux*, 6657-69, etc., etc.).

Donde resalta la diferencia es en la toma de Zaragoza por Carlo Magno, y la de Valencia por el Cid. Toma el emperador Zaragoza, y entran sus soldados en mezquitas *mahumeries*, y sinagogas, destruyendo ídolos, ¡ídolos en mezquitas y sinagogas!, porque Carlos cree en Dios y quiere hacer su servicio, *faire voelt sun servise;* llevan a los paganos al bautisterio, y al que se niega a hacer la voluntad de Carlos lo cuelgan, matan o queman. Así bautizan más de cien mil «verdaderos cristianos», *veir chrestien* (versos 3660-3674). ¡Cuán otro el cuadro de la toma de Valencia!

«Cuando myo Cid ganó a Valencia e entró en la çibdad
Los que fueron de pie cavalleros se fazen.
El oro e la plata ¿quién vos lo podrie contar?
Todos eran ricos quantos que allí ha.
Myo Cid Don Rodrigo la quinta mandó tomar.
En el aver monedado xxx mill marcos le caen;
E los otros averes ¿quién los podrié contar?»

(Versos 1212 a 1218.)

Y así continúa. ¡Cómo se ve que lo uno tiene de ficción imaginativa más, y más lo otro de historia concreta! Mas por debajo aparecen los hombres. Cierto es que los franceses no conocían a los moros como los castellanos.

ligiosas se fundaron en España para la cruzada *interior* que reconquistara el propio suelo, y en ninguna parte más vivo el sentimiento de la hermandad entre el sacerdote y el guerrero que en el pueblo que dió tantos curas guerrilleros en la francesada. Guerras religiosas, sí, en cuanto el reino de la religión se extiende a este mundo, en cuanto institución para sustento de la máquina social y mantenimiento del orden y del silencio y de la obediencia a la *ley*.

Aquellas almas fueron intolerantes, no por sa-

lud y vigor, sino por pobreza de complejidad, porque no sólo tolera el débil y el escéptico sino el que en fuerza de vigor penetra en otros y en el fondo de verdad que yace en toda doctrina, puesto que hay junto a la tolerancia por exclusión otra por absorción. Temían las *malas doctrinas,* las ideas, porque eran éstas en ellos categóricas e impulsivas; temían más la «soberbia del espíritu» que la «concupiscencia de la carne»; por la razón temían haber de venir la caída. Mas ellos no razonaron su intolerancia como tal, que esto se queda para los que no la sienten. Aquellos *conceptistas* concebían sus conceptos por exclusión y la religión como lazo social y base de unidad civil. Valía más, según el duque de Alba, conservar mediante guerra un reino arruinado para Dios y el Rey, que tenerlo, sin esto, entero, en provecho del demonio y de los herejes sus secuaces.

A la ley había que someterse por la fe, que era confianza sobre todo, confianza en que el Rey celestial no habría de negar una hora de arrepentimiento al que obedeciese, aunque no cumpliera sus mandatos. Paulo el ermitaño, se condena por desconfiar de su salvación,

«porque es la fe en el cristiano, que en sirviendo a
[Dios y haciendo
buenas obras, ha de ir a gozar de él en muriendo»,

por querer que Dios le diga si se ha de salvar o no; y Enrico el de los «latrocinios, cuchilladas, heridas, robos, salteamientos y cosas deste modo», el que mató treinta hombres y forzó seis doncellas, como «aunque es tan malo, no deja de tener conocimiento de la santa fe», sino que abriga esperanza siempre de que tiene de salvarse, esperanza no fundada en obras suyas,

«.....sino en saber que se humana
Dios con el más pecador y con su piedad le salva»,

sálvase por acto de arrepentimiento, llevándole al cielo «dos paraninfos alados». La misma concepción en el fondo que esta de *El Condenado por desconfiado,* de Tirso, es la de *La Devoción de la Cruz,* de Calderón. El genio oculto de la sociedad, su intraconciente providencia, dió codicia del cielo y terror al infierno a aquellos anarquistas. Donde Paulo, el ermitaño, al creerse condenado como el bandido Enrico, exclama:

«¡si su fin ha de tener
tenga su vida y sus hechos!»

allí es donde adquiere, en virtud del contraste, plena significación el «aunque no hubiera infierno te temiera». En el fondo de aquellas naturalezas de un individualismo salvaje quedaba chispa de fe; poso de sumisión a una terrible ley externa, hado

de la sociedad, a la que había que obedecer, mal que no se la cumpliera. A Sancho el socarrón le parecía un demonio «hombre de bien y buen cristiano», al oirle jurar «en Dios y en mi conciencia», y concluía que «aun en el mismo infierno debe haber buena gente». ¡Respeto, respeto ante todo, y horror al escándalo! «Gracias a Dios, todo está tranquilo en los Países Bajos», gracias a Dios y al Consejo de sangre.

La religión cubría y solemnizaba. Para que les enseñaran «las cosas de nuestra santa fe católica» *encomendaban* indios a los aventureros de América. ¡Extraña justificación de la esclavitud! Y allá, en aquellas mismas tierras de nuestra castiza epopeya viva, vírgenes de policía, donde se desenfrenaban las pasiones, cuando Pizarro, Almagro y el maestrescuela Luque hicieron convenio de repartirse la presa de la conquista del Perú, aportando el último, socio capitalista, 20.000 pesos, y su industria los otros dos, entonces cierran el trato en Misa celebrada por Luque, en que comulgaron los tres de una sola y misma Hostia. ¡Qué de miserias irreligiosas brotaron de este solemne y consagrado trato!

Afirmaba el alma castellana castiza con igual vigor su individualidad, *una* frente al mundo vario, y esta su *unidad* proyectada al exterior; afirmaba dos mundos y vivía a la par en un realismo apegado a sus sentidos y en un idealismo ligado a sus conceptos.

Intentó unirlos y hacer de la ley suprema ley de su espíritu, en su única filosofía, su mística, saltando de su alma a Dios. Con su mística llegó a lo profundo de la religión, al reino que no es de este mundo, al manantial vivo de que brotaba la ley social y a la roca viva de su conciencia.

En ninguna revelación del alma castellana que no sea su mística se entra más dentro en ella, hasta tocar a lo eterno de esta alma, a su humanidad; y en ninguna otra tampoco se ve más al desnudo su vicio radical que en la pseudo-mística, en los delirios del *alumbrismo* archi-sentitivo y ultra-intelectivo, en aquel juntar en uno la unión sexual y la del intelecto con el sumo concepto abstracto, con la nada.

Por su mística castiza es como puede llegarse a la roca viva del espíritu de esta casta, al arranque de su vivificación y regeneración en la Humanidad eterna.

Abril de 1895.

IV

DE MÍSTICA Y HUMANISMO

I

ASÍ como la doctrina que forja o abraza un hombre suele ser la teoría justificativa de su conducta, así la filosofía de un pueblo suele serlo de su modo de ser, reflejo del ideal que de sí mismo tiene.

Segismundo, lanzado al trono desde su cueva de solitario, pronuncia que la vida es sueño, mas se ase de ella diciendo:

soñemos, alma, soñemos
otra vez; pero ha de ser con atención y consejo,
de que hemos de dispertar deste gusto al mejor
[tiempo
.....
.....que estoy soñando y que quiero
obrar bien, pues no se pierde el hacer bien aún en
[sueños,
.....
Acudamos a lo eterno, que es la fama vividora
donde ni duermen las dichas, ni las grandezas re-
[posan.

Tras esto eterno se fué el vuelo del alma castellana.

fleja del alma. Corre, tras la perfecta adecuación de lo interno con lo externo, a la fusión perfecta del saber, el sentir y el querer; mantiene el ideal de la ciencia concluída, que es acción, y que, como Raquel, moriría de no tener hijos.

Casta la castellana de conquistadores, mal avenidos al trabajo, no se compadecía bien a interrogar y desentrañar la realidad sensible, a trabajar en la ciencia empírica, sino que se movían a conquistar con trabajos, sí, pero no con trabajo, una verdad suma preñada de las demás, no por discurso que se arrastra pasando de cosa en cosa, ni por meditación que anda y cuando más corre, entendiendo una por otra, sino por gracia de contemplación que vuela y desde un rayo de visión se difunde a innúmeros seres, por contemplación de fruto sin trabajo, *contemplatio sine labore cum fructu*, que decía Ricardo de San Víctor. Pobres en el cultivo de las ciencias de la naturaleza, ejercitaron lo agudo de su ingenio en barajar y adelgazar textos escritos, más en comentar *leges* que en hallar leyes. No construyeron filosofía propia inductiva ni abrieron los ojos al mundo para ser por él llevados a su motivo sinfónico; quisieron cerrarlos al exterior para abrirlos a la contemplación de las «verdades desnudas», en noche oscura de fe, vacíos de aprehensiones, buscando en

el hondón del alma, en su centro e íntimo ser, en el castillo interior, la «sustancia de los secretos», la Ley viva del universo.

No parte la mística castellana de la Idea abstracta de lo Uno, ni tampoco directamente del mundo de las representaciones para elevarse a conocer *invisibilia Dei per ea quae facta sunt*.

«Ninguna cosa criada ni pensada puede servir al entendimiento de propio medio para unirse con Dios... Todo lo que el entendimiento puede alcanzar antes le sirve de impedimento que de medio si a ello se quisiese asir.» (San Juan de la Cruz.)

Arranca del conocimiento introspectivo de sí mismo, cerrando los ojos a lo sensible, y aun a lo inteligible, a «todo lo que puede caer con claridad en el entendimiento», para llegar a la esencia nuda y centro del alma, que es Dios, y en ella unirse en «toques sustanciales» con la Sabiduría y el Amor divinos. Los místicos castellanos glosan y ponderan de mil modos el «conócete a ti mismo» y aún más el «conózcame, Señor, a mí y conocerte he a tí» de San Agustín. Las obras de Santa Teresa son autobiografías psicológicas de un realismo de dibujo vigoroso y preciso, sin psicologiquería alguna.

Robustísima en ellos la afirmación de la individualidad (cosa muy distinta de la personalidad) y

del libre albedrío, grandísima la cautela con que bordean el panteísmo. Y es tan vivo en esta casta este individualismo místico, que cuando en nuestros días se coló acá el viento de la renovación filosófica postkantiana nos trajo el panenteísmo krausista, escuela que procura salvar la individualidad en el panteísmo, y escuela mística hasta en lo de ser una perdurable propedéutica a una vista real que jamás llega. Y es tan fuerte el individualismo este, que si San Juan de la Cruz quiere vaciarse de todo, busca esta nada para lograrlo todo, para que Dios y todo con Él sea *suyo*.

Como no fueron al misticismo por hastío de la razón ni desengaño de ciencia, sino más bien por el doloroso efecto entre lo desmesurado de sus aspiraciones y lo pequeño de la realidad, no fué la castellana una mística de razón raciocinante, sino que arrancaba de la conciencia oprimida por la necesidad de *lex* y de trabajo. Es sesuda y sobria y sin manchas de ignorancia grosera. Santa Teresa, penetrada del valor de las letras, no se complace en relatarnos apariciones sensibles, ni que baje el Esposo a charlar a cada paso con ella, revelándole vaticinios impertinentes y avisos de gaceta; sus relaciones místicas, sea cual fuere la idea que de ellas nos formemos, fueron serias, sin segunda intención ni tramoya alguna. La casta de la refor-

madora será fanática, no supersticiosa. No cayó en el desprecio de la razón ni de la ciencia por abuso de ellas.

Buscaban libertad interior bajo la presión del ambiente social y el de sí mismos, del divorcio entre su mundo inteligible y el sensible en que los castillos se convierten en ventas; libertad interior, desnudarse de deseos para que la voluntad quedara en potencia respecto a todo.

«Y considerando el mucho encerramiento y pocas cosas de entretenimiento que tenéis, mis hermanas..., me parece os será consuelo deleitaros en este castillo interior, pues *sin licencia de las superioras* podéis entraros y pasearos por él a cualquier hora.»

Esto decía a sus hermanas la mujer llena de espíritu de libertad y santa independencia.

Oprimidos por la ley exterior buscaron el intimarla en sí purificándola, anhelaron consonar con su suerte y resignarse por el camino de contemplación liberadora. Había ya dicho Ricardo de San Víctor, que de haber los filósofos conocido esta ciencia mística, jamás habrían doblegado su cerviz ante los hombres, *nunquam creaturae collum inclinassent.*

Corrían tras ciencia de libertad obtenida sin trabajo, *sine labore cum fructu.* Habríales pa-

ya enamorada luego se infunde lo divino sobrenaturalmente; que Dios no deja vacío sin llenar» (San Juan de la Cruz).

Ciencia pura, absoluta, final y contemplativa, visión de la divina Esencia por amor. ¿Es que puede conocerse algo sin amarlo? Conocer es querer y recriar. La mística buscaba el fondo en que las potencias se funden y asientan, en que se conoce, quiere y siente con toda el alma, no ya ver las cosas en Dios, sino sentir ser todas en Él, decía San Juan de la Cruz. ¡Por amor! Lo idealizaron, el amor al Amor. Las comparaciones de desposorio y matrimonio espiritual les ocurren a cada paso. Casi todos los místicos han sido pareja castísima. En todos tiempos ha servido el amor de núcleo vivo de idealizaciones; en Beatriz ha encarnado en Ideal, porque la ciencia vive de sus raíces, y la inteligencia arranca de la vida de la especie. Dios no dice a Adán y Eva, «estudiad y conoced las razones de las cosas», y la ciencia misma es viva en cuanto acrecienta y multiplica la vida de la especie. La mística idealizó, no lo eterno femenino, ni lo eterno masculino, sino lo eterno humano; Santa Teresa y San Juan de la Cruz, nada hombruna aquélla, nada mujeril éste, son excelentes tipos del *homo* que incluye en sí el *vir* y la *mulier*.

Por ciencia de amor buscaban *posesión* de Dios, sin llegar a la identidad entre pensar a Dios y ser Dios del maestro Eckart. Aun cuando hablen de perderse en Él, es para encontrarse al cabo de Él *posesores*. Para venir a poseerlo, a saberlo y a serlo todo, no quieras poseer, saber, ni ser algo en nada, enseña San Juan de la Cruz.

Esta sed de supremo goce de posesión, sabiduría y ser por conquista amorosa, les llevó en aquella edad al anhelo del martirio, a la voluptuosidad tremenda del sufrimiento, a la embriaguez del combate espiritual, al frenesí de pedir deliquio de pena sabrosa, a que el alma hecha ascua se derritiera en amor, desgarrándose la urdimbre de espíritu y cuerpo y corriendo por las venas espirituales mares de fuego, y por fin llegaron algunos, rompiendo con la ortodoxia, a pedir la nada.

El punto que en nuestro misticismo separa la ortodoxia de la heterodoxia, es verdadero *punto* y no muy fijo, es, sobre todo, la protesta de sumisa obediencia a la Iglesia. Negar que ese punto sirviera de transición es querer apagar la luz solar amontonando escombros paleontológicos, echando a los ojos tierra de erudición, con noticias complacientes.

II

Si oprimidos por la ley aspiraban a penetrar en la viva del universo, era para hacer de ella ley viva de su conciencia y que obrara en justicia y amor, dentro del alma, moviendo sus actos, olvidada ésta de sí y atenta sólo a las cosas de Dios para que Dios atendiese a las suyas. El provecho de la visión intelectual en que vemos todo en Dios y con todo nos vemos en Él, es sacar de idea de nosotros mismos humildad y resorte de acción. La contemplación de la sabiduría de Dios vuelve el entender y el obrar humanos en divinos, nos enseñan.

La ley moral es, en efecto, la misma de la naturaleza, y quien lograra acabada comprensión del organismo universal viendo su propio engrane y oficio en él, su verdadera valía y la infinita irradiación de cada uno de sus actos en la trama infinita del mundo, querría siempre lo que debiera querer. Si la ciencia y la conciencia aparecen divorciadas es porque su ayuntamiento se celebra allá, en el hondón oscuro del alma, cuya voz ahogan y ensordecen los ecos mismos que de él nos devuelve el mundo. Una verdad sólo es de veras

activa en nosotros cuando, olvidada, la hemos hecho hábito; entonces la poseemos de verdad.

La ciencia y la acción, María y Marta, habían de servir juntas al Señor, la una dándole de comer, contemplándole y perfumándole la otra. Marta trabajó, es cierto, pero «hartos trabajos» fueron, dice Santa Teresa, los de María al irse por esas calles y entrar donde nunca había entrado y sufrir murmuraciones y ver aborrecido a su Maestro. Ciencia de amor sin trabajo, repito, de trabajos; no el heroísmo difuso, oscuro y humilde del trabajo, sino los trabajos de la conquista.

Conquistar para el alma la ley sometiéndose a la disciplina ordenancista de la externa y escrita, a la que nunca perdieron de vista ni proclamaron inútil; hacer de la *lex* gracia cumpliéndola; fe con obras, obedecer y cumplir. Magdalena fué perdonada, no precisamente porque amara, sino porque por haber amado creyó, *creyendo sin entender,* dice Juan de Ávila. Cuando dicen, con San Juan de la Cruz, «no hay otra diferencia, sino ser visto Dios o creído», se apartan de aquellos generosos esfuerzos de la edad heroica de la escolástica por racionalizar la fe, de aquel empeño por entender lo creído, del *satagamus quae credimus intelligere, nitamur comprehendere*

ratione quod tenemus ex fide de Ricardo de San Víctor, formulador de la mística.

En San Juan de la Cruz, que, marcando el punto culminante de la mística castellana, es el más cauteloso en su osadía, parece se fundieron el espíritu quijotesco y el sancho-pancino en un idealismo tan realista, como que es la idealización de la realidad religiosa ambiente en que vivía. Su mística es la de la «fe vacía», la del carbonero sublimada, la pura sumisión a quien enseña el dogma, más bien que al dogma mismo.

Su «Subida al monte Carmelo» es en gran parte comentario de aquellas palabras de San Pablo a los Gálatas: si nosotros mismos o un angel del cielo os evangelizare en contra de lo que os hemos evangelizado, sea condenado. Preocupado, sin duda alguna, con la doctrina protestante de la revelación e inspiración interiores y personales y de la personal y directa comunicación con Dios, todo se le vuelve prevenciones contra las revelaciones, visiones y locuciones sobrenaturales, en que como el demonio puede meter mucho la mano y falsificarlas, es lo prudente negarse a todas *para* mejor recibir el provecho de las divinas.

«Dios quiere que a las cosas que sobrenaturalmente nos comunica no les demos entero crédito, ni hagan en nosotros confirmada fuerza y segura

hasta que pasen por este arcaduz humano de la boca del hombre... Ninguna necesidad tiene (el hombre) para ser perfecto de querer cosas sobrenaturales por vía sobrenatural y extraordinaria, que es sobre su capacidad... de todas ellas le conviene al alma guardarse prudentemente para caminar pura y sin error en la noche de fe a la divina unión... para entrar en el abismo de la fe donde todo lo demás se absorbe... en que el entendimiento ha de estar escuro y escuro ha de ir por amor en fe y no por mucha razón... Cualquier alma de por ahí con cuatro maravedís de consideración... más bachillerías suele sacar e impureza del alma que humildad y mortificación de espíritu.»

Estos individualistas eran profundamente antipersonalistas. La mística de San Juan de la Cruz es de sumisión y cautela. Poeta riquísimo en imágenes, enseña, sí, nos despojemos de ellas para mejor de ellas aprovecharnos; pero

«advierte, ¡oh amado lector!, que no por eso convenimos ni queremos convenir en esta nuestra doctrina con la de aquellos pestíferos hombres que, persuadidos de la soberbia y envidia de Satanás, quisieron quitar de los ojos de los fieles el santo y necesario uso e ínclita adoración de las imágenes de Dios y de los santos».

Libertad por sumisión y no por rebelión, intimando la ley colectiva externa, no volviéndose a sí para proclamar la propia. El temor al Santo Oficio, ante el cual «lo cierto se hacía sospechoso y dudoso», según el Maestro León, es explicación de corteza que no explica bien este carácter, por no ser éste efecto de aquel temor, sino ambos de la inquisición innanente que lleva la casta en su alma, esta casta que obedece aun cuando no cumpla, que dará insurrectos, pero no rebeldes.

Con esta fe, *fides,* fidelidad, obras que son amores, y las obras actos de sumisión, no de inspiración interior, actos que al degenerar acabaron por ser clasificados cual ejemplares mineralógicos en los «métodos de amar a Dios».

Partían de la realidad misma en que vivían envueltos tratando de idealizarla. Para llegar a cualquier punto que sea hemos de partir de aquel en que estamos, tomando aliento del aire ambiente (esto lo enseña Pero Grullo), pues quien quiera comenzar de salto y cerrando la boca se ahoga y se rompe la crisma, o como Don Quijote en Clavileño, creyendo volar por las esferas, no se mueve, vendados los ojos, del suelo en que descansa el armatoste. ¿Por qué pretender rebelarse contra la ley sin haber llegado a sus raíces vivas? ¿Qué *debe ser* es el que no arranca de la *razón de ser* de lo que es? Sin penetrar en esta razón, ¿qué fuerza habrá contra los rémoras que, esclavos de la apariencia, resisten al impulso que nos lleva a lo que ha de ser y tiene que ser, mal que les pese?

Y volviendo a la mística castellana, la ascesis que de ella brotaba era austera y militante, con tono más estoico que epicúreo, varonil. Santa Teresa no quería que sus hermanas fuesen mujeres en nada, ni lo pareciesen, «sino varones fuertes» y tan varoniles, que «espanten a los hombres».

Su caridad, en cuanto enderezada a los hombres, era, sobre todo, horror al pecado. Los milagros de dar salud al enfermo, vista al ciego o semejantes,

«cuanto al provecho temporal... ningún gozo del alma merecen, porque, excluído el segundo provecho (el espiritual), poco o nada importan al hombre, pues de suyo no son medio para unir al alma con Dios».

Aseguraban compadecer más a un luterano que a un gafo. Es la moral individualista de quien, poco *simpático,* incapaz de ponerse en el lugar de otro y pensar y sentir como este otro piensa y siente, le compadece porque no lo hace como él, ignorando en realidad cómo lo hace. Es la moral militante del Dios de las batallas, la de Domin-

go pidiendo a la Virgen *valor contra* sus enemigos.

Resaltan los caracteres de la eflorescencia religiosa de España cuando se la compara con otra: la de Italia, por ejemplo. Siguió ésta a la renovación comunal italiana de los siglos x al xii, brotando popularísima de la masa, mezclándose con ensueños apocalípticos de renovación social, de un reino del Espíritu Santo y del Evangelio eterno. Su flor fué el Pobrecito de Asís, de casta de comerciantes andariegos y alma de trovador, el alegre umbrío, no el macilento y triste en que se le trasformó en España. No se mete en su alma, sino que se derrama fuera, amando con ternura a la Naturaleza, hermana de la Humanidad. Canta a las criaturas, y su Dios quiere misericordia más que sacrificio. Al solitario, *monachum,* monje, sustituye el hermano, *fratellum,* el fraile; salvando a los demás, se salva uno en redención mutua. No se encierra en su castillo interior, sino se difunde en la risueña y juvenil campiña, al aire y al sol de Dios. No se cuida apenas de convertir herejes. Su religión es del corazón y de piedad humana. El símbolo religioso italiano son los estigmas de Francisco, señales de crucifixión por redimir a sus prójimos; el castellano la transverberación del corazón de Teresa, la saeta del Esposo

con que se solazaba a solas. Aquí era todo comentar el *Cantar de los Cantares* intelectualizado, allí pasaban del Evangelio al Apocalipsis; el uno es de sumisión y fe sobre todo, el otro, sobre todo de pobreza y libertad; regular y eclesiástico el uno, secular y laico el otro. Del italiano brotó el arte popular de las Florecitas y de los juglares de Dios, como Jacopone de Todi; el nuestro dió los conceptuosos autos sacramentales o las sutiles y ardorosas canciones de San Juan de la Cruz. Giotto, Fra Angelico, Ghirlandajo, Cimabué, pintaron con las castas tintas del alba, con los arreboles de la aurora, el azul inmaculado del cielo umbrío y el oro del sol figuras dulcísimas e infantiles en campo diáfano; Zurbarán y Ribera dibujaron atormentados anacoretas, Murillo interiores domésticos de sosegado bienestar y lozanas Concepciones. Cierto es que el misticismo italiano floreció en el siglo xiii y en el xvi el nuestro.

Así como en los tejidos hipertróficos se ve de bulto y como por microscopio el funcionamiento fisiológico diferencial mejor que en los normales, así en las hipertrofias morales. Las del misticismo castellano fueron el *quietismo* egoísta del abismarse en la nada o el *alumbrismo* brutal dado a la holganza y al hartazgo del instinto, que acababa en el horrible consorcio del anegamiento del

intelecto en el vacío conceptualizado con la unión carnal de los sexos y en la grosería sensibilista de «mientras más formas más gracias», en el último extremo de lo que llama San Juan de la Cruz lujuria y gula espirituales. El italiano, por su parte, degeneraba en sectas de pobres llenos de ensueños comunistas de restauración social.

III

De estos despeñaderos mórbicos salvó a uno y a otro el *humanismo,* la modesta ciencia de trabajo, la voz de los siglos humanos y de la sabiduría lenta de la tierra. El misticismo italiano, la religión del corazón, se humaniza en el Dante, nutrido de sabiduría antigua, que intenta casar la antigüedad clásica con el porvenir cristiano.

En España penetró tanto como donde más el soplo del humanismo, el alma del Renacimiento, que siempre tuvo altar aquí. Desde dentro y desde fuera nos invadió el humanismo eterno y cosmopolita, y templó la mística castellana castiza, tan razonable hasta en sus audacias, tan respetuosa con los fueros de la razón. El ministro por excelencia de su consorcio fué el maestro León maestro

como Job en infortunios, alma llena de la ardiente sed de justicia del profetismo hebraico, templada en la serena templanza del ideal helénico. Platónico, horaciano y virgiliano, alma en que se fundían lo epicúreo y lo estoico en lo cristiano, enamorado de la paz del sosiego y de la armonía en un siglo «de estruendo más que de sustancia».

Es en él profundísimo el sentimiento de la naturaleza tan raro en su casta (lo cual explica la pobreza de ésta en ciencias naturales). Consonaba con la campiña apacible y serena, la tenía en las entrañas del alma, en sus tuétanos mismos, en el meollo de su corazón. En el campo los deleites parecíanle mayores por nacer de cosas más sencillas, naturales y puras; «en los campos vive Cristo», en la soledad de ellos la fineza del sentir. Retirado a la Flecha, rincón mansísimo a orillas del Tormes, gustaba tenderse allí a la sombra, rompiendo, como los pájaros, a cantar a la vista del campo verde. En aquel quieto retiro, gozando del frescor en día sosegado y purísimo, tendido en la hierba, deleitábase con sus amigos en diálogos platónicos sobre los «Nombres de Cristo».

Este sentimiento de la naturaleza concertábase y se abrazaba en él con su humanismo platónico;

era aquella a su mente reflejo de otro mundo ideal, la tierra toda «morada de grandeza, templo de claridad y de hermosura», espejo el campo del cielo, del «alma región luciente, prado de bienandanza». Como en lago sereno se pinta la celeste techumbre temblando las estrellas a las caricias de la brisa al agua casta, así para él espejaba la campiña, «escuela de amor puro y verdadero», la paz eterna.

«Porque los demuestra a todos (los elementos) »amistados entre sí, y puestos en orden y abraza»dos, como si dijésemos, unos con otros, y con»certados en armonía grandísima, y respondién»dose a veces, y comunicándose sus virtudes, y »pasándose unos en otros, y ayuntándose y mez»clándose todos, y con su mezcla y ayuntamiento »sacando de contino a luz y produciendo los fru»tos que hermosean el aire y la tierra.»

Como en el campo, veía en el arte un dechado del concierto ideal de las ideas madres, de los elementos espirituales. La música de Salinas que serenaba el aire vistiéndole de hermosura y luz no usadas, hacía que el alma a su divino son tornara,

«... a cobrar el tino
Y memoria perdida,
De su origen primera esclarecida»,

y a las notas concordes del arte envía consonante respuesta la música ideal é imperecedera, fuente de la humana, y se mezcla entre ambas a porfía armonía dulcísima en un mar de dulzura en que navega a anegarse el alma.

Usado a hablar en los oídos de las estrellas, levantaba a éstas su mirada en las noches serenas anhelando «luz purísima en sosiego eterno», ciencia en paz, salud en justicia, imanes de sus deseos. La ciencia es salud, la justicia paz.

¡Ciencia! Ciencia humana anhelada, el día en que volar de esta cárcel y en que «el mismo que junta con nuestro *ser* agora se juntará con nuestro *entendimiento* entonces», expresando así, cual mejor no se puede, cómo es el fin de aquélla traer a conciencia lo que ésta lleva velado en su seno. Con la vista en el cielo suspiraba «contemplar la verdad pura» y ciencia humana, saber cosas acerca de las cuales no sería examinado en el día del juicio, como ver las columnas de la tierra; el por qué tiembla ésta y se embravecen las hondas mares; de dónde manan las fuentes; quién rige las estrellas y las alumbra; dónde se mantiene el sol, fuente de vida y luz, y las causas de los hados. Sed de saber puro, no enderezado, como la unión carnal, a sacar a luz un tercero, sino saber que dé paz de deleite, unión para «afinarse en ser uno

y el abrazarse para más abrazarse». El Cristo del Maestro León es el *Logos,* la Razón, la humanidad ideal, el Concierto,

«según la Divinidad la armonía y la proporción de todas las cosas, mas también según la humanidad, la música y la buena correspondencia de todas las partes del mundo».

Su Cristo es Jesús, Salud, y

«la salud es un bien que consiste en proporción y en armonía de cosas diferentes, y es una como música concertada que hacen entre sí los humores del cuerpo».

Su Cristo es una de las tres maneras de unirse al hombre Dios, que crió las cosas todas para con ellas comunicarse por Cristo, que «en todo está, en todo resplandece y reluce», «tiene el medio y el corazón de esta universidad de las cosas», aun de las que carecen de razón y hasta de sentido, recriando y reparando con su alma humana el universo, renovando al alma con «justicia secreta», haciendo de los hombres dioses.

Del mundo de las cosas, por su trabazón, subimos a la Ley; en la Ciencia se coyunta esta con nuestra mente y vivifica nuestra acción para que, naturalizados, humanicemos la naturaleza. Así el Maestro León sube de las criaturas a Dios, muestra el ayuntamiento de éste con la humanidad en

Cristo, y de Cristo, el Verbo, nos enseña, desciende a deificar al género humano.

El Verbo, la Razón viva, es Salud y Paz. En aquella sociedad de aventureros de guerra que se doblegaban al temor de la ley externa, aborrecía el Maestro León la guerra y mal encubría su animadversión a la ley, *lex.* De natural medroso, veía en Cristo la guarida de los pobrecitos amedrentados, el amparo seguro en que se acogen «los afligidos y acosados del mundo». Su Dios no es el de las batallas. Cristo, Brazo de Dios,

«no es fortaleza militar ni coraje de soldado... Los hechos hazañosos de un cordero tan humilde y tan manso... no son hechos de guerra... Las armas con que hiere la tierra son vivas y ardientes palabras... Vino a dar buena nueva a los mansos, no asalto a los muros... a predicar, que no a guerrear».

En hablando de esto dice que se metía en calor y al parar mientes en que las Escrituras emplean términos militares, encojíase en sí, pareciéndole uno de los abismos profundos de los secretos de Dios. En aquella sociedad de nuestra edad del oro que corriendo tras la presa movía guerras con color religioso, consideraba el Maestro León como el pecado enorme y originario de los judíos su adoración al becerro de oro, que despeñándoles de

pecado en pecado les llevó a esperar un Mesías guerrero.

«Esclavos de la letra muerta, esperan batallas y triunfos y señoríos de tierra... no quieren creer la victoria secreta y espiritual» sino «las armas que fantasea su desatino... ¿Dónde están agora los que engañándose a sí mismos se prometen fortaleza de armas, prometiendo declaradamente Dios fortaleza de virtud y de justicia?»

¡Qué de cosas se le ocurrieron en condenación de la guerra en el seno de aquel pueblo cuya callada idea denunciaba el indiscreto Sepúlveda al tratar *De conveníentia disciplinae militaris cum christiana religione!*

Repugnaba el estado de guerra y el de *lex* que de él brota. Sometíase a ésta como a dura necesidad en nuestra imperfecta condición, mas sintiendo en vivo con Platón que

«no es la mejor gobernación la de leyes escritas» que «el tratar con sola ley escrita, es como tratar con un hombre cabezudo por una parte y *que no admite razón,* y por otra, poderoso para hacer lo que dice, que *es trabajoso y fuerte caso*».

¡Con qué ahincada complacencia despliega las imperfecciones de la ley externa y le opone la de gracia! Es el grito de los caballeros contra la bárbara ley de honor, pero racionalizado. Soñaba en el reino espiritual, el de la santa anarquía de la fraternidad hecha alma del alma, en el siglo futuro, cuando «se sepultará la tiranía en los abismos y el reino de la tierra nueva será» de los de Cristo. Entonces regirá ley interna, concierto de la razón y la voluntad en que aquélla casi quiere y ésta casi enseña, ley «que nos hace amar lo que nos manda», que se nos encierra dentro del seno y se nos derrama dulcemente por las fuerzas y apetitos del alma, haciendo que la voluntad quede hecha una justísima ley.

En aquel reino del siglo futuro, en que los buenos, posesores del cielo y de la tierra, sentirán, entenderán y se moverán *por* Dios, será el gobierno pastoril,

«que no consiste en dar leyes, ni en poner mandamientos sino en apacentar y alimentar á los que gobierna»; que «no guarda una regla generalmente con todos, y en todos los tiempos; sino en cada tiempo y en cada ocasión ordena su gobierno conforme al caso particular del que rige... que no es gobierno que se reparte y ejercita por muchos ministros».

Su Rey ideal es manso y no belicoso; llano, hecho a padecer, prudente y no absoluto. Sobre todo, ni guerrero ni absoluto.

«Cumplía que en la ejecución y obra de todo aquesto... no usase Dios de su absoluto poder, ni quebrantase la suave orden y trabazón de sus leyes; sino que yéndose el mundo como se va, y sin sacarle de madre, se viniese haciendo ello mismo... ¿Usó de su absoluto poder? No, sino de suma igualdad y justicia... En la prudencia lo más fino de ella, y en lo que más se señala es el dar orden cómo se venga a fines extremados y altos y dificultosos por medios comunes y llanos, sin que en ellos se turbe en lo demás el buen orden...»

Su Rey ideal no es capitán general educado para la milicia, es la Razón viva y no escrita. En su reino los súbditos son «generosos y nobles todos y de un mismo linaje»; que «ser Rey propia y y *honradamente* es no tener vasallos viles y afrentados».

¡Cuán lejos de esto la realidad en que vivía! Los gobernantes de entonces apenas imitaban ni conocían tal imagen, y

«como siempre vemos altivez y severidad, y soberbia en los príncipes, juzgamos que la humildad y llaneza es virtud de los hombres.»

Cuando el buen Sancho perdonaba cuantos agravios le habían hecho y hubieran de hacer, Don Quijote, molido por los yangüeses, habría querido poder hablar un poco descansado y dar a

entender a Panza el error en que estaba, adoctrinándole en cómo el que gobierna ha de tener «valor para ofender y defenderse en cualquier acontecimiento», doctrina caballeresca, levantadora de imperios y

«lo que ha levantado y levanta estos imperios de tierra es lo bestial que hay en los hombres».

¡Qué soberano himno entona el Maestro León a la paz en los «Nombres de Cristo», alzando los ojos al cielo tachonado de estrellas! Es la paz reflejo del concierto del mundo y no la lucha ley de la vida. ¡Hueras utopias para aquellos a quienes lo bestial que hay en los hombres les ha enredado en la monserga del *struggle for life,* impidiéndoles ver la paz hasta en las entrañas del combate! ¡Cuán extrañas sonarían las doctrinas del Maestro León a oídos atontados por el estruendo de tambores y mosquetes! Penetró en lo más hondo de la paz cósmica, en la solidaridad universal, en el concierto universal, en la Razón hecha Humanidad, Amor y Salud. No entabló un solitario diálogo entre su alma y Dios. Vió lo más grande del Amor en que se comunica a muchos sin disminuir, que «da lugar a que le amen muchos, como si le amara uno solo, sin que los muchos se estorben».

Espíritu sano y equilibrado, atento a vivir con-

forme a la razón, porque «el ánimo bien concertado dentro de sí, consuena con Dios y dice bien con los demás hombres», identificó la salud y la paz, y la justicia y la ciencia. Encarnó la filosofía del cordero en una sociedad de lobos en que sufrió bajo «la forma de juicio y el hecho de cruel tiranía, el color de religión adonde era todo impiedad y blasfemia». Clasicista y hebraizante, unió al espíritu del humanismo griego el del profetismo hebraico, sintió en el siglo XVI lo que un pensador moderno llama la fe del siglo XX, el consorcio de la *pietas* de Lucrecio, el «poder contemplar el mundo con alma serena», con el anhelo del profeta, «que la rectitud brote como agua y la justicia como un río inagotable».

Oprimido por el ambiente vivió el Maestro León solitario y perseguido, sin que su obra diera todo el fruto de que está preñada. A la presión externa se le añadió la interior, su cobardía misma; le faltó algo del coraje que vituperaba. Con el perfume, aspiró el veneno horaciano.

Guiado por el humano sentido de la paz y la salud, expresó, cual condensación de su doctrina, lo más hondo de la verdad platónica en palabras eternas:

«Consiste la perfección de las cosas en que cada uno de nosotros sea un mundo perfecto, para

que por esta manera, estando todos en mí y yo en todos los otros, y teniendo yo su ser de todos ellos y todos y cada uno dellos el ser mío, se abrace y eslabone toda aquesta máquina del universo, y se reduzca a unidad la muchedumbre de sus diferencias, y quedando no mezcladas se mezclen, y permaneciendo muchas no lo sean; y para que extendiéndose y como desplegándose delante los ojos la variedad y diversidad, venza y reine y ponga su silla la unidad sobre todo.»

Palabras que encierran la doctrina de todo renacimiento.

IV

La mística buscó la mayor plenitud personal por la muerte de las diferencias individuantes, pero por camino individual. El *franciscanismo,* la gran marea religiosa del siglo XIII fué la mística popular, una internacional religiosa y laica, especie de estado de conciencia europeo, que borró fronteras [1].

Un pueblo perfecto ha de ser todos en él y él en todos, por inclusión y paz, por comunión de

[1] Véase la introducción a la *Vie de S. François d Assise,* de Pablo Sabatier. Llamo *franciscanismo* al movimiento religioso que alcanza su culmen en San Francisco, aunque precediéndole en parte.

libre cambio. Sólo así se llega a ser un mundo perfecto, plenitud que no se alcanza poniendo portillos al ambiente, sino abandonándose a él, abriéndose lleno de fe al progreso, que es la gracia humana, dejando que su corriente deposite en nuestro regazo su sustancioso limo sin falsearlo con falaces tamizaciones, entregándonos a ella sin quererla dirigir. El ciénago mismo se trocará en mantillo. ¡Cosa terrible la razón raciocinante de todas las castas, definidora de buenas y malas ideas, que en nombre de una pobre conciencia *histórica* nacional, pretende trazar el arancel de la importación científica y literaria y *construir* cultura con industria de protección nacional!

No dentro, fuera nos hemos de encontrar. Cerrando los ojos y acantonándose en sí, se llega al impenetrable *individuo* átomo, uno por exclusión, mientras se enriquece la *persona* cuando se abre a todos y a todo. De fuera se nos fomenta la integración que da vida, la diferenciación sola empobrece. El cuidado por conservar la casta en lo que tiene de *individuante,* es el principio de perder la *personalidad* castiza, y huir de la vida plena de que alienta la Humanidad, toda en todos y toda en cada uno.

Todos los días se repite maquinalmente el tópico de «ama a tu prójimo como a ti mismo», y a

diario se dice que un pueblo es una persona; pero el «ama a otro pueblo como al tuyo mismo», parece despropósito ridículo. La ley del egoísmo y de la carne, hipócritamente celada en el individuo, se formula en la comunidad colectiva para que nos sirva de apoyo. *Adversus hostem aeterna auctoritas*, sólo es prójimo el de la misma tribu. Todo lo demás son utopias, cosas de ninguna parte, fuera de espacio, única realidad de los que creen en lo macizo y de bulto y que la patria es el terruño.

Nos aturden los oídos con eso del reinado social de Jesucristo, y apenas lo entienden sus pregoneros. No se sueña apenas en el reinado del Espíritu Santo, en que el cristianismo, convertido en sustancia del alma de la Humanidad, sea espontáneo. Por no serlo hoy tiene órganos concientes y se razona sobre él tan en demasía. Parece locura que llegue a ser moral pública cuando no se ha hecho jugo del individuo.

Se han dado apologistas de la guerra, que, sin saber de qué espíritu eran, se llamaban *cristianos,* como el monstruoso De Maistre. Son legión los que sólo conocen al Cristo Júpiter de Miguel Angel, y legión de legiones los que no dejan caer de los labios lo del derecho de legítima defensa, *servate ordine;* etc.

V

Cuando España se recojió en sí entrando en el período llamado de decadencia, el de crisálida, la expansión de nuestro pueblo había creado una vigorosa vida periférica, exterior e interior, y fomentado la vida de relación [1].

Por el desarrollo de las funciones de relación progresan los vivientes, acrecentando y enriqueciendo su vida. De la periferia primitiva embrionaria, de los repliegues del exodermo brotan los órganos de la inteligencia, del interior el tubo digestivo, cuyo no enfrenado desarrollo convierte al viviente en parásito estúpido.

[1] Es incalculable el efecto sobre nuestra cultura de haber activado la vida periférica de las costas el descubrimiento de América. Como la superficie crece a menor proporción que la masa, en el cerebro se repliega aquélla para acrecentarse a medida que crece la complejidad y delicadeza de sus funciones, razón por la que son mayores las circunvoluciones en el cerebro humano que en los de los demás animales y mayores en el del blanco que en el de razas inferiores. Y bien puede decirse que el tener el europeo más *periférico* el cerebro que el negro de Africa, es reflejo de tener Europa más perímetro de costa, seis veces más respecto al área, que el Africa. ¡Maravilloso cerebro el Mediterráneo, viejo cerebro de Europa, con su riquísima variedad de circunvoluciones geográficas, senos, escisuras, archipiélagos, golfos, cabos, ensenadas! Grecia, Italia, Inglaterra deben a sus costas, sobre todo, su cultura; Francia a ser el *quiasma,* el nodo de la inervación europea occidental; Alemania a la *periferia* interna de sus mil estadillos.

Cosquilleos de fuera despiertan lo que duerme en el seno de nuestra conciencia. El que se mete en su concha, ni se conoce ni se posee. La misma diferenciación interior, no la externa, es efecto del ambiente, el mismo regionalismo, ministro de enriquecimiento íntimo, cobra fuerzas del aire extranjero, es el activarse la circulación y vitalidad de los miembros al ensancharse el pecho para recibir el aire ambiente. Las literaturas regionales suelen despertar con vientos cosmopolitas [1].

El desarrollo del amor al campanario sólo es fecundo y sano cuando va de par con el desarrollo

[1] Un movimiento científico internacional ha despertado el estudio de los dialectos, de las costumbres y de las tradiciones locales; movimientos de carácter internacional despertaron las lenguas populares frente al latín, el franciscanismo al italiano, el luteralismo al alemán. Al movimiento protestante cabe la mejor parte del impulso dado a la lingüística; a los hechos que en comprobación de esto se citan (véase «Por-Royal» en *La Vida de los Santos,* de Renán), podemos añadir el de que el libro más antiguo impreso en vascuence, excepción hecha de las Poesías de Dechepare, es la traducción del Nuevo Testamento del hugonote vasco-francés Juan de Leiçarrague. En España, un protestante, Juan de Valdés, inició la lingüística castellana.

del amor a la patria universal humana; de la fusión de estos dos amores, sensitivo sobre todo el uno y el otro sobre todo intelectual, brota el verdadero amor patrio.

Hay que mantenerse en equilibrio con el ambiente asimilándose lo de fuera; la mutualidad brota de suyo, porque necesariamente es recíproca toda adaptación. No hay idea más satánica que la de la auto-redención; los hombres y los pueblos se redimen unos por otros. Las civilizaciones son hijas de generación sexuada, no de brotes.

¡Pobre temor el de que perdiéramos nuestro carácter al abandonarnos a la corriente! Lleva el núcleo castizo de nuestra cultura un fuerte sentimiento de individualidad, un sentido sancho-pancino de las realidades concretas y de la distinción entre lo sensible y lo inteligible, de los hechos *intuidos*, no inducidos, y un quijotesco anhelo a ciencia final y absoluta, que si no acaba grandes cosas, muere por acometellas. Nuestro quijotismo, impaciente por lo final y absoluto, sería fecundísimo en la corriente del relativismo; nuestro sancho-pancismo opondría acaso un dique al análisis que destruyendo los hechos sólo su polvo nos deja. Pero lo castizo eterno sólo obrará olvidando lo castizo histórico en cuanto excluye.

Hay que matar a Don Quijote para que resucite Alonso Quijano *el Bueno*, el discreto, el que hablaba a los cabreros del siglo de la paz, el generoso libertador de los galeotes, el que, libre de las sombras caliginosas de la ignorancia que sobre él pusieron su amarga y continua leyenda de los libros de caballerías y sintiéndose a punto de muerte quería hacerla de tal modo que diese a entender que no había sido su vida tan mala. «Calle por su vida, vuelva en sí y déjese de cuentos», dirá el engañado Sancho al pedirle albricias.

«Los de hasta aquí, replicó Don Quijote, que han sido verdaderos en mi daño, los ha de volver mi muerte, con ayuda del cielo, en mi provecho.»

«¡Verdaderamente se muere y verdaderamente está cuerdo Alonso Quijano el Bueno!» El bachiller Sansón Carrasco, la razón raciocinante apoyada en el sentido histórico creerá incorregible a Don Quijote y siempre para su solaz la graciosa locura de éste. Así ha sido hasta hoy y así tiene que seguir siendo, hoy como ayer y mañana como hoy. Pero ¿es que la ley del cambio no está sujeta a cambio? ¿No hay ley del cambio de la ley? Lo único inmudable es el principio de continuidad.

Un mezquino sentido toma por la casta íntima y eterna, por el *carácter* de un pueblo dado, el símbolo de su desarrollo *histórico*, como toma-

mos por nuestra personalidad íntima el yo que de ella nos refleja el mundo. Y así se pronuncia consustancial a tal o cual pueblo la forma que adoptó su personalidad al pasar del reino de la libertad al de la historia, la forma que le dió el ambiente.

Para preservarse la casta *histórica* castellana creó el Santo Oficio, más que institución religiosa, aduana de unitarismo casticista. Fué la razón raciocinante nacional ejerciendo de Pedro Recio de Tirteafuera del pobre Sancho. Podó ramas enfermas, dicen; pero estropeando el árbol... Barrió el fango... y dejó sin mantillo el campo.

No es aquí todo antojos. Una ojeada al estado mental presente de nuestra sociedad española nos mostrará a la *vieja casta histórica* luchando contra el pueblo nuevo; veremos que no son palabras sólo lo dicho, que aún lo al parecer más impertinente, desatinado y extravagante de lo expuesto, es pertinente, atinado e intravagante a nuestro propósito. Aún resistimos a la gracia humana y tiene esta resistencia culto y sacerdotes. Resistimos abrirnos al ambiente y descender, desnudos de toda visión histórica, a nuestro profundo seno. Gracias a una *virtus medicatrix societatis*, se cumple la regeneración de todos modos, día por

día, pero es deber de cada cual ayudar a la naturaleza y no meterse a poner carriles al progreso.

Raspemos un poco y muy luego daremos en nuestra actual sociedad española con la Inquisición inmanente y difusa, vestida con *formalismo* de latísima formalidad, con la gravedad, nada seria, de la vieja *morgue castillane*.

Mayo de 1895.

V

SOBRE EL MARASMO ACTUAL DE ESPAÑA

CONFORME he ido metiéndome en mis errabundas pesquisas en torno aí casticismo, se me ha ido poniendo cada vez más en claro lo descabellado del empeño de discernir en un pueblo o en una cultura, en formación siempre, lo nativo de lo adventicio. Es tal el arte con que el sujeto condensa en sí el ambiente, tal la madeja de acciones y reacciones y reciprocidades entre ellos, que es entrar en intrincado laberinto el pretender hallar lo característico y propio de un hombre o de un pueblo, que no son nunca idénticos en dos sucesivos momentos de su vida.

Aun así y todo, he intentado caracterizar nuestro núcleo castizo; cómo en la mística trató la casta castellana de levantarse sobre sus caracteres diferenciales sumergiéndose en ellos, y cómo el ambiente del Renacimiento levantó al maestro León a la verdadera doctrina liberadora, ahogada en el oleaje inquisitorial de concentración y aisla-

miento. Ahora, a ver los efectos de esta concentración y cierre de valvas nacionales.

Atraviesa la sociedad española honda crisis; hay en su seno reajustes íntimos, vivaz trasiego de elementos, hervor de descomposiciones y recombinaciones, y por de fuera un desesperante marasmo. En esta crisis persisten y se revelan en la vieja casta los caracteres castizos, bien que en descomposición no pocos.

I

Aún persiste el viejo espíritu militante ordenancista, sólo que hoy es la vida de nuestro pueblo vida de guerrero en cuartel o la de Don Quijote retirado con el ama y la sobrina y con la vieja biblioteca tapiada por encantamiento del sabio Frestón. De cuando en cuando nos da un arrechucho e impulsos de hacer otra salida. En coyunturas tales, se toca la trompa épica, se habla teatralmente de vengar la afrenta haciendo una que sea sonada, y pasada la calentura, queda todo ello en agua de borrajas. No falta en tales ocasiones pastor de Cristo que recomiende a los ministros que le están sometidos, que llenen «con verdadero espíritu sacerdotal los deberes de su altísimo

ministerio, alentando al soldado en las guerrillas»; ni comandante general que arrase viviendas y aduares por haber tomado armas los adultos de ellos. Seguimos creyendo en nuestra *valentía* porque sí, en las energías epilépticas improvisadas, y seguimos colgando al famoso general «No importa» no pocos méritos de lord Wellington.

A este espíritu sigue acompañando, bien que algo atenuado, aquel horror al trabajo que engendra trabajos sin cuento.

Sigue rindiéndose culto a la voluntad desnuda y apreciando a las personas por la voluntariedad del arranque. Los unos adoran al tozudo y llaman constancia a la petrificación; los otros plañen la penuria de *caracteres*, entendiendo por tales hombres de una pieza. Nos gobierna, ya la voluntariedad del arranque, ya el abandono fatalista.

Con la admiración y estima a la voluntad desnuda y a los actos de energía anárquica, perpetúase el férreo peso de la ley social externa, del bien parecer y de las mentiras convencionales, a que se doblegan, por mucho que se encabriten, los individuos que sin aquélla sienten falta de tierra en que asentar el pie. Nada, en este respecto, tan estúpido como la disciplina ordenancista de los partidos políticos. Tienen éstos sus «ilustres jefes», sus santones, que tienen que ofi-

ciar de pontifical en las ocasiones solemnes, sea o no de su gusto el hacerlo, que descomulgan y confirman y expiden encíclicas y bulas; hay en ellos *cismas* de que resultan ortodoxias y heterodoxias; celebran concilios.

A la sobra de individualismo egoísta y excluyente acompaña falta de personalidad, la insubordinación íntima va de par con la disciplina externa; se cumple, pero no se obedece.

En esta sociedad, compuesta de camarillas que se aborrecen sin conocerse, es desconsolador el atomismo salvaje de que no se sabe salir si no es para organizarse férrea y disciplinariamente con comités, comisiones, subcomisiones, programas cuadriculados y otras zarandajas. Y como en nuestras viejas edades, acompaña a este atomismo fe en lo de arriba, en la ley externa, en el gobierno, a quien se toma ya por Dios, ya por el Demonio, las dos personas de la divinidad en que aquí cree nuestro maniqueísmo intraoficial.

Resalta y se releva más la penuria de libertad interior junto a la gran libertad exterior de que creemos disfrutar porque nadie nos la niega. Extiéndese y se dilata por toda nuestra actual sociedad española una enorme monotonía, que se resuelve en atonía, la uniformidad mate de una losa de plomo de ingente ramplonería.

II

En nuestro estado mental llevamos también la herencia de nuestro pasado, con su haber y con su debe.

No se ha corregido la tendencia disociativa; persiste vivaz el instinto de los extremos, a tal punto, que los supuestos justos medios no son sino mezcolanza de ellos. Se llama sentido conservador al pisto de revolucionarismo, de progreso o de retroceso, con quietismo; se busca por unos la evolución pura y la pura revolución por otros, y todo por empeñarse en disociar lo asociado y formular lo informulable.

Esta tendencia disociativa de visión caleidoscópica se revela hasta en los más menudos detalles, como en lo de hacer un artículo para ensartar chistes previos, en lugar de que éstos broten orgánicamente de aquél. Y a tal tendencia disociativa van aparejadas sus consecuencias. Viste bien el construir períodos sintácticos sin sustancia alguna y alinear frases; se admira un pensamiento coherente, aunque no cohiera nada; se sacrifica a la consecuencia la vida concreta del antecedente y del consiguiente, al hilo las perlas que debiera engarzar.

Una de las disociaciones más hondas y fatales es la que aquí existe entre la ciencia y el arte y los que respectivamente los cultivan. Carecen de arte, de amenidad y de gracia los hombres de ciencia, solemnes *lateros,* graves como un corcho y tomándolo todo en grave, y los *literatos* viven ayunos de cultura científica seria, cuando no desembuchan, y es lo peor, montón de conceptos de una ciencia de pega mal digerida. Se cuidan los unos de no manchar la inmaculada nitidez del austero pensamiento abstracto, y huyendo de ponerle flecos y alamares, le esquematizan que es una lástima; huyen los literatos de una sustancia que no han gustado, y todavía se arrastra por esas cervecerías del demonio la bohemia romanticoide. Se cultiva lo ingenioso, no ya el ingenio, y se da vuelta a los cangilones en pozo seco. Se fabrican frases sangrientas para que corran de círculo en círculo, y otros se entretienen en pintar arabescos afiligranados en cayuela que se descascarilla al punto de ponerla a la intemperie. Creen muchos que se aprende a hacer dramas leyendo otros, a escribir novelas dándose atracones de ellas; que para ser literato no precisa otra cosa que lo que llaman, por exclusión, literatura. Y en el cultivo de la *ciencia* todo se vuelve centones, trabajos de segunda mano y acarreos de revistas;

la incapacidad para la investigación directa va de mano con la falta de espontaneidad. Y así pasamos de latas cientificoides a fruslerías pseudo-literarias. Y aquí no puede separarse una de otra la literatura y la ciencia, porque ésta ha de venir concretada en ameno ropaje para que penetre y aquélla tiene que tener entre nosotros función docente. En el estado de nuestra cultura toda diferenciación y especialismo son fatales, hay que ser por fuerza enciclopedista; todo el que aquí se sienta con bríos está en el deber de no encarrilar demasiado unilateralmente sus esfuerzos. Nos hallamos en punto a cultura en la situación que en punto a comercio se hallan esos lugarejos en que un mismo tenducho sirve para el despacho de los géneros más diversos entre sí.

Lo que alienta vivo y revivo es el intelectualismo de los conceptos cuadriculables y con él la ideofobia. Las ideas son las culpables de todo, de *la Sistema* con sus consecuencias todas. ¡Cuánta simpleza! Este *conceptismo* es militante y dogmático, y hasta tal punto nos corroe el dogmatismo, que le hay del anti-dogmatismo. Se malgasta y derrocha esfuerzo y tiempo en polemiqueos escolásticos y leguleyescos; la disputa es la salsa de la prensa de provincias.

Sobre todo esto se cierne la suprema disocia-

ción española, la de Don Quijote y Sancho. Este anula a aquél. ¡Qué rozagante vive el sancho-pancismo anti-especulativo y anti-utopista! ¡Qué estragos hace el *sentido común,* lo más anti-filosófico y anti-ideal que existe! El sentido común declara loco en una sociedad en que sólo se emplea la simple vista, la vista común, a quien mira con microscopio o telescopio; el sentido común emplea *argumenta ad risum* para hacer ver la incongruencia de una opinión con nuestros hábitos mentales. «No, lo que es a mí no me la pegan, ni me vuelven a tomar de primo», exclama hoy Sancho, perdido lo más hermoso que tenía, su fe en Don Quijote y su esperanza en la ínsula de promisión. Si Sancho volviera a ser escudero, mejor aún que escudero de Don Quijote, criado de Alonso el Bueno, ¡cuánto no podría hacer con su sano sentido común!

Es un espectáculo deprimente el del estado mental y moral de nuestra sociedad española, sobre todo si se la estudia en su centro. Es una pobre conciencia colectiva homogénea y rasa. Pesa sobre todos nosotros una atmósfera de bochorno; debajo de una dura costra de gravedad formal se extiende una ramplonería comprimida, una enorme trivialidad y vulgachería. La desesperante monotonía achatada de Taboada y de Cilla es reflejo de la realidad ambiente, como lo era el vigoroso simplicismo de Calderón. Cuando se lee el toletole que promueve en París, por ejemplo, un acontecimiento científico o literario, el hormiguear allí de escuelas y de doctrinas y aun de extravagancias, y volvemos en seguida mientes al colapso que nos agarrota, da honda pena.

Cada español cultivado apenas se diferencia de otro europeo culto, pero hay una enorme diferencia de cualquier cuerpo social español a otro extranjero. Y, sin embargo, la sociedad lleva en sí los caracteres mismos de los miembros que la constituyen. Como a los individuos de que se forma, distingue a nuestra sociedad un enorme tiempo de reacción psíquica, es tarda en recibir una impresión, a despecho de una aparente impresionabilidad que no pasa de ser irritabilidad epidérmica, y tarda en perderla; los advenimientos son aquí tan tardos como lo son las desapariciones, en las ideas, en los hombres, en las costumbres.

No hay corrientes vivas internas en nuestra vida intelectual y moral; esto es un pantano de agua estancada, no corriente de manantial. Alguna que otra pedrada agita su superficie tan sólo, y a lo sumo revuelve el légamo del fondo y enturbia con fango el pozo. Bajo una atmósfera

soporífera se extiende un páramo espiritual de una aridez que espanta. No hay frescura ni espontaneidad, no hay juventud.

III

He aquí la palabra terrible: no hay juventud. Habrá jóvenes, pero juventud falta. Y es que la Inquisición latente y el senil formalismo la tienen comprimida. En otros países europeos aparecen nuevas estrellas, errantes las más y que desaparecen tras momentánea fulguración; hay el gallito del día, el genio de la temporada; aquí ni esto: siempre los mismos perros y con los mismos collares.

Se dice que hay gérmenes vivos y fecundos por ahí, medio ocultos, pero está el suelo tan apisonado y compacto, que los brotes tiernos de los granos profundos no logran abrir la capa superficial calicostrada, no consiguen romper el hielo. Un hombre que entre nosotros conserva en edad más que madura fe, vigor y entusiasmo juveniles, sostiene que aquí los jóvenes prometen algo hasta los treinta años, en que se hacen unos badulaques. No se hacen, los hacen; caen heridos de anemia ante el brutal y férreo cuadriculado

de nuestro ordenancismo y nuestra estúpida gravedad; nadie les tiende a tiempo una mirada benévola y de inteligencia. Se les quiere de otro modo que como son; a nuestro rancio espíritu de intolerancia no le entra el dejar que se desarrolle cada cual según su contenido y naturaleza.

Hace poco pedía un crítico un cuarto turno en el Español para los autores noveles y desconocidos, algo así como un teatro libre. ¡Generosa ilusión! ¿Es que se sabe distinguir el brote nuevo? Nos falta lo que Carlyle llamaba el *heroísmo* de un pueblo, el saber adivinar sus héroes. Fundan unos muchachos una revistilla, y en seguida veréis en sus planas los nombres de tanda y de cartel. En la vida intelectual, lo mismo que en el toreo, apestado también de formalismo, hay que recibir la alternativa de manos de los viejos espadas; lo demás no se sale de novillero.

Junto a este desvío para con la juventud se halla un supersticioso servilismo a los ungidos. Se ha ejercido con implacable saña la tarea de achuchar y despachurrar a los retoños tiernos, sin discernir el tierno tallo de la broza en que crecía, y no se ha tocado al muérdago y a los tumores y excrecencias de las viejas encinas, ungidas e intangibles. ¡Cuántos jóvenes muertos en flor en esta sociedad que sólo ve lo hecho y recortado, ciega

para lo que se está haciendo! ¡Muertos todos los que no se han alistado en alguna de las masonerías, la blanca, la negra, la gris, la roja, la azul!...

Añádase a esto qne la pobreza de nuestra nación hace duro el ganarse la vida y echar raíces; el *primum vivere* ahoga al *deinde philosophari*. Los jóvenes tardan en dejar el arrimo de las faldas maternas, en separarse de la placenta familiar, y cuando lo hacen derrochan sus fuerzas más frescas en buscarse padrino que les lleve por esta sábana de hielo.

Para escapar a la eliminación, ponen en juego sus facultades todas camaleónicas hasta tomar el color gris oscuro y mate del fondo ambiente, y lo consiguen. No es adaptarse al medio adaptándoselo a la vez, activamente; es acomodarse a las circunstancias, pasivamente.

Vivimos en un país pobre, y donde no hay harina todo es mohina. La pobreza económica explica nuestra anemia mental; las fuerzas mas frescas y juveniles se agotan en *establecerse,* en la lucha por el *destino.* Pocas verdades más hondas que la de que en la jerarquía de los fenómenos sociales los económicos son los primeros principios, los elementos [1].

[1] Es un punto que merecía estudiarse el de la influencia de nuestra pobreza económica en nuestra cultura. Hace poco

Y no es nuestro mal tanto la pobreza cuanto el empeño de aparentar lo que no hay. La pobreza de la olla de algo más vaca que carnero, el salpicón las más noches, los duelos y quebrantos de los sábados, y las lentejas de los viernes, no pudieron por menos que concurrir con las noches pasadas de claro en claro en la lectura de los libros de caballerías a secar el cerebro al pobre Alonso el Bueno. Y aún corre vigente entre nosotros el aforismo del dómine Cabra de que el hambre es salud, recluta prosélitos el doctor Sangredo, y sigue asegurándose en grave que los tumores son de la fuerza de la sangre, y exceso de salud los ataques de epilepsia. Y nos recetan dieta. Y ¡mucha cuenta con decir la verdad! Al que la declare virilmente, sin ambajes ni rodeos, acúsanle los espíritus entecos y escépticos de pesimismo. Quié-

se lamentaba un crítico de la indiferencia con que se ha acojido en España la edición académica de las *Cantigas* del Rey Sabio. Es merecida, porque la tal edición a todo trapo y con todo *lujo* tipográfico y riqueza material no se adapta a la flaqueza de los bolsillos españoles. La misma suerte debe correr la edición monumental que de las obras de Lope hace la misma Academia. Y esto es más grave teniendo en cuenta de dónde le viene el dinero. Entre tanto, nadie emprende la publicación de algo como la *Universal Bibliothek* de Philipp Reclam, de Berlín; ¡qué obra tan meritoria sería ensanchar y dirigir con acierto la «Biblioteca Universal», a dos reales tomo!

rese mantener la ridícula comedia de un pueblo que finge engañarse respecto a su estado.

No hay Joven España ni cosa que lo valga, ni más protesta que la refugiada en torno a las mesas de los cafés, donde se prodiga ingenio y se malgasta vigor. Y esos mismos oradores protestantes de café, briosos y repletos de vida no pocos, al verse en público se comprimen, y perlesiados y como fascinados a la mirada de la bestia colectiva, rompen en ensartar todas las mayores vulgaridades y los cantos más rodados de la rutina pública.

Se ahoga a la juventud sin comprenderla, queriéndola grave y hecha y formal desde luego; como Dios a Faraón, se la ensordece primero, se la llama después, y al ver que no responde, se la denigra. Nuestra sociedad es la vieja y castiza familia patriarcal extendida. Vivimos en plena *presbitocracia (vetustocracia* se la ha llamado), bajo el senado de los *sachems,* sufriendo la imposición de viejos incapaces de comprender el espíritu joven y que mormojean: «no empujar, muchachos», cuando no ejercen de manzanillos de los que acojen a su sombra protectora. «Ah, usted es joven todavía, tiene tiempo por delante...», es decir: «no es usted bastante *camello* todavía para poder alternar». El apubullante es-

calafón cerrado de antigüedad y el tapón en todo.

Los jóvenes mismos envejecen, o más bien se avejetan en seguida, se *formalizan,* se *acamellan,* encasillan y cuadriculan, y volviéndose correctos como un corcho pueden entrar de peones en nuestro tablero de ajedrez, y si se conducen como buenos chicos ascender a alfiles.

IV

Donde no hay juventud tampoco hay verdadero espíritu de asociación que brota del desbordamiento de vida, del vigor que se sale de madre y trasvasa. Las sociedades nacen aquí osificadas y esto cuando nacen, porque la insociabilidad es uno de nuestros rasgos característicos. Dilatada a las relaciones sexuales, fomenta nuestra insociabilidad el brutalismo masculino, fuente de huraña grosería y de soeces desplantes, para acabar sometiendo a los hombres como polichinelas a caprichos e intrigüelas mujeriles.

Apena el ánimo la contemplación de los estragos de nuestra insociabilidad, de nuestro salvajismo enmascarado.

Asombra a los que vivimos sumergidos en este pantano el remolino de escuelas, sectas y agrupaciones que se hacen y deshacen en otros países, donde pululan conventículos, grupos, revistas, y donde entre fárrago de excentricidades borbota una vida potente. Aquí las gentes no se asocian sino oficialmente, para dar dictámenes o informes, publicar latas y cobrar dietas. Hay una asociación de escritores y artistas que lo mismo podría pasar por de peluqueros; es una cooperativa funeraria y de Terpsícore a la par; su oficio pagar el entierro a los que se mueren y hacer bailar a los vivos.

Es que para asociarse se precisa un principio asociante y un principio de asociación, y faltan uno y otro donde la lucha por los garbanzos produce el atomismo, y la presbitocracia el estancamiento.

Todo es aquí cerrado y estrecho, de lo que nos ofrece típico ejemplo la prensa periódica. Forman los chicos, los oficiales y los maestros de ella falange cerrada, sobre que extienden el *testudo* de sus rodelas, y nadie la rompe ni penetra en sus filas si antes no jura las ordenanzas y se viste el uniforme. Es esta prensa una verdadera balsa de agua encharcada, vive de sí misma; en cada redacción se tiene presente, no el público, sino las

demás redacciones; los periodistas escriben unos para otros, no conocen al público ni creen en él. La literatura al por menor ha invadido la prensa y aun de los periodistas mismos los mejores no son sino más o menos literatos de cosas leídas. La incapacidad indígena de ver directa e inmediatamente y en vivo el hecho vivo, el que pasa por la calle, se revela en la falta de verdaderos periodistas. A falta de otra cosa, el brillo enfático de barniz retórico o la ingeniosidad de un batido *delicuescente*. El *reporter* es el pinche de la redacción. Estúdiese nuestra prensa periódica con sus flaquezas todas, y al verla fiel trasunto de nuestra sociedad no se puede por menos que exclamar al oir execrarla neciamente:

Arrojar la cara importa
que el espejo no hay por qué.

Espejo verdadero, espejo de nuestro achatamiento, de nuestra caza al *destino*, espejo de nuestra doblez, de nuestra rutina y ramplonería. No es más que nuestro ambiente espesado, concentrado, hecho conciencia. Sobre todo de una corrección desesperante.

¡Menos formalidad y corrección y más fundamentalidad y dirección! ¡Seriedad, y no gravedad! Y sobre todo, ¡libertad, libertad!, pero la honda,

no la oficial. Hace estragos el temor al ridículo y el miedo al *público*, a la bestia multifauce.

Hay un misoneísmo feroz a todo lo fresco y rozagante y razonable y vivo, y en cambio pasa lo absurdo si viene envuelto en gravedad esquemática, hacen libre carrera todos los *matoidismos* y, entre rechiflas vergonzantes, triunfan. Disértese de biología poliédrica, de patología algébrica, de fisiología esquemática, de cualquier clase de pentanomía pantanómica, hágase cualquier *peralada*, pero ¡ojo con hablar de la ley de vida de las colonias o con poner peros a la fe en nuestro ingénito valor! ¡Cuidadito con tocar a la marina!

Pasamos, lo dijo D. Juan Valera, de lo basto a lo cursi.

Y el mal parece que se agrava y cunde; es cada día mayor la ignorancia, y la peor de todas, la que se ignora a sí misma, la de la semi-ciencia presumida. Y a todo esto, mucho denigrar la frivolidad francesa y poner por los suelos al utilísimo Larousse, fuente casi única de información de algunos de nuestros conspicuos. ¡Y gracias! porque los que los critican y zahieren no han pasado de Wanderer.

La presunción es tanta que impide se empiece por el principio, por aprender conocimientos elementales en cartillas científicas. El que quiere

darse una tintura de ciencia comienza por el fin, se va a las maduras sin haber pasado por las duras, y caería en el dictado de dómine pedantón e inaguantable cualquier conferenciante que, conocedor de nuestros ilustrados públicos, empezara por exponerles el abece elemental de una disciplina. Sirve aquí el estado de los maestros de primeras letras para tema de declamaciones retóricas, pero en el fondo se desprecia hondamente, no ya sólo al maestro, a su función; desasnar muchachos es lo último [1].

Carecemos de la rica experiencia que sacaban los castizos aventureros de nuestra edad del oro de sus correrías por Flandes, Italia, América y otras tierras, aquéllos que vertían en sus producciones el fruto de una vida agitadísima, de incesante tráfago, y no sustituimos esta experiencia con otra alguna. Hay abulía para el trabajo modesto y la investigación *directa*, lenta y sosegada. Los más laboriosos se convierten en receptáculo de ciencia hecha o en escarabajos peloteros de lo último que sale por ahí fuera.

[1] A los lamentos por el abandono en que se tiene al magisterio, contestan no pocos que no merecen más ni valen lo que cuestan. Este es un círculo vicioso y nada más; ¿cuál fué antes, la gallina o el huevo? No se les dignifica porque se dedican a tal función pocos jóvenes de valía, y no lo hacen éstos porque no se dignifica el magisterio.

Se disputa quién se ha enterado antes de algo, no quién lo ha comprendido mejor; lo que viste es estar a lo último, recibir de París el libro con las hojas oliendo a tinta tipográfica.

En la vida común y en el comercio corriente de las gentes la extrema pobreza de ideas nos lleva a rellenar la conversación, como de ripio, de palabrotas torpes, disfrazando así la tartamudez mental, hija de aquella pobreza; y la tosquedad de ingenio, ayuno de sustancioso nutrimento, llévanos de la mano a recrearnos en el chiste tabernario y bajamente obsceno. Persiste la propensión a la basta ordinariez que señalé cual carácter de nuestro viejo realismo castizo.

Sobre esta miseria espiritual se extiende el pólipo político y en esta anemia se congestionan los centros más o menos parlamentarios. En una politiquilla al menudeo suplanta la ingeniosidad al saber sólido, y se hacen escaramuzas de guerrillas. La pequeñez de la política extiende su virus por todas las demás expansiones del alma nacional. Y aun el pólipo está en crisis. Los viejos partidos, amojamados en su ordenancismo de corteza, se arrastran desecados, y brota, como signo de los tiempos, el del buen tono escéptico y de la distinción *elegante,* el neo-conservatorismo diletantesco y aseñoritado con golpes plutocráticos. Por

otra parte, sudan los más populares por *organizar* almas hueras de ideas, hacer formas donde no hay sustancia, cohesionar átomos incoherentes, cuando si hubiera rebullente germinación y savia de primavera brotaría de sí el organismo potente, la sustancia tomaría espontáneamente forma al brotar al ambiente.

V

Y ¿qué tiene que ver esto con lo otro, con el casticismo? Mucho; este es el desquite del viejo espíritu *histórico* nacional que reacciona contra la europeización. Es la obra de la inquisición latente. Los caracteres que en otra época pudieron darnos primacía nos tienen decaídos. La Inquisición fué un instrumento de aislamiento, de proteccionismo casticista, de excluyente individuación de la casta. Impidió que brotara aquí la riquísima floración de los países reformados donde brotaban y rebrotaban sectas y más sectas, diferenciándose en opulentísima multiformidad. Así es que levanta hoy aquí su cabeza calva y seca la vieja encina podada.

A despecho de aduanas de toda clase, fué cumpliéndose la europeización de España, siglo tras

siglo, pero muy trabajosamente y muy de superficie y cáscara. En este siglo, después de la francesada tuvimos la labor interna y fecunda de nuestras contiendas civiles; llegó luego el esfuerzo del 68 al 74, y pasado él, hemos caído rendidos, en pleno colapso. En tanto reaparece la Inquisición íntima, nunca domada, a despecho de la libertad oficial. Recobran fuerza nuestros vicios nacionales y castizos todos, la falta de lo que los ingleses llaman *sympathy*, la incapacidad de comprender y sentir al prójimo como es, y rige nuestras relaciones de bandería, de güelfos y gibelinos, aquel absurdo de *qui non est mecum, contra me est*. Vive cada uno solo entre los demás en un arenal yermo y desnudo, donde se revuelven pobres espíritus encerrados en dérmatoesqueletos anémicos.

Con el sentido del ideal se ha apagado el sentido religioso de las cosas, que acaso dormita en el fondo del pueblo. ¡Qué bien se comprimió aquel ideal religioso que desbordaba en la mística, que de las honduras del alma castiza sacaba soplo de libertad cuando la casta reventaba de vida! Aún hay hoy menos libertad íntima que en la época de nuestro *fanatismo* proverbial; definidores y familiares del Santo Oficio se escandalizarían de la barbarie de nuestros obispos de levita y censores laicos. Hacen melindres y se tapan los ojos con los dedos abiertos, gritando: ¡profanación! gentes que en su vida han sentido en el alma una chispa de fervor religioso. ¡Ah! es que en aquella edad de expansión e irradiación vivía nuestra vieja casta abierta a todos los vientos, asentando por todo el mundo sus tiendas.

Fué grande el alma castellana cuando se abrió a los cuatro vientos y se derramó por el mundo; luego cerró sus valvas y aún no hemos despertado. Mientras fué la casta fecunda no se conoció como tal en sus diferencias, su ruina empezó el día en que gritando: «mi yo, que me arrancan mi yo» se quiso encerrar en sí.

¿Está todo moribundo? No, el porvenir de la sociedad española espera dentro de nuestra sociedad histórica, en la intra-historia, en el pueblo desconocido, y no surgirá potente hasta que le despierten vientos o ventarrones del ambiente europeo.

Eso del pueblo que calla, ora y paga es un tropo insustancial para los que más le usan y pasa cual verdad inconcusa entre los que bullen en el vacío de nuestra vida *histórica* que el pueblo es atrozmente bruto e inepto.

España está por descubrir, y sólo la descubrirán españoles europeizados. Se ignora el paisa-

je [1], y el paisanaje y la vida toda de nuestro pueblo. Se ignora hasta la existencia de una literatura plebeya, y nadie para su atención en las coplas de ciegos, en los pliegos de cordel y en los novelones de a cuartillo de real entrega, que sirven de pasto aun a los que no saben leer y los oyen. Nadie pregunta qué libros se enmugrecen en los fogones de las alquerías y se deletrean en los corrillos de labriegos. Y mientras unos importan bizantinismos de cascarilla y otros cultivan casticismos librescos, alimenta el pueblo su fantasía con las viejas leyendas *europeas* de los ciclos bretón y carolingio, con héroes que han corrido el mundo entero, y mezcla a las hazañas de los doce Pares, de Valdovinos o Tirante el Blanco, guapezas de José María y heroicidades de nuestras guerras civiles.

En esa muchedumbre que no ha oído hablar de nuestros literatos de cartel hay una vida difusa y rica, un alma inconciente en ese pueblo zafio al que se desprecia sin conocerle.

Cuando se afirma que en el espíritu colectivo de un pueblo, en el *Volkgeist*, hay algo más que la suma de los caracteres comunes a los espíritus

[1] La inmensa mayoría de los que viven en Madrid ignoran que hay pocas capitales que tengan alrededores más hermosos.

individuales que le integran, lo que se afirma es que viven en él de un modo o de otro los caracteres *todos* de *todos* sus componentes; se afirma la existencia de un nimbo colectivo, de una hondura del alma común en que viven y obran todos los sentimientos, deseos y aspiraciones que no concuerdan en forma definida, que no hay pensamiento alguno individual que no repercuta en todos los demas, aun en sus contrarios, que hay una verdadera subconciencia popular. El espíritu colectivo, si es vivo, lo es por inclusión de todo el contenido anímico de relación de cada uno de sus miembros.

Cuando un hombre se encierra en sí resistiendo cuanto puede al ambiente y empieza a vivir de sus recuerdos, de su *historia,* a hurgarse en exámenes introspectivos la *conciencia*, acaba ésta por hipertrofiarse sobre el fondo subconciente. Este, en cambio, se enriquece y aviva a la frescura del ambiente como después de una excursión de campo volvemos a casa sin traer apenas un recuerdo definido, pero llena el alma de voces de su naturaleza íntima, despierta al contacto de la Naturaleza su madre. Y así sucede a los pueblos que en sus encerronas y aislamientos hipertrofian en su espíritu colectivo la conciencia *histórica* a expensas de la vida difusa intra-histórica que languidece por falta de ventilación; el pensamiento

nacional, trabajando hacia sí, acalla el rumor inarticulado de la vida que bajo él se extiende. Hay pueblos que en puro mirarse al ombligo nacional caen en sueño hipnótico y contemplan la nada.

Me siento impotente para expresar cual quisiera esta idea que flota en mi mente sin contornos definidos, renuncio a amontonar metáforas para llevar al espíritu del lector este concepto de que la vida honda y difusa de la intra-historia de un pueblo se marchita cuando las clases históricas le encierran en sí, y se vigoriza para rejuvenecer, revivir y refrescar al pueblo todo al contacto del ambiente exterior. Quisiera sugerir con toda fuerza al lector la idea de que al despertar de la vida de la muchedumbre difusa y de las regiones tiene que ir de par y enlazado con el abrir de par en par las ventanas al campo europeo para que se oree la patria. Tenemos que europeizarnos y chapuzarnos en pueblo. El pueblo, el hondo pueblo, el que vive bajo la historia es la masa común a todas las castas, es su materia protoplasmática; lo diferenciante y excluyente son las clases e instituciones históricas. Y éstas sólo se remozan zambulléndose en aquél.

¡Fe, fe en la espontaneidad propia, fe en que siempre seremos nosotros, y venga la inundación de fuera, la ducha!

VI

Es una desolación; en España el pueblo es masa electoral y contribuible. Como no se le ama, no se le estudia, y como no se le estudia, no se le conoce para amarle. El bachiller Carrasco sigue confirmando a Sancho por «uno de los más solemnes mentecatos de nuestros siglos», porque habla de testamento que no se puede *revolcar*. Ni sus costumbres, ni su lengua [1], ni sus sentimientos, ni su vida se conocen. Y, sin embargo, es hondamente castizo Pereda, no cuando urde por su cuenta y riesgo tramas con hilos de nuestros viejos clásicos y labra marquetería de lingüística libresca, sino cuando explota con tino y arte la riquísima cantera del pueblo *en que vive*.

¿Que el pueblo es más tradicionalista aún que los que viven en la historia?... Es cierto, pero no al modo de éstos; su tradición es la eterna. Como su ideal es más sentido que pensado y como no toma formas y perfiles definidos y recortados, los

[1] A nuestra Real Academia, que propone para concursos temas de investigación libresca, no se le ha pasado por las mientes pedir trabajos de investigación directa e inmediata sobre la lengua del pueblo en tal o cual región.

que sólo ven lo geométrico y formulable lo confunden con las *interpretaciones* que de él se hacen.

A raíz de nuestra Gloriosa, tan castiza, dígase lo que se quiera, tan hondamente castiza, levantóse al parecer en contra de ella y en realidad para acabarla y extenderla, el pueblo de los campos, y hoy es el día en que no nos hemos explicado aún aquella oleada. Sólo vemos los programas, las fórmulas, las teorías y las doctrinas con que trataron de *explicarla* los que aparecían a su frente. Y, sin embargo, no faltó quien dijera con vivo vislumbre de la verdad que aquello no era partido, sino comunión y que no tenía programa. ¿Cuándo se estudiará con amor aquel desbordamiento popular que trascendía de toda forma? ¡Cuántas cosas cabían en los pliegues de aquel lema: Dios, Patria y Rey! Le sucedió lo que al hervidero religioso de la Italia del siglo XIII; lo encasillaron y formularon y cristalizaron, y hoy no se ve aquel empuje profundamente laico, democrático y popular, aquella protesta contra todo mandarinato, todo intelectualismo, todo jacobinismo y todo charlamentarismo, contra todo aristocratismo y centralización unificadora. Fué un movimiento más europeo que español, un irrumpir de lo subconciente en la conciencia, de lo intra-

histórico en la historia. Pero en ésta se empantanó, y al adquirir programa y forma perdió su virtud. ¿Para qué seguir escribiendo de un momento intra-histórico que sólo vemos con prejuicios históricos? Quédese para otra ocasión.

Es ya cosa de cerrar estas divagaciones deshilvanadas en que lo por decir queda mucho más que lo dicho. Era mi deseo desarrollar más por extenso la idea de que los casticismos reflexivos, concientes y definidos, los que se buscan en el pasado *histórico* o a partir de él persisten no más que en el presente también *histórico,* no son más que instrumentos de empobrecimiento espiritual de un pueblo; que la mariposa tiene que romper el capullo que formó de su sustancia de gusano; que el cultivo de lo meramente diferencial de un individuo o un pueblo, no subordinándolo bien a lo común a todos, al *sarcoda*, exalta un capullo de individualidad a expensas de la personalidad integral; que la miseria mental de España arranca del aislamiento en que nos puso toda una conducta cifrada en el proteccionismo inquisitorial que ahogó en su cuna la Reforma castiza e impidió la entrada a la

europea; que en la intra-historia vive con la masa difusa y desdeñada el principio de honda continuidad internacional y de cosmopolitismo, el protoplasma universal humano; que sólo abriendo las ventanas a vientos europeos, empapándonos en el ambiente continental, teniendo fe en que no perderemos nuestra personalidad al hacerlo, europeizándonos para hacer España y chapuzándonos en pueblo, regeneraremos esta estepa moral. Con el aire de fuera regenero *mi* sangre, no respirando el que exhalo. Mi deseo era desarrollar todo eso, y me encuentro al fin de la jornada con una serie de notas sueltas, especie de sarta sin cuerda, en que se apuntan muchas cosas y casi ninguna se acaba. El lector sensato pondrá el método que falta y llenará los huecos. Me temo que si lo intentara yo, volvería a perderme en digresiones, y en vez de repasar con paso firme el camino seguido, me metería en nuevas veredas, sendejas y vericuetos a derecha e izquierda, a guisa de perro que se pasea, en incesante ir y venir. Prefiero dejarlo todo en su indeterminación, y me daría por pagado si lograra sugerir *una sola idea* a *un solo* lector.

¡Ojalá una verdadera juventud, animosa y libre, rompiendo la malla que nos ahoga y la monotonía uniforme en que estamos alineados, se vuelva con amor a estudiar el pueblo que nos sustenta a todos, y abriendo el pecho y los ojos a las corrientes todas ultrapirenaicas y sin encerrarse en capullos casticistas, jugo seco y muerto del gusano *histórico*, ni en diferenciaciones nacionales excluyentes, avive con la ducha reconfortante de los jóvenes ideales cosmopolitas el espíritu colectivo intracastizo que duerme esperando un redentor!

ÍNDICE

Págs.

ADVERTENCIA PRELIMINAR..... 11

EN TORNO AL CASTICISMO (cinco ensayos):

I. LA TRADICIÓN ETERNA..... 15

II. LA CASTA HISTÓRICA CASTILLA..... 55

III. EL ESPÍRITU CASTELLANO..... 97

IV. DE MÍSTICA Y HUMANISMO..... 147

V. SOBRE EL MARASMO ACTUAL DE ESPAÑA..... 187